

Genaro Estrada

y los intelectuales del exilio español

Sr. D. Genaro Estrada,
México.

Mi querido Genaro Estrada, amigo
y presente:
Cada día, de todo corazón, por su
buena carta, que me ha llegado, con algún
detalle, por el embajador español.
Para mí sería un gusto verte pronto
por aquí en México con mis amigos de
México y México mismo. Pero como es
probable que si ni que no.
Estoy impaciente por el trabajo
cuatro libros, tres en español, tres en
Rico y uno en inglés. Uno muy respetable
y uno en inglés, el otro acabado. Por lo
tanto en mis días me he reconcentrado
últimamente, a causa de mi trabajo.
Circulatorios, de la escuela más reciente
notos. Esto (esto sería el trabajo
obstáculo.

James Valender

EL COLEGIO DE MÉXICO

GENARO ESTRADA Y LOS INTELLECTUALES
DEL EXILIO ESPAÑOL



s e r i e

LITERATURA
DEL EXILIO
ESPAÑOL

14

CENTRO DE ESTUDIOS LINGÜÍSTICOS Y LITERARIOS

GENARO ESTRADA
Y LOS INTELLECTUALES
DEL EXILIO ESPAÑOL

Datos nuevos sobre los orígenes
de La Casa de España en México

James Valender



EL COLEGIO DE MÉXICO

325.21460972

V1528

Valender, James, 1950-

Genaro Estrada y los intelectuales del exilio español : datos nuevos sobre los orígenes de La Casa de España en México / James Valender. – 1a ed. – Ciudad de México : El Colegio de México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, 2018.

176 p. ; 22 cm. – (Serie Literatura del exilio español ; 14)

ISBN 978-607-628-290-8

1. Estrada, Genaro, 1887-1937 -- Crítica e interpretación.
2. Estrada, Genaro 1887-1937 -- Correspondencia. 3. La Casa de España en México -- Historia. 4. Exiliados españoles -- México -- Vida intelectual -- Siglo XX. 5. España -- Historia -- Guerra civil, 1936-1939 -- Refugiados -- México. I. t. II. Ser

Primera edición, 2018

D.R. © El Colegio de México, A. C.
Carretera Picacho Ajusco núm. 20
Ampliación Fuentes del Pedregal
Delegación Tlalpan
14110, Ciudad de México, México
www.colmex.com

ISBN 978-607-628-290-8

Impreso en México

ÍNDICE

<i>Prefacio</i>	9
I. La “operación inteligencia” de Daniel Cosío Villegas	15
II. El proyecto de Genaro Estrada	27
José Moreno Villa	28
Ramón Gómez de la Serna	35
Juan Ramón Jiménez	46
Pedro Salinas	50
Ramón Menéndez Pidal	57
Un balance provisional	69
Otras iniciativas paralelas	79
III. Correspondencia de Genaro Estrada (febrero-agosto de 1937)	87
<i>Apéndice</i>	
Dos ensayos de José Moreno Villa sobre Genaro Estrada	163
Recordando al amigo	165
El amigo Genaro	169
<i>Bibliografía</i>	173

PREFACIO

Creada en julio de 1938, La Casa de España en México fue la primera expresión concreta del deseo del gobierno del presidente Lázaro Cárdenas de dar asilo a los españoles que tuvieron que abandonar su país a causa de la guerra civil. Los principales hitos de esta historia —las propuestas iniciales de Daniel Cosío Villegas, la decisión del presidente Cárdenas de crear La Casa, la lista de los primeros invitados, la acogida extendida a los huéspedes, el papel de Alfonso Reyes como presidente de la institución, las normas y la organización de La Casa, las labores realizadas por los miembros, las polémicas que surgieron a raíz de esta iniciativa y, finalmente, después de apenas dos años de vida, la transformación de La Casa de España en El Colegio de México— han sido objeto de una meticulosa y exhaustiva investigación por parte de los profesores Clara Lida y José Antonio Matesanz.¹ En el presente trabajo quisiera ocuparme de un capítulo relativamente menor de este episodio que me parece no ha recibido toda la atención que sin duda merece y que corresponde a lo que podríamos llamar la prehistoria de La Casa de España.

En su monografía Lida y Matesanz demuestran cómo la preocupación de Cosío Villegas por la suerte de los intelectuales afectados por la guerra civil en España se remonta casi al estallido mismo de la guerra.

¹ Véase Clara Lida y José Antonio Matesanz, *La Casa de España en México*, El Colegio de México, Ciudad de México, 1988. Puede consultarse también James Valender y Gabriel Rojo (eds.), *Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las jornadas celebradas en España y México para conmemorar el septuagésimo aniversario de La Casa de España en México (1938-2008)*, Residencia de Estudiantes y El Colegio de México, Ciudad de México, 2010, y Martí Soler Vinyes, *La casa del éxodo. Los exiliados y su obra en La Casa de España y El Colegio de México*, 2ª edición, corregida y aumentada, El Colegio de México, Ciudad de México, 2015.

Citan una importante carta enviada a Francisco J. Múgica, asesor del presidente Cárdenas, el 30 de septiembre de 1936, en la que Cosío planteó por primera vez la conveniencia, para México lo mismo que para España, de rescatar a “cinco o diez de los más eminentes españoles” que habían quedado a la deriva a raíz del conflicto armado. También reproducen fragmentos de otra carta suya, del 16 de octubre de 1936, enviada a Luis Montes de Oca, director del Banco de México, en la que Cosío no sólo propone invitar “por dos o tres años a nuestra universidad” a “un puñado de españoles de primera fila”, sino que además le pide que le haga llegar esta propuesta a Cárdenas. La respuesta del presidente no fue inmediata. Sin embargo, el 29 de diciembre Montes de Oca le comunicó a Cosío que el general Cárdenas había dado su pleno respaldo a la propuesta e incluso solicitaba al mismo Cosío que pusiera en marcha el proyecto, tal y como Lida y Matesanz también documentan.²

Ahora bien, uno de los aspectos más desconcertantes de este relato es que un proyecto aprobado con entusiasmo por el presidente de la República mexicana en diciembre de 1936 no haya llegado a tener resultados concretos sino hasta veinte meses más tarde, en julio de 1938. ¿Qué pasó con esta iniciativa durante el largo lapso mencionado? ¿Por qué no fue posible comenzar el rescate mucho tiempo antes? Las explicaciones que ofrecen Lida y Matesanz resultan más que atendibles. En primer lugar, no era una tarea fácil establecer la lista de las personas a las que habría que invitar. El proyecto mismo era relativamente modesto, ya que contemplaba, en un principio, la contratación de apenas una decena de intelectuales y científicos españoles de entre los más destacados en su campo. Pero ¿quién iba a seleccionarlos y con base en qué criterios? Lo que complicaba la tarea de Cosío era la dificultad con que se topaba para ponerse en contacto con los posibles candidatos, que por otra parte no siempre querían aceptar la invitación, o en todo caso, no siempre se sentían en condiciones para viajar a México, lo cual obligaba a que la lista se rehiciera más de una vez.

² Véase Lida y Matesanz, pp. 23-29 y 37.

Con mucha razón Lida y Matesanz también mencionan el inesperado revés que sufrió Cosío cuando en abril de 1937 fue cesado en el puesto diplomático que ocupaba en la Legación de su país en Lisboa. No teniendo ya puesto oficial alguno, ¿cómo iba a representar en adelante al gobierno mexicano al entablar negociaciones con el gobierno de la República española sobre el desplazamiento a México de tal o cual intelectual español? Si agregamos a todo ello el hecho de que muchos españoles no compartían el pesimismo de Cosío (quien estaba convencido casi desde el comienzo de la guerra de que la República iba a ser derrotada) y que por lo mismo no estaban dispuestos a abandonar a la patria hasta el último momento, entonces vemos que existían, en efecto, muchos factores que explican la lentitud con que el plan de Cosío llegó a materializarse.

A fin de ejemplificar algunos de estos problemas, en lo que sigue quisiera ocuparme de los esfuerzos paralelos que, entre marzo y agosto de 1937, llevó a cabo otro mexicano preocupado por los intelectuales españoles afectados por la guerra civil. Me refiero al político, diplomático y escritor Genaro Estrada. Hay que señalar que se trataba de alguien que (tal vez) estaba todavía mejor situado que Cosío para coordinar una iniciativa como ésta. Como hombre con amplia experiencia en el mundo político mexicano (fue secretario de Relaciones Exteriores de su país entre 1930 y 1932), Estrada tenía amistad con algunos de los principales funcionarios del gobierno de Lázaro Cárdenas, cuya ayuda sería imprescindible para poder llevar a cabo su proyecto. Pienso sobre todo en el presidente del Consejo Superior de Educación e Investigaciones Científicas, Enrique Díaz de León, y en el director del Banco de México, Luis Montes de Oca.³ Por otra parte, conviene recordar que Estrada había fungido como embajador de

³ El zacatecano Enrique Díaz de León (1893-1937) había sido rector de la Universidad de Guadalajara (1925-1928); en ese momento era presidente del Consejo Nacional de la Educación Superior y de la Investigación Científica de México. Luis Montes de Oca (1894-1958) nació en la Ciudad de México. En 1924, después de una breve temporada como cónsul en Europa, ocupó el puesto de controlador general de la Nación en el gobierno de Plutarco Elías Calles. Fue secretario de Hacienda entre 1927 y 1932 y desde 1935 era director del Banco de México.

México en España entre 1932 y 1934, años durante los cuales había llegado a conocer y tratar muy de cerca a la mayor parte de los intelectuales españoles del momento.⁴ Es cierto que Cosío también había saludado a varios intelectuales durante su estancia en Madrid en 1932-1933, pero su visita fue más breve (unos seis meses) y, por lo mismo, su conocimiento del mundo literario y artístico no llegó a ser tan profundo. Todo esto, en fin, colocaba a Estrada en óptimas condiciones, primero, para ponerse en contacto con los posibles candidatos para ser rescatados, y luego, para asegurar su traslado a México.

El interés de Estrada por prestar ayuda a los intelectuales españoles no ha pasado del todo inadvertido para los historiadores. Los propios Lida y Matesanz, por ejemplo, mencionan la iniciativa que tomó Estrada en la primavera de 1937 al llevar a México al poeta y pintor José Moreno Villa, un episodio que el propio Moreno Villa hubo de recordar con profundo agradecimiento en su autobiografía *Vida en claro* (1944). Lo que no suele recordarse, en cambio, es que esta iniciativa se inscribía en un proyecto más amplio, que Estrada fue desarrollando entre febrero y agosto de 1937 y que tuvo como propósito atraer a México a cuando menos unas cuatro figuras más: el escritor Ramón Gómez de la Serna, los poetas Pedro Salinas y Juan Ramón Jiménez, y el filólogo Ramón Menéndez Pidal. Es posible que hubiera ampliado esta lista, si no fuera porque se lo impidió su prematura muerte, ocurrida en la Ciudad de México en septiembre de 1937.

Dada la importancia de estas figuras para la vida intelectual española del siglo xx, decidí documentar la historia de este proyecto de Estrada, basándome para ello en la correspondencia que el mexicano cruzara entonces con sus contemporáneos españoles. Con el fin de

⁴ Sobre este tema puede consultarse el trabajo de Serge I. Zaïtzeff, “Genaro Estrada y España”, *Literatura mexicana*, vol. III, núm. 1 (1992), pp. 125-134. Véase también James Valender, “Federico García Lorca y Genaro Estrada”, en Andrew A. Anderson (ed.), *América en un poeta. Los viajes de Federico García Lorca al Nuevo Mundo y la repercusión de su obra en la literatura americana*, Universidad Internacional de Andalucía/Fundación Focus-Abengoa, Sevilla, 1999, págs. 153-166; y “Genaro Estrada y los poetas del 27: notas sobre la recepción de *Paso a nivel* (1933)”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. LX, núm. 1 (2012), pp. 291-322.

ofrecer un marco de referencia en que leer esta correspondencia, encabeza el trabajo un capítulo en que resumo, brevemente, algunas de las principales gestiones impulsadas por Cosío Villegas durante el primer año de la guerra civil española. Sigue luego un capítulo más extenso en que trazo el diálogo establecido por Estrada con cada uno de los intelectuales invitados e intento evaluar el trabajo de rescate al que Estrada y sus colegas mexicanos se entregaron por estas fechas. Constituye la parte central del libro una edición de las cartas que Estrada cruzara entonces no sólo con los escritores mencionados sino también con otros colegas españoles, como José Pijoan y Luis Recasens Siches, que llegarían a México por otro camino; por su estrecha vinculación con la historia que propongo reconstruir, se recogen asimismo cartas de otros hispanoamericanos preocupados por la suerte de los exiliados españoles, concretamente de los cubanos José María Chacón y Calvo, Camila Henríquez Ureña y Fernando Ortiz, y del mexicano Ramón Beteta. Finalmente, cierra el volumen un apéndice que recoge dos ensayos que fueron escritos por Moreno Villa con motivo de la muerte de su amigo Estrada y que se reproducen aquí como expresión de la deuda que varios de los exiliados españoles (incluso los que no aceptaron trasladarse a México) habían contraído con él.

Durante la preparación del presente trabajo he contado con la ayuda de varias personas. Las cartas y los ensayos de Moreno Villa se reproducen con la amable autorización de José Moreno Nieto. Las cartas de Salinas, con el concurso de Carlos Marichal. La correspondencia de Menéndez Pidal, que se conserva en la Fundación que lleva su nombre, se publica aquí con el consentimiento del Patronato de dicha Fundación. Quisiera dar las gracias asimismo al personal tanto de la Biblioteca “Genaro Estrada”, de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, como del Archivo Histórico de El Colegio de México, por la gran eficiencia y amabilidad con que me han atendido; a Juan Pérez de Ayala por su generosidad en proporcionarme fotocopias de las cartas de Estrada a Moreno Villa; a Alfredo Valverde por facilitarme la consulta de la copia en microfilm de la correspondencia de Salinas que se conserva en la Residencia de Estudiantes, en Ma-

PREFACIO

drid, y a los profesores Sara Sánchez Bellido y Jesús Antonio Cid por la cordialidad y generosidad con que me acogieron y atendieron en la Fundación Ramón Menéndez Pidal, también en Madrid; en México, al Dr. Diego del Río, por los datos que me proporcionó sobre la revista *Hoy*. Mi reconocimiento asimismo a Antonio Carreira y a Gabriel Rojo Leyva por sus atinados comentarios sobre sucesivas versiones de este trabajo; a José García-Velasco, por compartir conmigo sus conocimientos sobre la Institución Libre de Enseñanza; a la bibliotecaria Lourdes Guerrero, por sus eficaces búsquedas hemerográficas, y a la becaria Claudia Margarita Ponce Sánchez por su constante apoyo en muy diversos aspectos de esta investigación.

JAMES VALENDER
Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios
El Colegio de México

I
LA “OPERACIÓN INTELIGENCIA”
DE DANIEL COSÍO VILLEGAS

En julio de 1936 Cosío Villegas fue enviado a Europa por el presidente Lázaro Cárdenas a ocupar el puesto de encargado de negocios en Lisboa. Desembarcó en el puerto de Vigo, con la intención de reunirse en España con el embajador de México en Madrid, Ramón P. de Negri, antes de seguir su camino hasta Portugal. Sin embargo, apenas iniciado el viaje por tierra, estalló la guerra civil española, que echó por tierra sus planes más inmediatos. Preocupado por la falta de seguridad que veía a su alrededor, finalmente logró escapar a Francia por barco desde el puerto de Santander. Después de pasar unos días en París, tomó otro barco que lo llevó a Lisboa. Instalado allí, en la Legación de México, su principal responsabilidad consistió en defender la política del presidente Cárdenas ante el gobierno de Antonio de Oliveira Salazar, sobre todo en los diversos asuntos que tenían que ver con la guerra civil española, cosa nada sencilla dada la abierta hostilidad que el gobierno portugués expresaba hacia la República.⁵

Pero en Lisboa Cosío también tuvo tiempo para empezar a formular su proyecto de salvar a algunos de los intelectuales españoles que querían proseguir su trabajo, alejados de la violencia de la guerra, un proyecto que tiempo después llamaría su “Operación inteligencia”. Determinante en ese sentido parece haber sido la amistad que Cosío disfrutó en Lisboa con el embajador de España, el historiador Claudio Sánchez-Albornoz (1893-1984), quien le relató en detalle las muchas penalidades sufridas por artistas, profesores y científicos españoles a raíz del conflicto armado. De hecho, parece que la carta que

⁵ Puede consultarse al respecto Alberto Enríquez Perea (compilador), *Daniel Cosío Villegas y su misión en Portugal 1936-1937*, El Colegio de México / Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1999.

Cosío le mandó a Montes de Oca en octubre, pidiéndole que planteara ante Cárdenas su plan de rescate, fue en parte fruto de sus conversaciones con el embajador de España. En todo caso, en su carta Cosío insistió mucho en la importancia de incluir al propio Sánchez-Albornoz en la lista de invitados:

Con el triunfo de los militares [para Cosío resultaba evidente que Franco y sus ejércitos tenían la victoria asegurada desde el principio mismo del conflicto] queda fuera, desamparado, sin recursos, sin país, un puñado de españoles de primera fila, valores científicos, literarios, artísticos y, por añadidura, de ejemplar calidad moral. Entre los más conocidos están: Claudio Sánchez Albornoz, Embajador aquí, el más grande medievalista español y una de las más firmes autoridades del mundo; Américo Castro, Enrique Díez-Canedo, Fernando de los Ríos, a quienes usted conoce; Menéndez Pidal, el gran filólogo; Zulueta, Ministro de Estado, Embajador en el vaticano, gran pedagogo...⁶

Sánchez-Albornoz tuvo que marcharse de Lisboa en noviembre de 1936, cuando el gobierno de Oliveira Salazar decidió romper relaciones diplomáticas con la República española. Sin embargo, ya para entonces Cosío contó con otra importante interlocutora, la poeta chilena Gabriela Mistral (1889-1957), que iba a colaborar muy estrecha-

⁶ De una carta de Cosío Villegas a Montes de Oca del 16 de octubre de 1936. *Apud* Enrique Krauze, *Daniel Cosío Villegas. Una biografía intelectual*, Joaquín Mortiz, Ciudad de México, 1980, p. 94. Llama la atención que, en una carta a Francisco J. Múgica del 30 de septiembre de 1936 en que esbozaba la misma propuesta, Cosío había agregado a esta lista los nombres del gastroenterólogo Teófilo Hernando (1881-1976) y de Gregorio Marañón (1887-1960), este último “distinguidísimo médico, sin puesto público pero simpatizante de Madrid”. *Apud* Clara Lida y José Antonio Matesanz, *La Casa de España en México*, p. 26. No sabemos a qué se debe la omisión de estos nombres en la carta a Montes de Oca escrita dos semanas después, pero en el caso de Marañón no es imposible que durante ese breve lapso Cosío se haya percatado de que el antiguo promotor de la Agrupación al Servicio de la República ya no simpatizaba en absoluto con el gobierno de Madrid. Al abandonar Lisboa, Claudio Sánchez-Albornoz (1893-1984) se exiliaría en Argentina, donde fundaría el Instituto de Historia de España; entre 1962 y 1971 sería presidente del Gobierno de la República Española en el Exilio.

mente con el mexicano durante los próximos meses. Mistral había pasado dos años como cónsul en España (1933-1935): fueron dos años de convivencia muy fructífera para ella, pero también de fricciones muy ruidosas, sobre todo cuando se dedicaba a defender la lengua y la cultura de los indígenas de su país frente al hispanismo de vieja cepa de algunos de los intelectuales españoles del momento. Finalmente, tuvo que renunciar a su puesto y abandonar el país cuando se hicieron públicos comentarios críticos sobre algunos españoles que ella había incluido en su correspondencia privada. El gobierno chileno intervino de manera muy elegante, concediendo a Mistral el rango de “cónsul vitalicio”, con el sueldo correspondiente, y permitiéndole decidir por sí misma el lugar donde quisiera desempeñar su cargo.⁷ Fue así como, en el otoño de 1936, se encontraba viviendo en Lisboa, donde no tardó en forjar una relación muy estrecha con Cosío.

Mistral se refiere a esta amistad en una carta muy instructiva que mandó a la secretaria de Federico de Onís,⁸ catedrático de la Universidad de Columbia, en Nueva York, el 19 de enero de 1937:

Hace dos meses tuvimos aquí una larga conversación el Sr. Daniel Cosío Villegas, Ministro de Méx[ico] en Port[ugal], Margot Arce y yo, sobre la situación de angustia en que están algunos prof[esores] españoles, dentro y fuera de Madrid. Salió de esa convers[ación] el que escribiésemos y obtuviésemos de Alf[onso] Reyes y de Amado Alonso una invitación de la Arg[entina] para el Prof[esor] Navarro Tomás. El no pudo usar de ella, por desgracia. Y salió una carta del Sr. Cosío al Pres[i-

⁷ Sobre este episodio véase Margaret Rubio, “The Spanish Tragedy of Gabriela Mistral”, *Romance Notes* (Chapel Hill), núm. 18 (1977), pp. 38-48.

⁸ La amistad del filólogo español Federico de Onís (1885-1966) con la poeta chilena Gabriela Mistral remontaba al verano de 1922, cuando coincidieron en la Ciudad de México (Mistral había sido invitada por José Vasconcelos, secretario de Educación Pública, a colaborar en sus programas de reforma educativa, mientras que Onís fue invitado por Pedro Henríquez Ureña a colaborar en la Escuela de Verano para Extranjeros). Véase al respecto Luis de Arrigoitia, “Federico de Onís y Gabriela Mistral: relación literaria y amistad de por vida”, *Revista de Estudios Hispánicos* (Río Piedras, Puerto Rico), núm. 12 (1985), pp. 31-50.

dente] de Méx[ico], en la cual le pedía colocar en Méx[ico], por un año a lo menos, a cierto número de esos colegas.⁹

Llama la atención aquí la preocupación muy especial que los hispanoamericanos mostraron, desde un principio, por la suerte de los *filólogos* españoles, que evidentemente gozaban de un prestigio en el mundo hispánico que los científicos españoles, por ejemplo, aún no tenían. Por otra parte, sorprende descubrir que, antes de pensar en atraer a México a tal o cual intelectual español, Cosío y Mistral hayan intentado organizar algo en Buenos Aires a través del embajador de México, Alfonso Reyes, y también por medio del filólogo español Amado Alonso (1896-1952), que desde 1922 dirigía el Instituto de Filología de Buenos Aires. Como había de ocurrir en otros casos, la salida propuesta para Tomás Navarro Tomás (1884-1979), antiguo colaborador de Ramón Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, no tuvo éxito (y esto, seguramente, por la sencilla razón de que el propio Navarro Tomás no se sentía en condiciones todavía para abandonar su país). Pero el Instituto de Filología de Buenos Aires no fue la única institución con cuya ayuda Cosío y Mistral esperaban poder contar a la hora de iniciar su proyecto de rescate, tal y como la poeta chilena luego explicó en su carta a la secretaria de Onís:

Yo salí en viaje por Francia, Alemania y Dinamarca. En París traté del mismo tema con el Sr. Establier, jefe de la Casa de España [*sic*] y Jefe de Ciencias en el Inst[ituto] de la Liga de las Nac[iones], donde yo también trabajo. Tenía yo en perspectiva un viaje inmediato a la Am[érica] del Sur, vía N[ueva] York y el Sr. Establier me pidió tratar con el Sr. Onís

⁹ *Apud* Luis de Arrigoitia, art. cit., p. 43. Si Mistral escribió, no al propio Onís sino a su secretaria, fue porque temía que Onís no se encontrara entonces en Nueva York y quería que la secretaria le reenviara el contenido de su carta. La filóloga portorriqueña Margot Arce (1904-1990) había estudiado en España con Américo Castro y Dámaso Alonso, doctorándose en 1930 con una tesis sobre Garcilaso de la Vega. Sobre su amistad con la poeta chilena (con quien ya había coincidido en Madrid), véase Margot Arce, *Gabriela Mistral. Persona y poesía* (Ediciones Asomante, San Juan, Puerto Rico, 1958).

de este asunto a fondo. Le prometí hacerlo. Despaché de allí dos cartas a Chile, pidiendo a mi Gob[ierno] la colocación de los Srs. Gili Gaya y Dámaso Alonso.¹⁰

Era natural, sin duda, que Gabriela Mistral quisiera involucrar a su propio gobierno en el proyecto de rescate; pero tanto ella como Cosío fueron muy optimistas si pensaban que en ese momento iban a poder llevar hasta Chile a estos otros dos miembros del Centro de Estudios Históricos de Madrid, Samuel Gili Gaya (1892-1976) y Dámaso Alonso (1898-1990); no se sabe si el gobierno de Chile aceptó extenderles una invitación, pero en todo caso ninguno de los dos filólogos mencionados llegó a trasladarse a ese país. Instructiva también es la alusión que hace Mistral a un reciente viaje suyo a París y a su encuentro allí con el químico español Ángel Establier (1904-1976) que, además de funcionario del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual en París, era director del Colegio de España en París, una residencia para estudiantes españoles diseñada y supervisada por Alberto Jiménez Fraud (1883-1964), quien también presidía la célebre Residencia de Estudiantes en Madrid. Conviene señalar que desde que la guerra civil estallara en España el Colegio de España en París acogía a numerosos intelectuales (de filiaciones políticas muy diversas) que habían huido de la violencia en su país. Por la misma razón Establier estaba muy bien situado para informar a Mistral y a Cosío sobre la disponibilidad de tal o cual figura para trasladarse al continente americano.

A todo ello conviene agregar otro dato importante: que Establier se había formado en España en la Institución Libre de Enseñanza, un movimiento pedagógico laico, inspirado en el pensamiento del krausista español Julián Sanz del Río (1814-1869) y encabezado por Francisco Giner de los Ríos (1839-1915), que durante los años 1876-1936 buscó reformar la sociedad española a través de la educación. Fruto de este movimiento fue la Junta para Ampliación de Estudios (1907)

¹⁰ *Apud* Luis de Arrigoitia, *loc. cit.*

que, bajo la dirección de Santiago Ramón y Cajal (1852-1934), no sólo becó a numerosos intelectuales y científicos españoles para que estudiaran en el extranjero, sino que también creó instituciones como el Centro de Estudios Históricos (1910) y la Residencia de Estudiantes (1910). Si muchos de los intelectuales a los que le interesaría a Cosío atraer a México habían pasado o por la Junta, o por el Centro de Estudios Históricos o por la Residencia de Estudiantes, esto desde luego no era un acontecimiento azaroso, sino, al contrario, un síntoma del éxito de este movimiento pedagógico en sus esfuerzos por crear una clase profesional enteramente nueva. Durante los años treinta tanto Cosío como Mistral se habían acercado con admiración a este movimiento, llegando incluso a conocer a algunos de sus directivos, y fue muy natural que lo tuvieran muy presente ahora que pretendían auxiliar a los intelectuales españoles desamparados por la guerra. Y de ahí el interés de Mistral por acercarse a Establier quien, desde el Colegio de España en París, iba a poder facilitarles el contacto con los españoles que se habían marchado a París, así como informarles sobre su disposición para viajar a México.

Un poco más adelante en esta misma carta Gabriela Mistral anuncia con gran alegría la decisión del presidente Cárdenas de autorizarle a Cosío invitar a unos diez profesores españoles a trasladarse a México. Lo que la poeta chilena no explica con mucha claridad, sin embargo, es el procedimiento que Cosío piensa seguir a la hora de decidir a quiénes finalmente extender esta invitación, si bien todo parece indicar que intervendrán varias personas en el proceso de selección:

Esperamos que la lista de quince Prof[esore]s, en la cual el Sr. Cosío escogerá diez, venga a Lisboa en ocho días. El Sr. Ministro la dirigirá pronto a su gobierno. Es posible que en 1 ½ meses sea asunto despachado. Si Chile no ha prometido nada claro para el Sr. Alonso (Dámaso), el Sr. Establier lo añadirá a su lista.

Yo seguiré la lucha en algunos países nuestros, *me temo con mucha menos suerte que en México*. Si el Prof[esor] Onís quiere darme consejos e indicaciones al respecto, que él lo haga, seguro de que serán oídos y

seguidos. En el Instituto de Cooperación Intelectual ha quedado abierta la misma labor; ojalá no se atasque en proyectos y circulares inútiles.¹¹

Al leer este fragmento de la carta de Mistral, resulta difícil saber bien a bien quién se encargará de mandarles a Cosío y a Mistral “la lista de quince profesores”, que ellos piensan reducir a diez. ¿Se tratará de Ángel Establier, en su papel de funcionario del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual en París? En todo caso, lo que sí sabemos es que el optimismo con que estos renglones fueron redactados (“Es posible que en 1 ½ meses sea asunto despachado”) resultará completamente infundado. En realidad, la extrema dificultad de armar esa lista —pese a la ayuda de los colegas en la capital francesa— llevará a que el proyecto sea aplazado una y otra vez a lo largo de los próximos meses.

En febrero de 1937 Mistral volvió a viajar a París, desde donde le mandó una carta al propio Cosío. Además de sugerir los nombres de figuras como el pintor, poeta y crítico José Moreno Villa (1887-1955), el musicólogo Jesús Bal y Gay (1905-1993), el filósofo Eugenio Ímaz (1900-1951) y el filólogo Dámaso Alonso, en su carta Mistral le aconsejó que, en lugar de ofrecer *contratarlos*, sería mejor simplemente *invitarlos* a viajar a México, ya que una *contratación* “podía interpretarse como un abandono de la causa republicana”.¹² Parece que esta carta le inspiró a Cosío a redactar no sólo una primera lista de las personas a las que extender la invitación, sino también algunos lineamientos generales sobre los criterios que convendría seguir y que consistían, sobre todo, en distinguir entre los intelectuales que estaban dispuestos a instalarse en México en seguida y los que preferían aplazar el viaje hasta que la guerra hubiera terminado, si bien estos lineamientos contemplaban asimismo unas invitaciones de tipo “homenaje”, reservadas para personas con una trayectoria excepcional. Al explicar

¹¹ *Apud* Luis de Arrigoitia, art. cit., p. 44.

¹² Seguimos aquí y a lo largo del presente párrafo el resumen que ofrece Enrique Krauze de esta carta (del 19 de febrero de 1937). Véase Krauze, *Daniel Cosío Villegas. Una biografía intelectual*, p. 96.

lo que entendía por invitaciones tipo “homenaje”, Cosío mencionó el ejemplo de Ramón Menéndez Pidal; pero, curiosamente, el nombre del director del Centro de Estudios Históricos no figura en la lista redactada entonces y que según Enrique Krauze constaba de las siguientes personas: Dámaso Alonso, Luis de Zulueta, Enrique Díez-Canedo, Victoria Kent, Antonio García Banús, Jesús Bal y Gay, Eugenio Ímaz y José Moreno Villa. De estos nueve nombres, sólo tres corresponden a figuras que con el tiempo serían miembros de La Casa de España: Bal y Gay, Díez-Canedo y Moreno Villa, si bien Eugenio Ímaz estaría vinculado a ella.¹³

Sobre la dificultad de redactar una lista definitiva de invitados también da testimonio otra carta de Gabriela Mistral, enviada a Federico de Onís el 25 de mayo de 1937. Ya para entonces Cosío se ha establecido en París, después de haber sido despedido de su puesto en Lisboa —por desavenencias con el subsecretario de Relaciones Exte-

¹³ Aunque invitado a México por Cosío Villegas, el poeta y filólogo Dámaso Alonso permanecería en España al final de la guerra civil. El escritor y político Luis de Zulueta y Escolano (1878-1964) se exilió en Colombia y en Estados Unidos. El diplomático, poeta y crítico literario Enrique Díez-Canedo (1879-1944) fue uno de los miembros fundadores de La Casa de España en México, lo mismo que el poeta y pintor José Moreno Villa y el musicólogo Jesús Bal y Gay. La penalista y política Victoria Kent (1891-1987) se exilió en Francia, México y Estados Unidos. El químico Antonio García Banús (1888-1955) se marchó a Bogotá, donde consiguió la cátedra de Química Orgánica en la Universidad Nacional. En cuanto al filósofo Eugenio Ímaz (1900-1951): se trataba de una figura por la cual Gabriela Mistral estaba especialmente preocupada. En su carta a la secretaria de Onís del 19 de enero, después de celebrar la decisión del presidente Cárdenas de respaldar el proyecto de Cosío, Mistral había comentado lo siguiente (*apud* Luis Arrigoitia, art. cit., p. 44): “Necesito hacer llegar pronto a conocimiento de Eugenio Ímaz, que viaja a EE.UU., esta noticia. El Sr. Xavier Zubiri me recomendó particularmente en París la suerte de Ímaz y yo, que lo traté, me vi en una verdadera angustia de ver en París a su esposa y su hijo sin seguridad alguna de medios de vida para el futuro inmediato. Ya he avisado al Sr. Establier haga llegar a ella la respuesta de Méx[ico], pero habría que dar tranquilidad al mismo Ímaz, *en seguida*”. En otra carta a Onís, del 25 de mayo de 1937 (*apud* Arrigoitia, art. cit., p. 45), Mistral apuntaría lo siguiente: “Ímaz no quiere ir a México; le han dado algo en París, donde vive con su mujer y una criatura. Usted lo trataría en Nueva York: vale mucho, me gusta mucho”. En el verano de 1939 Ímaz llegaría a México, donde sería becado tanto por La Casa de España como por El Colegio de México.

riores, Ramón Beteta, sobre ciertos recortes de presupuesto— el día primero de abril. En la capital francesa Cosío espera poder promover su proyecto con mayor éxito que en Portugal, pero la verdad es que sigue sin poder cerrar la lista de los diez profesores a los que piensa atraer a México. Escribiendo desde Lisboa, Mistral resume la situación así:

Cosío Villegas, comisionado por su gobierno para finiquitar la diligencia de los profesores españoles que aquí comenzamos, sigue en París viendo manera de llegar a la lista definitiva de los diez contratados. Porque resulta que, según el rumbo que lleva la guerra, algunos que pensaban ir ya vacilan; otros ya no van, otros quieren ir precisamente ahora. No sé aún qué nombres han entrado o salido de nuestra nómina, que era muy escogida. Se comunica con ellos desde París y desea hacerlos partir pronto: los interesados no entienden que en la América hay que aprovechar de la buena voluntad o nunca...¹⁴

En estos breves renglones se ofrece, me parece, la mejor explicación de la insólita lentitud con que Cosío puso en marcha un proyecto que desde diciembre de 1936 contaba ya con el pleno apoyo del presidente Cárdenas. Si bien unos cuantos se habían marchado de España en las primeras semanas de la guerra civil, para la gran mayoría de los intelectuales españoles (y sobre todo, para todos aquellos que se identificaban con la causa republicana) era todavía muy temprano para que se decidieran a abandonar su patria. A este respecto conviene tener presente algo que señalaría el filósofo Joaquín Xirau (1895-1944) en marzo de 1939, al aceptar una segunda invitación a trasladarse a México: a saber, que si no había aceptado la primera invitación, que le había llegado en junio de 1938, fue porque su sentir patriótico se lo impedía: “Después de reflexionarlo mucho me di claramente cuenta de que en aquellos momentos trágicos de mi patria no me hubiera sido posible abandonarla. Sin que en ello vaya implícito juicio alguno so-

¹⁴ *Apud* Arrigoitia, art. cit., pp. 44-45.

bre nadie —¡todo lo contrario!— dejar a España en aquellos momentos me hubiera parecido algo análogo a abandonar a mi padre en trance de muerte”.¹⁵ Y si Xirau pensó así en junio de 1938, con más razón todavía otros intelectuales como él habrán reaccionado igual al ser invitados a exiliarse un año antes, en mayo o junio de 1937.

En julio de 1937 la “Operación inteligencia” parecía tomar un nuevo giro cuando Cosío viajó a Valencia para llegar a un acuerdo formal con el gobierno de la República sobre el asilo que quería ofrecerles a los intelectuales españoles. No es imposible que, al hacer este viaje, el mexicano haya pensado que iba a poder vencer la resistencia de ciertas figuras a trasladarse a México: si estos contaban ya con la autorización de su propio gobierno, seguramente no iban a sentir tanto remordimiento de conciencia al marcharse de su país. El encuentro de Cosío con el Ministro de Estado, José Giral, fue muy cordial, como también lo fue su posterior reunión con el subsecretario de Educación, Wenceslao Roces, que puso una sola objeción al proyecto de Cosío: “Roces me dijo que, para hacer resaltar la importancia de la invitación, el gobierno español les daría a los intelectuales invitados la categoría de ‘embajadores culturales’. Me permití aclarar que un embajador, sin importar que fuera cultural o de otra naturaleza, era nombrado por el gobierno que lo enviaba, mientras que en este caso México tenía ya hecha una lista del primer grupo invitado”.¹⁶ Cosío logró convencer a su interlocutor, a quien le entregó una nueva versión de la lista definitiva de invitados y de esta manera, según su biógrafo Enrique Krauze, dio feliz término a la primera etapa de su proyecto: “la del salvamiento y la atracción”.¹⁷

Todo esto suena muy bien, pero ¿realmente fue así? Si miramos lo hecho por Cosío y sus colegas durante estos meses, vemos que no lograron ni salvar ni atraer a ninguno de los intelectuales mencionados en sus listas. Ni quisiera lograron resolver el problema de saber armar

¹⁵ De una carta de Joaquín Xirau a Daniel Cosío Villegas del 19 de marzo de 1939. Recogida por Martí Soler Vinyes, *La casa del éxodo. Los exiliados y su obra en La Casa de España y El Colegio de México*, pp. 25-26.

¹⁶ Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, Joaquín Mortiz, Ciudad de México, 1976, p. 172.

¹⁷ Krauze, *Daniel Cosío Villegas*, p. 98.

una lista de personas efectivamente dispuestas a trasladarse a México. (Cabe señalar, por cierto, que tal vez no fuese del todo afortunada la decisión tomada por Cosío en su reunión con los españoles en Valencia de guardar para México toda la responsabilidad del proyecto: si bien respondía al deseo de garantizar la calidad y la idoneidad de los invitados, tuvo el efecto de cancelar la autorización oficial por parte del gobierno español y así la justificación ética o ideológica que algunos intelectuales necesitaban para poder abandonar España. Es decir, canceló una posible salida al atolladero en que su proyecto parecía estar atrapado.) En agosto de 1937, poco después de volver a París, Cosío regresó a México, todavía con la ilusión de que muy pronto llegarían a su país los primeros invitados españoles (incluso gastó sus últimos francos en comprar libros para los profesores que fueran a llegar). Pero, desde nuestra perspectiva actual, salta a la vista que esta ilusión no tenía más fundamento que la esperanza misma de que las cosas se resolvieran rápidamente.

En realidad, pese a su perseverancia y dedicación, Cosío y sus colegas no iban a poder hacer gran cosa para realizar sus metas hasta que la guerra civil se acercara mucho más a su trágico desenlace. Como señalan Lida y Matesanz: “De julio de 1937, cuando Cosío estuvo en Valencia, a agosto del 38, en que apareció el decreto de creación oficial de La Casa [de España], pasó más de un año sin que el asunto cuajara de modo tangible”.¹⁸ Y si revisamos la lista de las personas invitadas en aquel decreto de 1938 —Menéndez Pidal, Navarro Tomás, Sánchez-Albornoz, Dámaso Alonso, José Fernández Montesinos, José Gaos, Joaquín Xirau, Pío del Río Horteiga, Recasens Siches, Moreno Villa y León Felipe— vemos de nuevo que la mayor parte no aceptó trasladarse a México como miembros de esa nueva institución.¹⁹ Si bien en el verano de 1937 era demasiado temprano todavía

¹⁸ Lida y Matesanz, p. 43.

¹⁹ De esta lista sólo llegaron a ser miembros fundadores de La Casa de España en México Recasens Siches (1903-1977), Moreno Villa y León Felipe (1884-1968), que ya residían en México antes de que el decreto se publicara, así como José Gaos (1900-1969) y Joaquín Xirau (1895-1946), que llegaron después.

para que muchos intelectuales se comprometieran a establecerse en otro país que quedaba al otro lado del Atlántico, un año después empezaba a quedar evidente que México, de todos modos, no era el destino ideal para todos ellos: los filólogos Navarro Tomás y Fernández Montesinos (1897-1972) terminarían trabajando en universidades de los Estados Unidos; el histólogo Del Río Hortega (1882-1944) y el historiador Sánchez-Albornoz, en instituciones argentinas; Menéndez Pidal y Dámaso Alonso, en España. En fin, entre 1938 y 1939 La Casa de España en México se fue constituyendo con figuras intelectuales importantes, que dejarían un legado notable. Pero entre los españoles que los mexicanos quisieron incorporar al país y la lista de los que efectivamente se incorporaron hubo siempre una diferencia muy notoria.

II EL PROYECTO DE GENARO ESTRADA

Por las mismas fechas en que Daniel Cosío Villegas promovía su operación en Europa, Genaro Estrada estaba haciendo algo muy similar desde su casa en la Ciudad de México. A él también le preocupaba la suerte de los intelectuales españoles a los que la guerra civil había interrumpido su trabajo. Y a él también se le ocurrió que podría matar dos pájaros con un solo tiro —es decir, realizar una importante labor humanitaria, a la vez que promover la vida intelectual de México— si lograba rescatar y llevar a su país a algunos de los intelectuales más destacados de los exiliados españoles. En lo que se distinguió de su colega Cosío fue, sobre todo, en su decisión de restringir sus esfuerzos a aquellos intelectuales que ya se hubieran trasladado al otro lado del Atlántico. Por lo mismo, el proyecto de Estrada fue bastante modesto (a fin de cuentas, no fueron tantos los intelectuales españoles que, abandonando España y Europa, se trasladaron al continente americano durante el primer año de la guerra civil). Hay documentos que demuestran que entre febrero y agosto de 1937 Estrada extendió invitaciones a cinco intelectuales españoles: José Moreno Villa, Ramón Gómez de la Serna, Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas y Ramón Menéndez Pidal. Y es esta correspondencia la que propongo comentar en lo que sigue.

Los diálogos con cada invitado no se desarrollaron sucesivamente, uno tras otro, en el tiempo, sino que fueron, la mayoría de las veces, simultáneos. Sin embargo, para facilitar la exposición de mi comentario, he decidido tratar cada caso separadamente. El diálogo entre los diferentes epistolarios puede apreciarse mejor en la edición de las cartas que cierra este trabajo, donde se sigue un orden estrictamente cronológico. El orden seguido aquí es un tanto aleatorio, si bien me ocu-

po primero de los intelectuales a los que el propio Estrada también dedica más tiempo al principio de su proyecto (Moreno Villa, Gómez de la Serna y Juan Ramón Jiménez). También he dejado para el final el caso de Ramón Menéndez Pidal, que es el que exige a Estrada una dedicación más constante a lo largo de los seis meses que dura esta iniciativa. Como espero demostrar, si bien el proyecto de Estrada no tuvo el éxito que éste esperaba, de todos modos fue una iniciativa encomiable, que hasta en sus reveses ejemplificaba muy bien los problemas que el proyecto de rescatar a los intelectuales españoles suponía también para Cosío y sus colegas.

JOSÉ MORENO VILLA

La invitación extendida a José Moreno Villa data del 26 de marzo de 1937. El poeta y pintor malagueño se encontraba en ese momento en Washington, a donde acababa de llegar como agregado cultural de la República española. Fue un momento especialmente difícil en su vida, tal y como había de recordar en *Vida en claro*, porque si bien su nombramiento en Washington milagrosamente lo había sacado de la guerra civil, salvándolo de los graves peligros que este conflicto suponía, al mismo tiempo lo llevaba a ver la guerra, y su propia vida dentro de la guerra, bajo una luz muy distinta, mucho menos exaltada que antes. “Me sentía sin asidero y sin tierra firme, a merced de la ventisca”, escribiría. “En el extranjero se agravó mi desplome psíquico viendo la conducta que sostenían con España las naciones todas, menos México y Rusia. Comprendí que estábamos casi perdidos, pero tuve entereza todavía para no dejar ver mi abatimiento”. Pero si su visión de la guerra no era muy risueña, tampoco estaba muy contento con los primeros resultados de su trabajo como agregado cultural. Había empezado a preparar unas conferencias para promover la causa republicana, pero en seguida se había dado cuenta de la barrera que suponía no tener un buen dominio de la lengua inglesa. Y aunque ya había organizado una exposición de su obra pictórica reciente, la experiencia le había enseñado que el público estadounidense, en general, ni quería enterarse de

los horrores de la guerra civil, ni tampoco estaba dispuesto a simpatizar con un régimen tildado de comunista. Y por si todo esto fuera poco, no había recibido ningún sueldo por su trabajo, viéndose obligado a vivir del dinero que el embajador, Fernando de los Ríos, le prestaba. Si en aquel momento no se dejó desanimar por completo, según su propia confesión fue gracias a un esfuerzo de voluntad muy particular: “Me ayudó a demostrar fe en la victoria la ilusión o profundo deseo de que las cosas salgan como uno quiere; el esperar de no se sabe dónde el golpe de suerte”.²⁰

Ese golpe de suerte —al menos para Moreno Villa— llegó de repente de la mano de Genaro Estrada, quien, en su carta del 26 de marzo de 1937, le escribió lo siguiente:

Querido Moreno Villa: Me han llegado noticias de que se halla usted en Washington, comisionado en la embajada española. Y allá le dirijo esta carta, con la esperanza de hallarle. Ya está muy cerca (esto con la relatividad de las distancias de América), muy cerca de México y ya es tiempo, amigo mío, de que venga usted. — Aquí encontrará usted la España en paz. Lo supongo movilizado allí como podría estar en Budapest. Aquí es otra cosa: ambiente, comprensión, simpatía para el momento en que vive España. Estoy seguro de que aquí sería más provechosa para la causa española la estancia de usted: conferencias, ambiente, simpatía, calor fraternal, entendimiento inmediato. Sería suficiente la conversación. Con que ¡sus! a nosotros. Convenza usted a quien corresponda; hable con [Fernando] de los Ríos y a México. Hallará su rincón de la calle del Pinar, su chopo aquel y su medio habitual. En Washington hacen falta ahora otra clase de comisionados: expertos en armas, finanzas, géneros alimenticios, etc.²¹

²⁰ José Moreno Villa, *Vida en claro. Autobiografía* (El Colegio de México, Ciudad de México, 1944), p. 234.

²¹ Este fragmento fue reproducido por Juan Pérez de Ayala en las notas a la sección “Recuerdos y memorias, 1937-1955” de su edición de Moreno Villa, *Memoria* (El Colegio de México / Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid y Ciudad de México, 2011), p. 480.

La invitación, desde luego, tomó completamente por sorpresa a Moreno Villa. Era cierto que había tratado a Estrada en España (el antiguo embajador mexicano incluso le había comprado un cuadro), pero la amistad nunca había llegado a ser muy estrecha; de ninguna manera daba pie para que el malagueño esperara un gesto de generosidad tan excepcional hacia su persona. “¿Por qué había de ser Genaro Estrada el único americano que se preocupase por mí?”, se preguntaría en *Vida en claro*. “Otros, mucho más amigos, tenía yo en este continente y no fueron para ponerme una postal de saludo”.²² Era una invitación no sólo a volver a un ámbito hispánico sino también a recuperar una forma de vida: la de los años dorados que Moreno Villa había pasado en la Residencia de Estudiantes, en la madrileña calle del Pinar (o en la Colina de los Chopos, como Juan Ramón Jiménez prefería llamarla). Ante tanta cordialidad, pero también ante tanta comprensión de sus circunstancias inmediatas, Moreno Villa difícilmente iba a poder decir que no. Y, sin embargo, existía un impedimento muy grande: la necesidad de contar con la autorización del gobierno español que lo había enviado a Washington. De ello habla Moreno Villa en su respuesta, pero antes de reproducirla conviene que nos detengamos en la segunda parte de la extensa carta de Estrada, en que deja en evidencia las dimensiones de su interés por ayudar a los intelectuales españoles en este duro trance de la guerra civil. Si bien expresa su pesar ante lo que llama la “desorientación” de algunos (menciona explícitamente los casos de Gregorio Marañón y de Salvador de Madariaga, que se habían distanciado ya de la República), parece dar por sentado que la gran mayoría de los antiguos amigos de Madrid estarán con la República:

De tarde en tarde recibo alguna revista del frente, algún folletito: supongo que me los envía [Rafael] Alberti. Se necesitaría mucho material, que aquí puedo distribuirlo profusamente. He escrito recientemente a D. Ramón Menéndez Pidal, que se halla en la Habana, para que venga

²² Moreno Villa, *Vida en claro*, p. 240.

a México. También voy a escribir a [Juan Ramón] Jiménez, suponiéndole en la Habana. ¿Qué estarán haciendo allí estos dos hombres entre ruidos de rumba y maraca? Quisiera saber de algunos: [Melchor Fernández] Almagro, [Dámaso] Alonso, [Vicente] Aleixandre, [Manuel] Altolaguirre, [Ricardo] Baeza, [Luis] Cernuda, [José María] de Cossío, [Gerardo] Diego, [Jorge] Guillén, [Antonio] Marichalar, [Antonio de] Obregón, [Antonio] Oliver, [José María] Quiroga Pla, [Pedro] Salinas, [Guillermo de] Torre... de todos. [Ramón] Gómez de la Serna me ha escrito de Buenos Aires que quiere venir a México. Yo le he dicho que venga, que aquí hallará colaboraciones en la prensa. [Américo] Castro está allá también, según leo en la prensa argentina. Marañón había solicitado venir; todo se le arregló bien; pero ahora supongo que después de sus declaraciones, habrá desistido. [Luis de] Zulueta tenía algo aquí; pero después dijo que no podría venir y sabemos que se ha decidido por Colombia (?). Todos ustedes estarían tan bien aquí... Recuerden que aquí estoy, por si hubiere algo que hacer. Venga, pues, Pepe Moreno Villa; tendremos tertulia permanente.

Al leer esta larga lista de nombres, vamos descubriendo cuán inmerso estuvo Estrada en el mundo literario y artístico español durante los dos años que permaneció en Madrid (entre los mencionados figuran, desde luego, varios de los poetas y críticos más importantes del momento); pero al mismo tiempo vamos viendo las dimensiones descomunales del proyecto inicial de Estrada: “Todos ustedes estarían tan bien aquí...” ¿Realmente creía que iba a poder acoger a todos ellos? Lo que este párrafo deja en evidencia es también la ignorancia del diplomático con respecto a la situación en que se encontraban la gran mayoría de los que nombra. Desconoce, por lo visto, la rápida polarización política que trajo la guerra y, por lo mismo, no está enterado ni de la vida de los que se habían incorporado a la causa franquista (como Gerardo Diego, Antonio de Obregón y Melchor Fernández Almagro, por ejemplo), ni tampoco de los esfuerzos de otros más (como Dámaso Alonso y José María de Cossío) por evitar alinearse en lo posible con ninguno de los dos bandos en guerra. Estrada

alude a ciertas “declaraciones” de Marañón, pero el caso del médico y ensayista no era tan excepcional como el mexicano parecía suponer.²³ Y seguramente será por ello por lo que en las semanas siguientes se toparía con más problemas de los que anticipaba. Por lo pronto, pensando sin duda en su relativa cercanía, ha decidido dirigirse primero a los españoles que se encuentran ya en el continente americano (como Menéndez Pidal, Juan Ramón Jiménez, Ramón Gómez de la Serna y José Moreno Villa). Con el malagueño el arreglo va a resultar muy fácil, pero no lo será con los otros tres. El 2 de abril de 1937 y en carta que llevaba el membrete de la Embajada española en Washington, Moreno intentó decirle a Estrada cuánto le había conmovido su invitación:

Querido Estrada: Qué maravillosa carta la suya, qué maravillosa es la amistad. Lo que debería ser corriente resulta que es insólito y, por eso mismo, maravilloso. Si yo pudiera en este momento seguir lo que me dicta el impulso saldría para México. Pero no puedo dar ese paso sin contar con el Gobierno como usted mismo dice y me parece prematuro cambiar de plan cuando aún no he comenzado aquí mis conferencias. Hasta ahora no he hecho más que una exposición de dibujos y litografías de guerra, en la Embajada. Y es el 11 cuando voy a Princeton a hablar

²³ Estrada parece referirse a unas declaraciones que Gregorio Marañón había hecho en septiembre de 1936 y que fueron recogidas por el periodista Manuel Aznar en un artículo titulado “La España de hoy. De un gran argumento del doctor Marañón”. Al explicar la escasa simpatía que sentía por el gobierno de la República, Marañón había dicho lo siguiente: “No hay que esforzarse mucho, amigos míos; escuchen ustedes este argumento: el ochenta y ocho por ciento del profesorado de Madrid, Valencia y Barcelona ha tenido que huir al extranjero, abandonar España, escapar a quien más pueda. ¿Y saben ustedes por qué? Sencillamente porque temían ser asesinados por los rojos, a pesar de que muchos de los intelectuales amenazados eran tenidos por hombres de izquierda. ¿Comprenden ustedes ahora, queridos amigos?” Aunque fechado en “Febrero, 1937”, el artículo fue publicado en el *Diario de la Marina* (La Habana), en marzo de 1937. Seguimos aquí el texto cubano que se reproduce en Juan Ramón Jiménez, *Guerra en España*, edición de Ángel Crespo, Seix Barral, Barcelona, 1985, p. 152. Cabe agregar que si en algún momento Marañón había escrito a Estrada, tanteando la posibilidad de visitar a México, no se conserva ningún rastro de ello en el Archivo de Estrada en México.

y luego a Nueva York hasta el 20. Pienso regresar entonces a Washington, pero no sé si se alterará el programa. De todos modos usted puede escribirme aquí, a la Embajada. Desde luego creo que mi situación ahí sería más eficaz que aquí, donde estoy sin el arma de la palabra. En fin, ya veremos si hay manera de convencer al Subsecretario de mi traslado a México. La gira mía de todos modos era para 6 meses, es decir, hasta Julio.

Moreno se expresa con cierta cautela con respecto a su situación oficial, pero aun así no puede reprimir el entusiasmo que la carta de Estrada le ha despertado. Y, de hecho, al subrayar que su nombramiento como agregado era sólo por unos seis meses, le dejaba entender al amigo mexicano que algún arreglo podría hacerse, si no en seguida, más o menos pronto. En cuanto al paradero de los otros amigos por los cuales Estrada le pregunta, Moreno le ofrece unos cuantos datos, que demuestran cómo en tiempos de guerra hasta los propios involucrados no siempre están enterados de la situación de sus colegas:

De los amigos diré que Almagro estaba en una embajada en Madrid, refugiado. No sé en cuál. Alonso, en Valencia. Aleixandre, en Madrid (no sé en qué domicilio). Altolaguirre, actuando primero en Valencia y ahora en París. Baeza, en el Ministerio de Estado. Cernuda, en París. Cossío, no sé. Diego, en Francia. Guillén, en Sevilla. Marichalar, en París, y contrario. Obregón, no sé. Quiroga, en Valencia, enfermo. Salinas en Wellesley College, *Wellesley, Mass.*²⁴

Tal y como anunció en su carta, durante las siguientes semanas Moreno Villa se dedicó a dictar sus conferencias, primero en la Universidad de Princeton, después en el Instituto de las Españas, en Nue-

²⁴ Además de incompleta, esta información resulta, como es natural en las circunstancias, algo imprecisa: Melchor Fernández Almagro había estado refugiado en la Embajada Mexicana en Madrid, antes de incorporarse a la zona franquista; no se sabe de ningún viaje de Altolaguirre a París por estas fechas; mientras que Cernuda había regresado de París a Madrid en septiembre de 1936.

va York, y finalmente en el New Jersey College for Women, en New Brunswick. Y mientras tanto, Estrada comenzó a plantear su proyecto al embajador de España en México, Félix Gordón Ordás, quien por lo visto lo apoyó con entusiasmo. El cambio de destino fue acordado tan rápidamente que para la tercera semana de abril Moreno Villa ya había recibido la autorización de su gobierno para trasladarse a México. El 26 de abril, después de cenar con el Embajador de México en Estados Unidos y también con el Ministro de Hacienda mexicano, le volvió a escribir a Estrada:

Querido amigo Estrada: Ya estoy como quien dice en México y por obra suya. Recibí su carta en Princeton y, al día siguiente, me comunicaron desde Washington la orden de traslado que me mandaba el gobierno. Todo ello me cogió de sorpresa porque, como le dije, yo pensaba que lo primero era tocar en algunos puntos de esta nación y había conseguido fijar algunas fechas con bastante trabajo, porque aquí se hacen los programas de conferencias y cursos con mucha anticipación, como usted sabrá. Ya le contaré mi experiencia y lo que yo creo posible en este país o ambiente. Renuncié al viaje a Madison que representaría unos quince días entre ir, estar y volver. Me quedaré en Washington unos días (esta semana) para contestar las cartas atrasadas de quince fechas, despedirme de la gente y gustar otro poco de esta cariñosa familia de Fernando [de los Ríos]. Y, enseguida, a México, que me preocupa a pesar de lo que usted me dice, porque me figuro que ahí no hacen falta propagandistas, o es preciso que los que actúen den el *do* de pecho mitinesco, para lo cual no tengo facultades.

Los arreglos se hicieron muy rápidamente, con una rapidez que incluso tomó al propio interesado por sorpresa. Así, a finales de la primera semana de mayo, después de despedirse de los amigos de la embajada en Washington, Moreno Villa salió en tren con destino a la Ciudad de México. Durante el largo viaje sin duda pensó con cierto nerviosismo en las tareas que le esperaban en el país vecino, pero a juzgar por lo que escribiría en *Vida en claro*, parece que también viajó

confiado en el destino que había irrumpido de repente en su vida en la persona de Genaro Estrada: “Me sentía desligado de todo lo anterior, de toda forma y de todo contenido. Respiraba el fracaso de Europa, de España y de todos nosotros, pero a pesar de esta crisis de la fe en los hombres y en sus sistemas, me reconfortaba la idea de ser útil a alguien o a algo. No venía en viaje de turismo; venía para algo, mandado por alguien.”²⁵ En México lo esperaban Estrada y un grupo de amigos suyos que muy pronto fueron los de Moreno Villa también. Por otra parte, éste no tardó en darse cuenta de que nadie esperaba de él que fuera a hacer propaganda, ni mucho menos que frecuentara los mítines políticos. Ayudado por Estrada, comenzó una vida nueva, como pintor y como escritor. Si bien Estrada, a causa de su muerte en septiembre, no viviría para verlo, un año después Moreno Villa sería invitado a convertirse en un muy activo miembro fundador de La Casa de España, lo cual sería a su vez un preámbulo para ser investigador de El Colegio de México. Su traslado a México resultó ser así todo un éxito, el primer gran logro de la campaña emprendida por Estrada... Por desgracia, el antiguo canciller no iba a tener tanto éxito con los demás españoles que pensaba atraer a su país.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Otro escritor que Estrada debió de conocer durante su estancia como embajador en España fue Ramón Gómez de la Serna. A diferencia de Moreno Villa, que había declarado su adhesión a la República española desde el principio mismo de la guerra, Ramón (como lo llamaban sus amigos y admiradores) reaccionó con horror ante el caos y la destrucción que vio en Madrid durante las primeras semanas del conflicto. Le alarmó la tremenda inseguridad en que de repente se hallaba viviendo, pero también le preocupó ver a tantos escritores y artistas entregados de alma y cuerpo a tal o cual causa política. En realidad,

²⁵ Moreno Villa, *Vida en claro*, p. 243.

como intelectual siempre había censurado la intromisión en la obra de arte de cualquier interés ajeno al puro disfrute estético. A su juicio, el artista debería vivir y crear de espaldas a su momento histórico, preocupado únicamente por la feliz realización de su obra. Por lo mismo no había perdido ninguna oportunidad de criticar la rápida politización de la cultura española que había comenzado en 1930: se sentía igualmente ajeno a los intereses de la izquierda que de la derecha. Para él las causas políticas eran meras distracciones que servían para desviar al artista de su verdadera vocación.

En su *Automoribundia* (1948), evocaría el pánico que sintió al estallar la guerra en julio de 1936: “No salí de casa en algunos días y coloqué la librería del diccionario enciclopédico frente a la puerta, porque no sabía quién podría venirme a matar”.²⁶ Fue un momento en que todos los españoles se vieron presionados a tomar partido y en la capital del país Gómez de la Serna sintió la coerción de amigos y admiradores que lo “animaban” a declararse partidario de la República. El escritor aguantó apenas un mes así en Madrid. En agosto de 1936, y con el pretexto de asistir a una reunión del PEN Club, se marchó precipitadamente de España y tomó un barco de Francia a Argentina, país que ya había visitado en dos ocasiones (en 1931 y 1933), donde su obra contaba con un público muy entusiasta y donde había nacido su esposa, Luisa Sofovich.²⁷

Su correspondencia con Estrada data de la primavera de 1937, cuando ya llevaba unos seis meses en Buenos Aires. Parece que desde el principio de su estancia allí, y ayudado entre otros por el poeta argentino Oliverio Girondo, Gómez de la Serna logró salir adelante gracias a sus colaboraciones en la prensa de la ciudad, sobre todo en *La Nación*, *El Mundo* y *El Hogar*. Al mismo tiempo, a través de otro

²⁶ Ramón Gómez de la Serna, *Automoribundia (1888-1948)*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1948, p. 610.

²⁷ Su decisión de marcharse de España fue lamentada por varios de sus amigos. Sobre este tema véase Nigel Dennis, “El ramonismo (sin Ramón) de la guerra civil española: una carta inédita de José Bergamín a Ramón Gómez de la Serna”, *Boletín de la Fundación Federico García Lorca* (Madrid), núm. 5 (junio de 1989), pp. 61-75.

amigo, el embajador mexicano Alfonso Reyes, que también tomó un interés casi paternal por su bienestar, Ramón comenzó a explorar la posibilidad de colaborar en alguna revista mexicana. Y fue con este motivo que decidió ponerse en contacto con Genaro Estrada. Es importante resaltar el hecho de que haya sido Gómez de la Serna quien iniciara el diálogo, porque al escribirle, seguramente no tenía conocimiento de la campaña que el otro emprendía entonces (si bien es posible que Reyes le hubiera comentado algo al respecto). Su carta no lleva fecha, pero parece datar de marzo de 1937. En ella se ve el interés especial que pone Ramón, de entrada, en distanciarse del ánimo beligerante de sus paisanos:

Mi querido y admirado amigo: aquí me tiene a su disposición en Buenos Aires a salvo de lo que sucede en España y que los espíritus como el mío tienen que ver en perspectiva pues de momento no teníamos que hacer nada en el cepo terrible de Madrid.

He estado mucho con nuestro gran Alfonso Reyes y con él he hablado ponderativamente de usted. Vamos a ver si otra vez volvemos a formar corro intelectual con intercambio de nuestros hallazgos.

Necesito más que nunca entrar en el engranaje de la nueva España, del movimiento intelectual mexicano.

Espero poder vivir aunque a veces paso por dudas grandes porque lo perdí todo. El ánimo es mucho y las esperanzas de colaboraciones y editores lo mantienen.

Envíeme las cosas que publique pues me encantará seguir leyéndole.

Con el recuerdo de aquellos días mejores le abraza su admirador y amigo.

Por desgracia, no contamos con las cartas que Estrada enviara a Gómez de la Serna y, por lo mismo, no sabemos exactamente qué habría respondido.²⁸ Pero a juzgar por la siguiente carta del escritor español, Estrada no sólo habría ofrecido conseguirle alguna colabora-

²⁸ Ninguna carta de Estrada aparece en el inventario del Archivo de Gómez de la Serna conservado en la Universidad de Pittsburgh.

ción en la prensa mexicana, sino que además habría aprovechado la oportunidad para invitarlo a trasladarse a México, tal y como le había propuesto a Moreno Villa. Si bien en su carta Ramón habló, algo vagamente, de su deseo de “entrar en el engranaje de la nueva España”, la propuesta de Estrada evidentemente iba bastante más lejos de lo que él buscaba bajo esa frase. En su segunda carta, fechada “Marzo 1937”, después de expresar su agradecimiento por las atenciones recibidas, Gómez de la Serna respondió a la invitación rechazándola firme pero amablemente:

¿Viajar hacia el ideal Méjico? ¡Con cuánto gusto iría pero estoy atemorizado y acurrucado en esta plaza, maltrecho después de haberlo perdido todo en España —libros, objetos, tertulias, porvenir— sin querer casi salir a la calle!

Escribo mucho, escribo como no he llegado a escribir nunca, y eso que allí conocí jornadas de veinte horas.

¿Por qué usted que es tan viajero no viene por aquí? En la falta de paz que hay en el mundo este es un remanso que merece concursar para ganarlo.

Como yo no estoy a las resultas de que ganen unos u otros sino que me he retirado de España por la atmósfera de crimen sobrante y excesivo en que ha incurrido, pienso quedarme en América muchos años y he de ascender hacia Méjico en cuanto pueda y espero mucho de la afinidad espiritual que han de conseguir mis conferencias.

Si en el entretanto surge algo práctico yo haría sobre temas completamente nuevos artículos absolutamente exclusivos y baratos. Muy agradecido le abrazo con honda fraternidad espiritual su admirador y amigo.

Respaldado por su esposa y por sus amigos argentinos, Gómez de la Serna se encontraba en mejores condiciones que muchos otros exiliados para establecerse en Buenos Aires, tal y como era evidentemente su intención. (Se ve que para salir adelante tenía que trabajar mucho, pero esto no era nada nuevo en su carrera.) Es decir, sin duda no iba a

ser fácil para Estrada atraerlo hacia México. Pero éste tampoco iba a darse por vencido al sufrir el primer revés. Por lo pronto, resulta que tardaron mucho en llegar a México los mensajes tanto de Ramón como de Reyes confirmando la imposibilidad en que se hallaba el español para aceptar la invitación. Aprovechando este silencio, Estrada volvió a escribir a Gómez de la Serna, reiterando la invitación.²⁹ La nueva respuesta de Ramón data del 15 de abril de 1937. Al volver a rechazar la invitación, Ramón ahora comienza por señalar lo difícil que sería para él ofrecer conferencias en México sobre la guerra civil (como, por lo visto, temía que los mexicanos esperaban que hiciera): “A español traumatizado por lo que pasa en su patria le es muy difícil en estos momentos ponerse frente a los públicos para coordinar sus palabras cuando sólo quisiera darles un sentido espiritual y artístico”. Pero más que abundar sobre este delicado tema, Ramón dedica la mayor parte de la carta a exponer su fe en la democracia (el único régimen que cree realmente capaz de asegurar una vida en que ese “sentido espiritual y artístico” pueda cultivarse), así como su total repudio del comunismo:

Yo estoy al lado de la gran democracia mexicana pero tengo gran cuidado en no desembocar hacia lo comunistoide y abomino de la violencia

²⁹ Gracias a una carta que Alfonso Reyes envió a Estrada el 16 de abril de 1937, sabemos que el 6 de abril Estrada le había escrito a Ramón, entre otras cosas, lo siguiente: “Todo el buen ambiente ya está hecho, y aquí se le espera. Ocúpese usted en eso; mande algún telegrama por conducto de nuestro Alfonso Reyes”. En respuesta a este mensaje de Estrada, Reyes comentó lo siguiente: “Ramón me encarga decirle a usted que por ahora no puede moverse de Buenos Aires. Si ustedes quieren ayudarlo desde México, pueden hacerlo muy bien, obteniendo de algún periódico solvente que le encargue y le pague artículos frecuentes, tantos por mes. Yo he escrito varias cartas en ese sentido a Manuel Sierra, pues a Ramón le interesaba *El Universal*. Pero Manuel nunca me contesta y nuestro pobre amigo ha llegado a figurarse que hay alguna predisposición en contra de él en México”. La carta del 16 de abril de 1937 se recoge en Serge I. Zaitzeff (ed.), *Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada. III. 1930-1937*, El Colegio Nacional, México, 1994, p. 305. Sobre la estrecha pero compleja relación de Reyes con Gómez de la Serna resulta muy instructivo el trabajo de Barbara Bockus Aponte, “Ramón Gómez de la Serna (1888-1963)”, *Alfonso Reyes and Spain. His Dialogue with Unamuno, Valle-Inclán, Ortega y Gasset, Jiménez and Gómez de la Serna*, University of Texas Press, Austin y Londres, 1972, pp. 154-183.

incesante pasados los momentos de guerra eventual ¡Después paz! ¡De vez en cuando paz en la liberación conseguida y treguas de arte y de amor a la vida!

Estamos los intelectuales, los verdaderamente dedicados al espíritu, en una especie de sala de hospital de convalecencia del que no podemos salir por ahora. (Me refiero, claro está, a los intelectuales españoles, a los que tenían el modo de la serenidad y la independencia, a los que han perdido sus cosas, su despacho, sus libros, la ciudad que querían.)

Como se ve, en esta breve exposición de los valores ideológicos que Gómez de la Serna defiende y ataca, se entreteje —inicialmente, al menos— el caso específico de México. Y en efecto, parece que Ramón ha querido insinuar, al mismo tiempo, un segundo mensaje, que se refiere a la situación política que se vive entonces en México. ¿No será que el régimen revolucionario de Lázaro Cárdenas, es decir, “la gran democracia mexicana”, corre el peligro, ella también, de “desembocar hacia lo comunistoidé”?, parecería ser la pregunta que el exiliado le hace a Estrada. Si él fuera a trasladarse a México, ¿no volvería a encontrar la misma “violencia incesante” que lo había amenazado en España? Después del segundo párrafo citado, Gómez de la Serna agregó un breve comentario que tendería a subrayar esta segunda lectura implícita: “Sé que usted comprende todo esto y que sabe llegar a lo más hondo del problema”.

La siguiente carta de Gómez de la Serna data del 5 de mayo de 1937. Ya para entonces el español ha recibido una nueva comunicación de Estrada en que, por lo visto, anuncia haber conseguido para el célebre autor de las “greguerías” una colaboración regular en una nueva revista mexicana titulada *Hoy*. En su carta Ramón no sólo le agradece esta gestión, que le va a significar el ingreso de unos cincuenta pesos mexicanos por artículo, sino que incluso le envía la primera de sus colaboraciones para dicha revista. Una vez más se siente obligado a rechazar la invitación a trasladarse a México (Estrada evidentemente ha hecho un último esfuerzo por convencerlo), pero al intentar justificar su decisión, es mucho más parco esta vez, limitándose a re-

petir lo que ya ha dicho en la carta anterior: “En cuanto al viaje le repito con toda sinceridad que en este momento no podría dar ninguna conferencia ni tengo ánimo para moverme. Lo sucedido en mi espíritu con lo de España necesita muchos meses de convalecencia”.

Después de esta carta del 5 de mayo sobreviene un largo silencio de casi tres meses, un período durante el cual los dos amigos mexicanos —Estrada en México y Reyes en Buenos Aires— no dejan de preocuparse por la suerte del escritor español. La correspondencia que cruzan Estrada y Reyes durante los meses de abril a julio de 1937 está salpicada de referencias a Ramón. De los dos, Reyes parece asumir una actitud más comprensiva. Opina que el temor de Ramón a trasladarse a México es irracional, pero ve este miedo como algo entendible en las circunstancias, como también le resulta entendible la renuencia del escritor español a ponerse a la altura de las nuevas circunstancias:

Es tan candoroso en lo personal que, a su llegada, traía el fantástico proyecto de contar por radio cosas truculentas de España, sin darse cuenta del momento que estamos pasando; y sus amigos personales debimos convencerlo de que no era posible ni oportuno hacer “greguerías” sobre esas cosas. Como a Américo Castro y otros, el horror y la herida del dolor de España le han creado un enredo en sus sentimientos políticos que ni él mismo es capaz de desenredar. Caso muy humano, explicable y respetable.³⁰

³⁰ De una carta de Reyes a Estrada fechada el 18 de junio de 1937, recogida en Serge I. Zaitzeff (ed.), *Con leal franqueza*, p. 308. Al proponer hablar por la radio argentina, Ramón seguramente esperaba repetir el éxito que había gozado en España durante los años 1925-1935, en programas emitidos por la Unión Radio que dieron amplia difusión a sus greguerías. Véase, al respecto, Gómez de la Serna, *Greguerías onduladas*, edición de Nigel Dennis, Renacimiento, Sevilla, 2012. La preocupación del embajador mexicano es entendible. El 24 de septiembre de 1936 Reyes apuntó en su *Diario*: “Visita a [Enrique Díez-] Canedo, donde encuentro a Ramón Gómez de la Serna recién desembarcado del *Belle Isle*, el barco de los incidentes. El problema de Gómez de la Serna con las conferencias que le pide la Radio Prieto. Aconsejo abstenerse”. Véase Alfonso Reyes, *Diario 1936-1939*, edición de Alberto Enríquez Perea, Fondo de Cultura Económica, México, 2012, p. 44. La alusión al “barco de los incidentes” necesita de alguna aclaración. Antes de que

Parece que la reacción de Estrada ante la negativa de Ramón fue, en cambio, menos amable. Su “grandísimo temor de lanzarse para acá” le parecía del todo injustificable (“será por esos cuentos chinos que fuera propalan sobre México”), mientras que tendía a ver en el supuesto apoliticismo del escritor una motivación consciente o inconscientemente... política. “Lo que aquí se supone —le comenta a Reyes— es que anda inclinado a la derecha, como todo aquel intelectual que no se decide a ‘definirse’ (como dicen aquí) en estos momentos que —también yo lo creo— son los de salirse siquiera un poco del rinconzuelo meramente ‘intelectual’”.³¹

Puede ser que, después de la carta del 5 de mayo, tanto Estrada como Gómez de la Serna hayan dado por terminado su diálogo sobre un posible viaje a México. Sin embargo, se conserva una última (y extensa) carta de Gómez de la Serna, escrita el día primero de agosto, que también merece la pena comentar. Lo que motiva esta última misiva es el deseo de Ramón de comunicarle a Estrada la profunda satisfacción que le ha dado colaborar en la revista mexicana. En una posdata comenta que sigue sin recibir el pago que correspondía a la aparición de su primer artículo, pero se ve que esa consideración puramente monetaria no influye para nada en la admiración que siente hacia una publicación, como *Hoy*, dispuesta, en general, a mantenerse alejada de los diversos programas políticos del momento:

llegara a Buenos Aires, corrió el rumor de que el vapor francés *Belle Isle* llevaba la bandera roja y de que su tripulación era comunista. Así, al llegar a Río de Janeiro el barco fue recibido por grupos fascistas armados de ametralladoras y bombas lacrimógenas. En vista de estos antecedentes el gobierno argentino mandó a dos acorazados a escoltar el barco por Río de la Plata hasta Buenos Aires. Por lo visto, en el muelle de Buenos Aires otro grupo de fascistas protestaba por la llegada del barco, creyendo por cierto que Gómez de la Serna, que viajaba en él, era militante del comunismo. Es decir, desde antes de que llegara a Argentina, el nombre de Ramón se veía involucrado en ruidosos conflictos políticos, razón de más para que Reyes le aconsejara prudencia a su amigo español. En cuanto al otro exiliado, Américo Castro, el 20 de octubre de 1936 Reyes anotó en su *Diario* (p. 52): “Llegó Américo Castro en *Alcántara*, estado derrotado moral y envejecido, flaco, perdidas la fe y la familia y parecido físicamente a [Manuel Bartolomé] Cossío”.

³¹ De una carta de Estrada a Reyes del 16 de julio de 1937, recogida en Zaitzeff (ed.), *Con leal franqueza*, p. 312.

Me ha parecido muy bien la orientación de *Hoy* y tengo que alabar lo que significa tener esa valentía en estos momentos.

Yo que sé todo lo que se pierde en la revuelta loca, en la falsa y envenenada anarquía, me he conmovido hasta lo profundo por esa actitud noble, salvadora, liberal y absolutamente necesaria en estos momentos. ¡No es ni imaginable lo que es hollado en el zafarrancho comunista! ¡Qué ningún verdadero demócrata se deje engañar! ¡Todo es mentira en el ofrecimiento de los programas y después los más arribistas ocupan el poder!

Como sé que usted está en una posición espiritual que distingue lo perenne de lo que aparentemente parece anular al mundo civilizado y libre, por eso tengo confianza en su criterio y le he hecho esas confidencias.

La historia de *Hoy* está todavía por escribirse. Fundada en 1937 por el tabasqueño Regino Hernández Llergo y dirigida desde entonces por él y por su primo José Pagés Llergo, *Hoy* no suele figurar en los manuales de literatura mexicana moderna. La revista era concebida, en realidad, como una miscelánea, que reunía trabajos de los escritores más diversos. (Así como Estrada consiguió colaboraciones para Gómez de la Serna, las consiguió para Reyes, para Moreno Villa y para sí mismo, mientras que también publicaban en sus páginas escritores más jóvenes como Xavier Villaurrutia y Salvador Novo.) La revista no tenía, en efecto, ninguna orientación ideológica específica. Si bien en el número del 22 de mayo de 1937 se publicó un artículo de Narciso Bassols, “La ayuda de Leviathan”, en que el autor se quejaba de la renuencia del gobierno británico a intervenir en España a favor de la causa republicana, la semana siguiente la revista acogió en sus páginas algunas “Revelaciones del Dr. Marañón”, en las que el célebre médico y ensayista retomaba su campaña de desacreditar al gobierno de la República española. Todo parece indicar que fue este espíritu ecuménico de la revista *Hoy* lo que Ramón más apreciaba, si bien convendría señalar que en el número que publicó su primera colaboración los editores insertaron un editorial en que, dando la derrota de la República como segura, y más aún, como inminente, propusieron

que el gobierno mexicano se preparara para aceptar “los hechos consumados” y para “seguir en relaciones cordiales con las autoridades que surjan en la Madre Patria”.³² La publicación de esta nota editorial, sobre todo en un mundo que el español imaginaba dominado por los comunistas, seguramente contribuyó a la intensa admiración que *Hoy* despertaba entonces en Gómez de la Serna.

Como hemos visto, Ramón reivindicaba su derecho, como escritor, de mantenerse al margen de todo compromiso político, pero no por ello escondía el hecho de que su voluntaria marginación se veía acentuada por el repudio instintivo que sentía hacia el comunismo. En su carta a Genaro Estrada del 5 de mayo, el español expresa ese repudio con especial vehemencia, llegando incluso a echar en cara a su amigo Alfonso Reyes el haber transigido en algún momento con las fuerzas del mal:

Nuestro querido Alfonso ha tenido momentos de condescendencia y las olas comunistoides lamían las paredes de la Embajada: el que me recomendó prudencia cuando llegué fue envuelto por un momento por gentes rojas de aquí y por el representante de España que vino a sustituir a Canedo y al que siendo sólo encargado le llaman embajador.

El mayor bien que puede caer sobre México es el de propagar y defender serenamente un republicanismo puro, una democracia fecundadora en la que sólo podrán surgir los genios mexicanos. Lo que por un momento se anunció en España era la muerte total de todo lo nuestro y el gobierno de los peores.

Aquí, de nuevo, conviene contextualizar algunos de los comentarios del escritor exiliado. Enrique Díez-Canedo fue embajador de España en Argentina desde marzo de 1936 hasta febrero de 1937, cuando las tensas relaciones con las autoridades argentinas, que apenas disfrababan su solidaridad con el gobierno de Burgos, llevaron al gobierno de Valencia a pedirle su renuncia. Ramón parece haber tenido dife-

³² Anónimo, “Enfrente de España”, *Hoy* (México), núm. 18 (26 de junio de 1937), p. 9.

rencias no tanto con el propio Díez-Canedo, como con el segundo secretario, Felipe Jiménez de Asúa, a quien aquél entregó la embajada poco antes de volver a España. Por otra parte, al escribir estos renglones se ve que Gómez de la Serna todavía resentía el episodio que Reyes le relataría a Estrada en su carta del 18 de junio: la intervención del embajador mexicano para evitar que el español entrara en el candente debate político al poco tiempo de haber llegado a Buenos Aires. En cuanto a “las olas comunistoides” que supuestamente “lamían” las paredes de la embajada mexicana, tal vez Gómez de la Serna tuviera presente un acontecimiento mucho más reciente: la multitudinaria manifestación a favor de la República española que se realizó en Buenos Aires el 14 de abril de 1937 y que se combinó con un homenaje al gobierno mexicano por su apoyo incondicional al gobierno de Madrid. El 15 de abril de 1937 Reyes anotó en su *Diario*:

Anoche, continuamos semana española a favor niños huérfanos de guerra organizada por Centros Gallegos de Ayuda a la República, y celebrando VI aniversario República; anoche cinco horas de formidable acto público en Luna Park, con 50,000 hombres a pesar tiempo borrascoso. Delirantes aclamaciones México constantemente obligáronme improvisar discurso. Enorme entusiasmo. Gran disciplina controlada por extremas izquierdas de Buenos Aires.³³

En fin, resulta evidente que la actitud política de Ramón no se había suavizado con el paso de los meses. Como subrayó en el segundo de los párrafos que acabamos de transcribir, en agosto de 1937 sí seguía considerándose partidario de una república, pero no por ello partidario de la República española, que había permitido los desmanes de los primeros días de la guerra civil. Al contrario, no sólo rechazaba la República española como “el gobierno de los peores”, sino que además sospechaba que la mexicana, al reivindicar la española tan unánimemente, corría el peligro de caer en lo mismo. De haberse trasladado a

³³ Alfonso Reyes, *Diario*, p. 99.

México, tarde o temprano hubiera entrado en conflicto, sin duda, con tal o cual portavoz de la revolución mexicana. Llama la atención que Estrada haya insistido tanto ante una persona que distaba mucho de ser buen candidato para su campaña de reclutamiento.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Otro español que en el mes de marzo de 1937 recibió una carta de Genaro Estrada fue el poeta Juan Ramón Jiménez, que en esa fecha ya llevaba unos cinco meses viviendo en La Habana. A diferencia de Gómez de la Serna, desde el estallido mismo de la guerra civil Juan Ramón hizo pública su adhesión al gobierno de la República. Nunca fue partidario de una poesía de compromiso político, pero como ciudadano no vaciló en su fidelidad al gobierno democráticamente elegido. El 30 de julio de 1936 firmó un manifiesto colectivo, poniéndose del lado “de la República y del Pueblo” y un mes más tarde publicó una declaración individual, convencido de que “en la historia del mundo no ha existido ejemplo de valor material e ideal semejante al que en este año 1936 está dando el gran pueblo”.³⁴ Consecuente con este compromiso, en los primeros días de la guerra y ayudado por su esposa Zenobia, acogió en su casa a una docena de niños abandonados: fue una iniciativa muy generosa de su parte, pero una iniciativa que el poeta no pudo seguir manteniendo cuando, al mes de haberla emprendido, sus propios recursos se agotaron. Así, el 22 de agosto, atendiendo a un compromiso literario adquirido mucho tiempo antes y acompañado siempre por su esposa, se marchó de España con rumbo a Puerto Rico.

³⁴ Los dos textos fueron recogidos en Juan Ramón Jiménez, *Guerra en España*, pp. 116 y 120, respectivamente. El segundo se publicó por primera vez bajo el título “Declaración del gran Juan Ramón Jiménez”, *El Mono Azul* (Madrid), núm. 1 (27 de agosto de 1936). La rica documentación que acompaña esta edición de *Guerra en España* resulta imprescindible para seguir los pasos del poeta durante los meses que comentamos aquí.

El barco los llevó primero a Nueva York, donde el poeta preparó un texto que fue leído en un mitin del Comité Americano de Apoyo a la Democracia Española y donde también organizó una suscripción a favor de los niños españoles víctimas de la guerra. El matrimonio llegó al puerto de San Juan a finales del mes de septiembre. Durante los dos meses que permanecieron en la isla, Juan Ramón dio lecturas de poesía y también dictó conferencias, primero en la universidad de Puerto Rico y después en las ciudades de Ponce, Mayagüez y Salinas. Lo que motivó su visita a la isla fue una invitación del Departamento de Educación de Puerto Rico a preparar una selección de su obra para niños. Encontrando difícil terminar este trabajo en San Juan, el 24 de noviembre Juan Ramón decidió marcharse a Cuba, con la esperanza de encontrar allí una imprenta apropiada para la edición de su antología. En La Habana no sólo terminó de preparar la antología portorriqueña, sino que también comenzó a realizar una importante labor a favor de la nueva poesía cubana, que tendría su primer resultado en la publicación de la antología titulada *La poesía cubana en 1936 (Colección)*, con prólogo y apéndice de Juan Ramón Jiménez y comentario final de José María Chacón y Calvo (Instituto Hispanocubano de Cultura, La Habana, 1937). Cabe señalar, por otra parte, que su llegada a la isla coincidió con la eclosión de una nueva generación de poetas como José Lezama Lima, Eliseo Diego, Fina García Marruz y Cintio Vitier, que no tardaron en encontrar en el exiliado español el estímulo que necesitaban para arrancar sus carreras. De hecho, si los Jiménez se quedaron mucho más tiempo, por fin, en La Habana que en San Juan (permanecieron en Cuba hasta enero de 1939), esto se debió en gran medida al gusto con que Juan Ramón entabló este diálogo con los miembros de lo que después se llamaría el grupo de *Orígenes*. Conviene tener presentes todos estos antecedentes, porque desde luego ayudan a explicar la respuesta que Juan Ramón daría a Genaro Estrada. Éste le mandó su invitación el 27 de marzo de 1937. Como en el caso de la carta enviada a Gómez de la Serna, Estrada insiste aquí sobre la facilidad con que el otro podría trasladarse a México y también sobre la simpatía con que una visita suya sería recibida:

Mi ilustre y buen amigo: Tengo noticias de que usted se halla ahora en La Habana y, es natural, estando ya tan cerca de este México, quisiera saber si usted se ha decidido a venir entre nosotros. Sus amigos estamos deseosísimos de verle aquí. ¿Se podría hacer algo para lograrlo? Venga, querido Jiménez. Aquí hallará usted el calor, la simpatía y el ambiente de nuestra ahora desventurada España. Y un rincón amable en donde pueda usted hallarse en paz. Y dar, si quiere, conferencias, lecturas. También me he dirigido a nuestro amigo Menéndez Pidal, sugiriéndole la visita a México.

Espero sus noticias favorables; quisiera saber algo de usted. Apenas si me llegan ahora, de cuando en cuando, noticias de nuestros amigos en España. Recuerde usted que México es el sitio para ustedes, en ésta y en cualesquiera circunstancias.³⁵

En el último renglón citado resulta difícil no ver cierto ánimo de rivalidad, que recuerda algo que el mismo Estrada había expresado en la primera de sus cartas a Moreno Villa. Refiriéndose a Ramón Menéndez Pidal y a Juan Ramón Jiménez, ambos residentes entonces en Cuba, Estrada había exclamado, medio en broma: “¿Qué estarán haciendo allí estos dos hombres entre ruidos de rumba y maraca?” El antiguo embajador de México en España evidentemente se dio cuenta de que tendría que ofrecerles a los dos españoles un panorama más atractivo que el que ya estaban disfrutando en La Habana. Pero en esta ocasión sólo se le ocurre insistir sobre la (para él) obvia superioridad de la vida cultural mexicana: “México es el sitio para ustedes, en ésta y en cualesquiera circunstancias”. Y resulta que esta oferta —la de vivir en “un rincón amable en donde pueda usted hallarse en paz”— no fue lo suficientemente atractiva para Juan Ramón, que no sólo vivía felizmente inmerso en el nuevo movimiento poético cubano, sino que incluso tenía compromisos que le impedían marcharse de La Habana en ese momento. En carta fechada el 20 de abril, el poeta de Moguer le contestó lo siguiente:

³⁵ Juan Ramón Jiménez, *Guerra en España*, pp. 153-154.

Mi querido Genaro Estrada, amigo presente: gracias, de todo corazón, por su buena carta, que me ha llegado con algún retraso por esta Embajada de España.

Para mí sería un gusto verdadero poder ir a Méjico, ver a mis amigos de Méjico y a Méjico mismo. Pero ahora no puedo decir que sí ni que no.

Estoy imprimiendo en La Habana 4 libros, 3 encargados desde Puerto Rico y uno de aquí. Van muy despacio y no sé cuándo estarán acabados. Por otra parte, los médicos me han recomendado últimamente a causa de mis trastornos circulatorios, que no suba más de 1.000 metros. Esto solo no sería el verdadero obstáculo.

Y acaso yo le vea a usted antes aquí. Hace tiempo, hablando con D. Fernando Ortiz de personas que pudieran venir a dar conferencias en la Institución Hispanocubana de Cultura, yo le di, entre los de otros ilustres amigos, el nombre de usted.

Me reservo, por lo tanto, la respuesta a su cariñosa invitación para más adelante, según como vayamos nuestra pobre España, tan notablemente ayudada por ustedes, mi trabajo personal y yo mismo.

Mientras, el abrazo más agradecido de su amigo que nunca le olvida.³⁶

No sabemos cuáles serían esos cuatro libros que Juan Ramón estaba imprimiendo entonces, pero es probable que el libro cubano fuese la ya mencionada antología *La poesía cubana en 1936*, mientras que uno de los tres libros portorriqueños con toda probabilidad era la antología de su poesía en edición exclusiva para las escuelas de Puerto Rico titulada *Verso y prosa para niños* (Cultural, La Habana, 1937). En todo caso, en vista de la meticulosidad con que el poeta cuidaba sus propias ediciones, se puede entender fácilmente su renuencia a irse de La Habana en ese momento. Se ve que Juan Ramón sí tenía verdadero interés en hacer un viaje a México, pero no podía, ni quería, comprometerse a viajar entonces. La respuesta de Juan Ramón, en fin, no dejaba mucho margen de esperanza. Lejos de encontrarse con un exi-

³⁶ Juan Ramón Jiménez, *Guerra en España*, p. 154.

liado a la deriva, como tal vez se imaginaba, Estrada se había topado con un poeta inmerso en su trabajo y tan contento de estar viviendo donde vivía que incluso proponía invertir los papeles, invitando a él (a Estrada) a trasladarse a La Habana. Aunque Juan Ramón tuvo la elegancia de mostrarse indeciso (“ahora no puedo decir que sí ni que no”), Estrada parece haberse dado cuenta de que no tenía mucho sentido insistir con su propuesta, al menos por entonces. Si se volvieron a escribir, no hay constancia de ello.

PEDRO SALINAS

Estrada escribió a Juan Ramón el 27 de marzo de 1937, pero por no contar con las señas exactas del poeta en La Habana tuvo que esperar casi un mes para tener respuesta. Mientras esperaba, decidió mandar una invitación a otro poeta español, Pedro Salinas, cuya dirección le había proporcionado Moreno Villa. Salinas se había marchado de España más o menos por las mismas fechas que el poeta mayor y también llevado por un compromiso de trabajo adquirido tiempo antes de que la guerra civil estallara. Concretamente, había aceptado ocupar la cátedra Whiton Calkins en el Wellesley College, una universidad femenina del estado de Massachusetts. La guerra lo había sorprendido en Santander, donde coordinaba los cursos de verano de la Universidad Internacional. Con dificultad logró enviar a su esposa, Margarita, y a sus dos hijos, Soledad y Jaime, a la casa de sus suegros en Argel, antes de salir él mismo en barco para Nueva York.

Según confesaría tiempo después, si había tomado la decisión de irse entonces, fue sólo porque estaba convencido de que la insurrección militar sería muy pronto sofocada. Pero, desde luego, una vez instalado en Nueva Inglaterra, pudo comprobar que la situación era mucho más grave de lo que había vaticinado. Reaccionó con verdadera consternación ante las noticias que empezaron a llegarle de España acerca de las atrocidades cometidas por ambos bandos y cada vez le resultaba más difícil creer que él y su familia hubieran podido escapar

indemnes de esa tragedia. Confiaba en que el gobierno de la República finalmente ganaría la guerra, pero, como le escribió a su esposa en el otoño de 1936, encontraba muy difícil tomar partido en un conflicto tan violento como éste, en que por defender tal o cual causa política los españoles se dedicaban a matarse entre sí.

Su vida nueva en Estados Unidos no le disgustó. El nivel de vida material que disfrutaban los estadounidenses le parecía admirable, mientras que el colegio mismo le aseguraba unas excelentes condiciones de trabajo. Pero para un español que todavía no dominaba bien el inglés su situación tenía sus inconvenientes. Viviendo como vivía, sin su familia y también sin amigos y colegas españoles, no tenía con quien compartir ni sus preocupaciones ni sus ocasionales alegrías. A veces se escapaba a Boston, a Nueva York o a Baltimore a dar conferencias, pero la mayor parte del tiempo vivía aislado, encerrado en el solitario campus de un colegio en que, además, resultaba ser el único varón. A través de su correspondencia quiso mantener contacto con sus seres más queridos, pero fueron sin duda tiempos de mucha soledad los que Salinas vivió durante los primeros meses de su estancia en Wellesley College.

La primera carta que Estrada le envió data del 13 de abril de 1937. Ya para entonces Salinas se sentía algo más acostumbrado a su vida nueva. En muy poco tiempo había logrado despertar el respeto de los estadounidenses por su trabajo profesional. La Universidad de Johns Hopkins, de Baltimore, lo había invitado a ocupar la cátedra Percy Turnbull Foundation (una cátedra muy prestigiosa que antes habían ocupado, entre otros, el antiguo director del Centro de Estudios Históricos, Menéndez Pidal, el crítico francés Ferdinand Brunetière y el poeta angloamericano T. S. Eliot); el Middlebury College del estado de Vermont lo había invitado a participar en sus célebres cursos de verano, mientras que el colegio de Wellesley le acababa de renovar su contrato por otro año más. Es decir, para abril de 1937 el panorama se le había vuelto un poco más halagüeño, al menos en el ámbito universitario. De todos modos, debe de haber sido una muy grata sorpresa recibir entonces la invitación de Estrada:

Querido Salinas: José Moreno Villa me ha informado que se halla usted en el colegio de Wellesley, y allá le dirijo ésta para preguntarle si entre sus proyectos está el de venir a México, ya que ahora anda usted muy cerca (relativamente) de este país y aun para sugerirle que venga. Aquí ya tiene usted ambiente hecho, amigos y admiradores de siempre. ¿Qué me dice usted? ¿O bien habría algo que hacer para tenerlo a usted aquí?

Planteada en estos términos la invitación no podría haber sido más atractiva. Con muy buen tino Estrada supo anticipar las ganas que Salinas tendría de reincorporarse a un mundo de habla española. Aunque le iba bien en su carrera profesional, nada podía compensar la falta de amigos y conocidos con quienes conversar. Y si México le ofrecía la posibilidad de entrar en contacto también con lectores (y admiradores) de su obra, mejor todavía. En fin, Estrada seguramente no hubiera tenido que insistir sobre el tema para convencer al otro para que realizara una visita al país. Pero, por si acaso, en un segundo y último párrafo el mexicano le agregó lo siguiente:

Vendrá D. Ramón Menéndez Pidal, probablemente en mayo. Vendrá a dar conferencias sobre su especialidad José Pijoan y a documentarse en arte antiguo mexicano. He escrito a la Habana a Jiménez; pero todavía no sé si allí se encuentra. Me ha escrito Gómez de la Serna sobre un posible viaje a México. Vendrá Moreno Villa. Nos falta usted. Quizás aquí se puede reconstruir algo de lo de España, en materia de estudios e investigaciones de cultura, mientras termina allá la guerra civil. Necesito sus informes.

En estos renglones Estrada ofrecía una visión muy optimista de su campaña por atraer a los intelectuales españoles a México. Se nota que todavía no había recibido la respuesta de Juan Ramón Jiménez, rehusando a comprometerse, ni tampoco la de Gómez de la Serna, aclarando que prefería quedarse en Buenos Aires. Como veremos más adelante, el optimismo de Estrada con respecto a Menéndez Pidal también resultaría infundado. En cambio, sí iba a lograr que viajaran a México

no sólo Moreno Villa, que llegaría en el mes de mayo, sino también el historiador del arte José Pijoan, que pasaría el verano en México, recorriendo el país y dando conferencias tanto en la Universidad Nacional como en el Palacio de Bellas Artes.³⁷ Claro, en ese momento ni Estrada ni Salinas sabían lo que el futuro guardaba y, en todo caso, lo importante era darle al profesor del colegio de Wellesley una idea del diálogo que pudiera entablar con sus amigos de España si fuera a trasladarse a su país.

Por desgracia, no se conserva la carta en que Salinas respondió a esta misiva de Estrada. Sin embargo, al leer la segunda carta de Estrada, fechada el 16 de mayo de 1937, se entrevé muy claramente el entusiasmo con que Salinas reaccionara ante la invitación, aun cuando habría aprovechado la ocasión también para explicar a su amigo mexicano que, por los diversos compromisos contraídos ya con las universidades estadounidenses, no podría emprender el viaje hasta diciembre de 1937 (lo más temprano). El entusiasmo del español fue suficiente para que Estrada en seguida empezara a ocuparse de los trámites administrativos necesarios para que el otro pudiera hacer su visita:

Crea usted que me encanta su resolución de venir a conocer esto y a trabajar un poco en México, lo menos, mientras dura la guerra civil en España. Ahora bien, tan pronto como recibí su primera carta me fui a hablar con el señor Díaz de León, presidente del Consejo Superior de Educación e Investigaciones Científicas, para tratar lo relacionado con una posibilidad de otorgar a usted una ayuda por clases, conferencias o lo que fuere su actividad aquí. Lo hallé muy bien dispuesto y aun entusiasmado con la idea (él es un asiduo lector y admirador de la obra de usted). No tratamos en definitiva el asunto, porque por la carta de usted veíamos mucho tiempo disponible por delante, para hacerlo después. De todos modos, usted puede tener la seguridad, desde ahora, de que puede preparar sus maletas y venirse a México. El señor Díaz de León

³⁷ Sobre esta visita véase Rafael Heliodoro Valle, "Diálogo con José Pijoan", *Universidad de México*, vol. IV, núm. 19 (agosto de 1937), pp. 15-21.

tiene que llevar el asunto a la consideración del Ministro de Educación; pero además tengo formado un grupo interesado en que vengan intelectuales españoles y todos estamos trabajando con ahínco en el tema.

A diferencia de lo que ocurre en las cartas cruzadas con Moreno Villa, Gómez de la Serna y Juan Ramón Jiménez, Estrada aquí menciona el hecho de no estar trabajando solo, sino con un grupo de colaboradores. En otro párrafo de esta misma carta Estrada brinda asimismo información nueva sobre uno de los criterios que los miembros de ese grupo habían decidido seguir a la hora de impulsar su proyecto. Si bien, en su primera carta a Salinas, Estrada habla, algo vagamente, de “reconstruir algo de lo de España, en materia de estudios e investigaciones de cultura”, ahora explica en más detalle en qué consistía ese proyecto específico:

De los puntos que usted me envía, todos me parecen bien. Además, si logramos traer a D. Ramón Menéndez Pidal, tenemos un proyecto mucho más extenso, que consiste en la creación y funcionamiento de un instituto formal, en el que tomarán parte usted y algunos de los conocidos colaboradores del C[entro] de E[studios] H[istóricos] de Madrid.

Vale la pena subrayar este detalle, porque como señalan Lida y Matesanz en su estudio, la idea de crear una institución en México al estilo del Centro de Estudios Históricos que dirigiera Menéndez Pidal en Madrid, fue también una inquietud que a partir de cierto momento comenzó a orientar la estrategia paralela de Cosío.

Después de comentar las posibilidades de que Salinas estrenara en México una obra de teatro suya (el poeta no menciona el título, pero es posible que se trate de *El director*, una obra en tres actos que escribió en 1936, poco antes de abandonar España), Estrada insiste en el interés que tienen él y sus amigos mexicanos en que Salinas visite México cuanto antes. Vuelve a comentar cómo le ha ido en su campaña, pero al hacerlo se siente ahora obligado a reconocer que no todo ha avanzado tal y como hubiera querido:

D. Ramón no resuelve nada sobre su venida, y ya todo está preparado para que venga. Me parece que en Cuba se le ha asegurado que en México se vive a la altura del Tíbet y que esto puede perjudicar su salud. Yo creo que aquí, con este excelente clima, nada le pasaría. —Juan Ramón, a quien invité a venir, me dice que todavía no puede decir que sí ni que no, porque también le han colocado el cuento de la altura de la ciudad. Le veo deseos de venir. —Aquí está ya nuestro Pepe Moreno Villa. Todos los días salimos por allí y él está encantado. Figúrese que aquí ha encontrado a Jacinta la Pelirroja...³⁸ —A Pijoan, a quien ya se le giraron pasajes, lo esperamos de un momento a otro. —Gómez de la Serna no se decide a venir. Probablemente el clima político de Buenos Aires no es el mejor para convencerle a este viaje.

Estrada lamenta no haber logrado convencer ni a Juan Ramón Jiménez ni a Ramón Gómez de la Serna. Pero, animado ahora por el ambicioso proyecto de llevar a México a la plana mayor del Centro de Estudios Históricos, se ve que lo que más le duele es la resistencia a su plan que está oponiendo Menéndez Pidal. Tanto es así que Estrada incluso termina su carta, solicitándole a Salinas que intervenga a su favor ante su antiguo director, dejando en evidencia su duda de que él mismo sea capaz de lograr el milagro deseado: “Escriba dos palabras a D. Ramón, para decidirlo, aunque yo creo haberlo convencido, salvo, naturalmente, impedimentos de su salud. (Confidencial: tengo la impresión de que andan actuando por allí celos antillanos para evitar que México les gane la delantera en estos asuntos, aunque aquellos ambientes políticos no son los mejores en esta ocasión)”.

El tono de esta segunda carta parece dar a entender que Estrada se sentía bastante seguro de conseguir que Salinas aceptara, si no establecieran en México, como Moreno Villa, cuando menos hacer una visita al país. Y tenía buenos motivos, además, para sentirse tan seguro. Pero, por desgracia, el propio Estrada no viviría para ver los resultados

³⁸ Bajo el título de *Jacinta la pelirroja* Moreno Villa había publicado en 1929 un libro de poesía y dibujos inspirado en su relación amorosa con Florence Louchheim, una estadounidense a la que había conocido en Madrid un par de años antes.

de esta iniciativa suya. Un mes después, el 24 de junio, le manda una breve nota a Salinas, explicándole que “una inesperada situación en mis achaques” le ha impedido volver a escribirle. Insiste en que se han hecho todos los arreglos necesarios para la visita, pero que ha tenido que dejar el asunto en manos de Díaz de León. En otra carta, del 7 de julio, Estrada acusa recibo de una nueva misiva de Salinas, pero una vez más explica que ha encargado el caso a sus colaboradores Díaz de León y Montes de Oca; el mexicano se compromete a seguir “pendiente de este asunto”, pero, en realidad, la correspondencia termina allí. El estado de salud de Estrada empeora tan rápidamente que la muerte lo alcanza apenas dos meses más tarde, en septiembre de 1937.

Pero para Salinas no todo terminó allí. Por su correspondencia con una amiga estadounidense, Katherine Whitmore, sabemos que el 26 de julio de 1937 recibió una carta de las autoridades mexicanas confirmando la invitación a visitar al país y también dándole detalles muy concretos de las condiciones que se le ofrecían: “A propósito de México, he recibido hace tres días la invitación oficial de la Secretaría de Educación para ir a dar conferencias a ese país. Me ofrecen los gastos de viaje y 1 000 pesos mexicanos, por dar el número de conferencias que quiera”.³⁹ Todo, en fin, parecía estar arreglado para que viajara a México en diciembre, aprovechando las vacaciones de fin de año. Pero, en el último momento, alegando unas vacaciones oficiales nuevas que el presidente Cárdenas acababa de decretar, las autoridades mexicanas pospusieron la fecha *sine die*. Pero este segundo revés tampoco fue definitivo. En enero de 1938 Salinas se puso en contacto con Alfonso Reyes, cuando éste estuvo de paso por Nueva York, después de haber dejado su puesto de embajador en Buenos Aires. Y gracias a la ayuda de Reyes, Salinas pudo viajar por fin a México en agosto de 1938, un mes después de que La Casa de España en México se creara.⁴⁰

³⁹ Pedro Salinas, *Obras completas III. Epistolario*, edición de Enric Bou y Andrés Soria Olmedo, Cátedra, Madrid, 2007, p. 629.

⁴⁰ Véase al respecto la carta de Pedro Salinas a Alfonso Reyes del 28 de enero de 1938. En Salinas, *Obras completas III. Epistolario*, pp. 647-649.

Durante esa visita Salinas dictó la serie de conferencias que había preparado para la cátedra de la Percy Turnbull Foundation de la Universidad de Johns Hopkins, “Mundo real y mundo poético en la poesía española”. Participó en un homenaje público a Federico García Lorca y también viajó por los estados de Puebla y Guanajuato. La fuerte impresión que le dejó esta experiencia, como también el éxito que tuvo como conferencista, hicieron que la visita se repitiera en el verano de 1939, cuando Salinas (respaldado otra vez por Reyes, ahora en su nuevo papel de presidente de La Casa de España) hizo una gira de conferencias por Guadalajara y Guanajuato antes de llegar a la Ciudad de México. En la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional presentó un cursillo sobre “El romanticismo estudiado en los textos” y después, en el Palacio de Bellas Aires, otro sobre “Lo barroco en la literatura española del Siglo de Oro”, y en todo momento fue convidado a comidas y tertulias, en las que se veía acompañado por amigos viejos y nuevos. En fin, si bien nunca contempló la posibilidad de establecerse en México, no cabe duda de que durante estas dos visitas que hizo en 1938 y 1939, Salinas se entregó con entusiasmo al diálogo intelectual y amistoso al que Estrada lo había invitado.⁴¹

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

He dejado para el final el caso de Ramón Menéndez Pidal por tratarse de una figura señera de la vida cultural española por la que Estrada mostró especial interés en atraer a México, coincidiendo en esto con las aspiraciones de otros mexicanos empeñados en salvar a los intelectuales españoles de los peligros de la guerra civil. Conviene señalar

⁴¹ Para más detalles sobre estas dos visitas, véase James Valender, “Pedro Salinas y La Casa de España en México”, en James Valender y Gabriel Rojo (eds.), *Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las jornadas celebradas en España y México para conmemorar el septuagésimo aniversario de La Casa de España en México (1938-2008)*, pp. 399-414. En dicho trabajo se adelantan algunos de los fragmentos de las cartas que se citan aquí.

que Estrada pudo apreciar la importante labor realizada por el director del Centro de Estudios Históricos en Madrid mucho antes de iniciar su estancia en España como embajador de México; tal vez lo saludara durante una breve visita que Estrada hiciera a la capital española en 1921. En todo caso, sabemos que en enero de 1931 el mexicano respaldó con gusto la candidatura del filólogo para el Premio Nobel de Literatura.⁴² Y dado el gran prestigio internacional del que éste gozaba ya para entonces, era lógico que Estrada tuviera especial interés en incluirlo en su proyecto de rescatar a los intelectuales españoles. Lo que Estrada no tenía presente, en cambio, era la evolución que habían seguido las ideas políticas del autor de *La España del Cid* en fechas más o menos recientes.

Si bien en abril de 1931 Menéndez Pidal había acogido con alegría el advenimiento de la segunda República, muy pronto empezó a inquietarse al ver el camino que iba tomando el nuevo régimen que, al atender a las demandas de autonomía de ciertas regiones, parecía poner en peligro la integridad misma de la nación española, cosa a la cual el filólogo se oponía rotundamente. El estallido de la guerra lo alcanzó en Madrid, donde fue testigo del desorden y de la violencia de las primeras semanas. Si bien el 31 de julio de 1936 la prensa de Madrid anunció la adhesión de Menéndez Pidal a la República, su sentir al respecto quedó más fielmente reflejado en la decisión que tomó, más o menos por las mismas fechas, de refugiarse, junto con su esposa, en la embajada de México. Allí permaneció hasta el mes de diciembre cuando, acompañado ahora por Gregorio Marañón, que compartía sus temores sobre el gobierno republicano, se marchó a Francia. Durante dos meses dio clases en la Universidad de Burdeos, pero a finales de febrero de 1937, respondiendo a una invitación que le había

⁴² El apoyo de Estrada se expresó en un telegrama fechado el 17 de enero de 1931 que se conserva en la Fundación Menéndez Pidal. Dirigido a Enrique Díez-Canedo, a la Legación Mexicana en Madrid, el mensaje reza como sigue: "Al regresar Estados Unidos encuentrome su telegrama. Stop. Gustosamente ocupareme en propagar y proponer candidatura Menéndez Pidal Premio Nobel. Saludos = Estrada". Sobre esta iniciativa, que finalmente fracasó, véase Joaquín Pérez Villanueva, *Ramón Menéndez Pidal. Su vida y su tiempo*, Madrid, Espasa Calpe, 1991, p. 319.

llegado tiempo antes tanto de parte de la Institución Hispano-Cubana de Cultura como de la Universidad de La Habana, se trasladó a la isla de Cuba. Y fue entonces, recién instalado en La Habana, cuando le llegó la invitación de Genaro Estrada.

Estrada le escribió a Menéndez Pidal el 15 de marzo de 1937. Al igual que en el caso de los otros españoles a los que pretendería ayudar, la invitación tomó un perfil netamente amistoso: el mexicano no hizo mención alguna ni de contratos de trabajo ni de compromisos institucionales:

Mi distinguido y admirado amigo: He tenido conocimiento de que usted se halla ahora en la Habana, ocupado en conferencias de su especialidad. Y pienso que estando tan cerca de México no sería posible desaprovechar una tan buena oportunidad de que usted viniese.

Aquí hallará usted mucho de lo que necesita su espíritu en estos momentos, en espera de reintegrarse a sus amados sitios de la carretera del Zarzal y de Medinaceli ⁴. Incluso amigos amantes del estudio y disciplinados, que le ofrecerían el ambiente tan grato a sus trabajos e investigaciones. Y, de añadidura, sitios agradables y silenciosos donde podría usted continuar, en lo posible, sus predilectas labores.

Además, no necesito recordárselo, México es el mejor antecedente y la más rica fuente de la historia de España en América. Usted y nosotros saldríamos beneficiados con este conocimiento directo.

¿Podría yo ocuparme en hacer algo en este sentido, si fuere necesario? Dígamelo usted confiadamente y mande en lo que quiera a su amigo y devoto admirador.

Al redactar esta carta Estrada demuestra saber presentar su caso de manera inmejorable: los “amigos amantes del estudio y disciplinados”, un “ambiente tan grato a sus trabajos e investigaciones”, a la vez que unos “sitios agradables y silenciosos”: seguramente, ninguna evocación podría corresponder más exactamente al *locus amoenus* al que aspiraba el filólogo desterrado. Asimismo, la descripción de México como “el mejor antecedente y la más rica fuente de la historia de España en

América” sin duda le habría hecho sonreír (los colegas de La Habana, desde luego, no hubieran estado de acuerdo...). Y puesto que Estrada no habla sino de su deseo de que el español adquiriera un “conocimiento directo” de ese otro país hispanoamericano, se entiende el interés con que Menéndez Pidal haya respondido a esta invitación. El 25 de marzo le escribió lo siguiente al antiguo embajador mexicano:

Muy distinguido amigo: Su carta tan afectuosa para mí, tan deseosa de aliviar mi emigración con trabajo útil, compañía grata y sitios atractivos, me obliga a pensar en lo que, dada mi enorme pereza para los viajes, había descartado en los planes que aquí me proponían disponer. Yo quería regresar pronto a Francia; pero me voy haciendo a la idea de que debo tomar algún otro rumbo de los que me indican en estos países vecinos. Por de pronto ya prolongué mi estancia en Cuba un mes más, hasta fin de abril. Después no sé lo que haré de mí.

Pues usted tan bondadosamente se ofrece a pensar en mi posible ida a México, quiere usted decirme qué es lo que yo podría hacer ahí y en qué tiempo.

Me habla usted además de estudios propios que yo podría hacer. Si lograra encontrar algún filón breve que seguir con fruto, gran descanso sería para el espíritu.

En fin, muy cordialmente agradecido a su interés, queda siempre de usted amigo y admirador.

Como se ve, al español le ha encantado el panorama de “trabajo útil, compañía grata y sitios atractivos” que Estrada le ha pintado. Si bien no le queda claro en qué trabajos útiles podría emplear su tiempo en México, resulta evidente que en este primer momento Menéndez Pidal reacciona positivamente a la propuesta, atraído por la posibilidad de trasladarse a otro país hispánico una vez que haya concluido sus compromisos con los colegas cubanos. Animado por el interés expresado por Menéndez Pidal, Estrada en seguida empezó a ocuparse de los trámites no sólo para facilitar el viaje del filólogo a México, sino también para poner en marcha un plan mucho más ambicioso

todavía para el cual la presencia del antiguo director del Centro de Estudios Históricos de Madrid era del todo imprescindible. El 4 de abril le volvió a escribir a Menéndez Pidal:

Para mí es esencial y fundamental la presencia de usted aquí, en el plan que está en desarrollo, porque necesitamos su consejo y dirección en todo lo que en seguida le refiero. —El sábado reuní al señor Díaz de León y al señor [Silvio] Zavala (a quien usted recordará: hace poco colaborador en el Centro de Estudios Históricos), con el Director del Banco de México, quien nos ha ofrecido su apoyo en la parte económica. Pues bien, mi proyecto es el de organizar aquí una labor semejante a la realizada en España, con algunas gentes de buena voluntad, para una institución de cultura, con el espíritu de la Institución Libre y sus consecuencias de los institutos de la calle de Medinaceli, 4. Se podría iniciar, v.g., con un instituto de filología (para lo cual se puede adquirir, entre otras cosas, un gabinete moderno y al día), y con investigaciones de historia y de arte. Estando usted aquí se podrían traer, por ejemplo, a Américo [Castro], a Gómez-Moreno, a Dámaso Alonso, etcétera, a quienes no he invitado todavía, esperando la llegada de usted.

¿Cómo se le ha ocurrido a Estrada esta idea de llevar a México a cuantos investigadores del Centro de Estudios Históricos de Madrid le sea posible? ¿Fue una repentina ocurrencia suya? ¿O una sugerencia que le hicieron llegar otros colegas que compartían su interés por estrechar los vínculos entre los intelectuales españoles y sus contemporáneos mexicanos? Seguramente no hay manera de saberlo. En todo caso, se ve que Estrada no ha perdido un momento para promover su ambicioso programa, como si temiera que algún obstáculo pudiera presentarse de golpe, impidiéndole llevar su proyecto a buen fin. Y, en efecto, los problemas no tardaron en perfilarse.

No es difícil imaginar la ilusión con que Estrada esperaba la respuesta de Menéndez Pidal a esta segunda carta suya, fechada el 4 de abril. Pero las cosas no se dieron como él sin duda calculaba. Y es que, antes de recibir una respuesta del filólogo español, Estrada recibió una

carta de quien era el principal anfitrión de Menéndez Pidal en La Habana (y antiguo colaborador del Centro de Estudios Hispánicos en Madrid), José María Chacón y Calvo. Todo parece indicar que, en el momento mismo de recibir esta segunda carta de Estrada, Menéndez Pidal decidió consultar el asunto con Chacón, quien le habría aconsejado cierta cautela. En todo caso, en su carta a Estrada del 7 de abril, Chacón intenta enfriar un poco el entusiasmo de Estrada:

Me interesa muchísimo el posible viaje de Menéndez Pidal a México. Creo que el clima del verano en esa admirable ciudad ha de serle muy beneficioso. Haré que vea un especialista para que le diga si la altitud de México tendría para él alguna dificultad. Creo que podría dar Don Ramón un ciclo de conferencias análogo al que ha dado en la Habana o un Seminario por el estilo del que acabamos de celebrar en la Dirección de Cultura. Naturalmente el aspecto económico de la estancia en México es importantísimo, dada la situación excepcionalmente crítica que atraviesa nuestro sabio amigo, como tantos otros intelectuales españoles.

Al leer este párrafo, salta a la vista que Chacón y Calvo anticipaba unos posibles obstáculos que el propio Menéndez Pidal no había mencionado siquiera en su carta. Y pese a la admiración que Chacón expresa aquí por “el clima del verano en esa admirable ciudad”, no es del todo imposible que cierta rivalidad haya inspirado esta misiva, sobre todo si Chacón se había dado cuenta de que Estrada quería invitar a Menéndez Pidal a algo más ambicioso que el ciclo de conferencias que éste había aceptado impartir en La Habana. En cuanto al peligro de la altura de la Ciudad de México: como hemos visto, era un motivo alegado asimismo por Juan Ramón Jiménez cuando éste (también asilado en La Habana) rechazaba la invitación que por estas fechas Estrada le había extendido a él. En ambos casos el autor de la estrategia parece haber sido el mismo Chacón y Calvo. El propio Menéndez Pidal tardó en responder a la segunda carta de Estrada, del 4 de abril. Los motivos de esta demora los explicó en la primera parte de su carta, fechada el 16 de mayo:

Mi bueno y distinguido amigo: recibí su carta del 4, cuyo contenido me interesa profundamente por los proyectos que anuncia de reorganización en la obra cultural de México. Claro es que, si yo pudiera ser útil en esa buena obra que usted proyecta, y que ojalá se realice, le ayudaría, satisfecho y honrado en ello.

El retraso en contestarle depende del examen médico a que quise someterme, llevado del caso de Juan Ramón Jiménez que tiene prohibida la residencia en tierras altas. El doctor Sousa ha tomado con tanto interés mi consulta que hace para ella una serie de análisis, no terminados aún a pesar de haberle encarecido mi necesidad de escribir pronto a usted y al señor Díaz de León.

Hasta aquí el tono de la carta resulta bastante positivo. Aunque Menéndez Pidal ha seguido el consejo de Chacón y Calvo de asegurarse de que su estado de salud le permita trasladarse a un punto tan alto como la Ciudad de México antes de tomar ninguna decisión al respecto, de todos modos parece seguir interesado, en principio, en colaborar en la obra proyectada por Estrada (y es natural que haya sido así, ya que la posibilidad de retomar su trabajo en México, acompañado por sus ficheros y por algunos de sus antiguos colegas, debía representar para él una tentación muy grande). Pero, por desgracia, algo ocurrió en fechas más recientes que lo lleva a ver la invitación de Estrada bajo una luz muy distinta, tal y como señala en la segunda parte de esta respuesta:

Pero entre tanto recibo una afectuosa carta del Dr. Silva y Aceves, felicitándose de que yo vaya ahí, y contándose en el grupo ejemplar de los intelectuales revolucionarios de España, lo cual me hace exponer a usted en la intimidad y reserva un reparo previo. Habiéndome mantenido toda mi vida alejado de cualquier partidismo político, para servir más pura, libre y objetivamente a la cultura de mi país, ahora menos que nunca pudo ocurrirme sumarme a un partido revolucionario, si no al de la paz entre hermanos que acabe con la mortal división de España. Por esto creo, al leer la carta del Dr. Silva, que no ha de ser prudente que yo vaya ahí, aunque obtenga el permiso médico.

Esperando que usted comprenda y confirme mi reparo, y muy agradecido siempre a su tan afectuoso interés, queda siempre suyo buen amigo.⁴³

Tiene que haber sido muy fuerte la decepción de Estrada al leer estos renglones. Su decepción, pero también su irritación por la inoportuna intervención del novelista y filólogo mexicano Mariano Silva y Aceves (1887-1937), quien, por sus trabajos como lingüista, desde luego debería haberse dado cuenta de que Menéndez Pidal era cualquier cosa menos un revolucionario. ¿Cómo explicar a Menéndez Pidal que el comentario de Silva y Aceves había sido un absurdo error? ¿Cómo asegurarle que iba a poder proseguir sus trabajos filológicos en México sin sentir la menor presión política a su alrededor? Estrada se puso a trabajar en una respuesta, pero antes de que pudiera redactarla, recibió otra misiva del asesor de Menéndez Pidal en La Habana, José María Chacón y Calvo, que evidentemente temía que el diplomático mexicano no fuera a darse por vencido. La carta data del 2 de junio y reza como sigue:

Estoy en deuda epistolar con usted y me he ido retrasando en saldarla porque quería darle noticias concretas sobre los varios particulares de su carta. En primer término nos preocupa el viaje de Don Ramón. El informe del médico no ha sido todo lo afirmativo que hubiéramos querido. No le prohíbe rigurosamente el viaje a México, pero le dice que el

⁴³ Todo parece indicar que Menéndez Pidal había tomado esta decisión por lo menos un mes antes de escribir la presente carta del 16 de mayo. Véase lo que Pérez Villanueva señala al respecto en su biografía de Menéndez Pidal (*op. cit.*, p. 351): que el 20 de abril de 1937 Menéndez Pidal “escribe a Marañón sin referirse concretamente a cuestiones políticas ni a la marcha de la guerra, pero anunciando que no irá a México, donde hay demasiados españoles de un solo bando”. La relevancia de este dato fue señalada ya por Amelia de Paz, “Domenchina, o el mito del exilio”, en James Valender y Gabriel Rojo (eds.), *Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las jornadas celebradas en España y México para conmemorar el septuagésimo aniversario de La Casa de España en México (1938-2008)*, El Colegio de México / Residencia de Estudiantes, Ciudad de México, 2010, p. 368.

cambio brusco puede traerle ciertas complicaciones. En estas circunstancias Don Ramón ha recibido noticias de España que le inquietan mucho. Con decirle a usted que a una parte de su familia le sorprendió la terrible guerra civil en zona nacionalista y otra parte continúa en Madrid, comprenderá usted los motivos personalísimos que tiene nuestro amigo para estar preocupado, además de lo que ha de pesar sobre su espíritu el pavoroso conflicto que se ha planteado en Europa. Por todo esto y por responder al espíritu mismo de su obra total Menéndez Pidal se ha situado en un terreno libre de las pasiones combativas y aspira a realizar en todo momento una misión de paz, de posible conciliación y de afirmación cultural. En ese plano quiere continuar hasta que termine la guerra. En este sentido escribió a usted exponiéndole con absoluta lealtad su situación. Yo creo que a sus amigos nos toca no ya respetar sino compenetrarnos con su especialísimo estado espiritual.

Como se ve, Chacón y Calvo sigue mencionando la altitud de la Ciudad de México como uno de los motivos que Menéndez Pidal habría tenido para rechazar la invitación de Estrada, si bien él mismo parece reconocer que el médico de ninguna manera ha prohibido el viaje. Pero ahora son las razones políticas aquellas en las que insiste con más energía. Después de leer estas dos cartas, la de Menéndez Pidal y la de Chacón, cualquier otra persona seguramente hubiera tirado la toalla. Pero Estrada no se dejó desanimar. El 5 de junio redactó otra larga carta a Menéndez Pidal en un esfuerzo enérgico por salvar una situación que ya no parecía tener salvación alguna. Estrada empieza por despachar la altura de la Ciudad de México como un peligro “irreal”. También hace todo lo posible por quitar importancia al comentario de Silva y Aceves sobre el propio Menéndez Pidal y su supuesto perfil revolucionario:

Créame, Don Ramón, que el episodio de la carta que usted me cita, ni lejanamente vale la pena de tomarlo en consideración. Me parece esa una lamentable opinión, sin responsabilidad, incluso lanzada de buena fe y con ciertas intenciones de agradar a usted; pero... se trata de un

lugar común, de un tópico de los que se repiten sin ton ni son y que lo mismo se lanzan con oportunidad que con oportunismo. Pero debe usted saber, mi ilustre amigo, que no hay aquí persona responsable o medianamente enterada que no sepa que usted es un hombre de estudio y de investigación científica y no un político, ni nada que se parezca a un político.

Es sólo llegado a la mitad de la carta cuando Estrada finalmente juega lo que espera va a ser su carta ganadora. Durante las últimas semanas ha consultado con colegas del gobierno del presidente Lázaro Cárdenas, lo cual le permite ahora hacer una propuesta mucho más concreta, una propuesta de tal magnitud que confía que Menéndez Pidal simplemente no va a poder decir que no:

Pero hay más todavía: este asunto de traer a nosotros, en estos momentos, a destacados intelectuales españoles, sólo lo he tratado, por cuanto a la acción oficial, con el señor Díaz de León, Presidente del Consejo Superior de Educación, y con mi amigo el señor Montes de Oca, Director del Banco de México (quien ha prestado a la idea su más entusiasta y eficaz apoyo), a fin de obtener del señor Presidente de la República su apoyo en la empresa. El Presidente ha recibido las sugerencias que le ha transmitido el señor Montes de Oca, con satisfacción y les ha prestado fuerte apoyo. No sólo no puso objeción alguna a la idea de traer especialistas y hombres de reputación científica como usted, sino que la recibió con tal complacencia que ha respondido de la manera más generosa a nuestros propósitos.

La generosidad del presidente Cárdenas, en efecto, no podía haber sido más espléndida, porque había aprobado una propuesta que cualquier otro político habría rechazado como demasiado ambiciosa cuando no como simplemente imposible:

Queremos traer a todos los colaboradores de usted en el C[entro] de Estudios Históricos, de Madrid, especialmente de la sección de filolo-

gía, contratados por lo menos durante un año y montar un gabinete de fonética con los mejores aparatos. Usted, claro está, sería aquí el organizador ideal de todo ello y podría quedarse el tiempo que quisiese. A nadie se le ocurriría aquí pedir que una institución así se metiera a opinar sobre tal o cual política militante.

Menéndez Pidal seguramente se habrá sorprendido enormemente al leer estos últimos renglones. Nada le habría gustado más, sin duda, que poder retomar su trabajo en colaboración con sus colegas y compañeros de antes, y en condiciones también iguales a las que habían presidido su trabajo en Madrid. Pero habría sido asimismo el primero en dudar de la posibilidad de llevar a todos los miembros del Centro de Estudios Históricos a la Ciudad de México y de ponerlos a trabajar allí. Por otra parte, y aunque Estrada no parece haberse fijado (o no parece haber querido fijarse) en ello, el hecho es que el impedimento político seguía tan imponente y tan real como antes. Si Menéndez Pidal había decidido, como decía Chacón, situarse en “un terreno libre de las pasiones combativas”, ¿cómo iba a poder trasladarse a un país como México cuyo gobierno, desde el principio mismo de la guerra civil, había tomado partido abiertamente por uno de los dos bandos en conflicto (es decir, por el gobierno de la República Española)? La invitación a exiliarse en México la había extendido Estrada, en principio, en nombre propio, pero ahora que éste lo hacía explícitamente en nombre del presidente de México, era imposible que una eventual decisión de Menéndez Pidal de aceptar la invitación no fuera interpretada como una adhesión (aunque indirecta) a la causa del campo republicano.

Así vemos cómo, pese a los esfuerzos extraordinarios que Estrada había hecho por convencer a Menéndez Pidal, su carta tenía muy pocas posibilidades de conseguir su objetivo. Lo irónico es que para cuando el filólogo español finalmente recibió esta misiva —Estrada no pudo enviarla hasta el 24 de junio por los graves problemas de salud que ya empezaba a sufrir y que en un par de meses acabarían con su vida—, Menéndez Pidal ya había decidido, de todos modos, dar

otro giro a su periplo en ultramar al aceptar la invitación de ocupar el puesto de profesor visitante en Nueva York, en la Universidad de Columbia. El 2 de julio Menéndez Pidal le volvió a escribir, anunciando el nuevo compromiso que acababa de asumir:

Mi distinguido y buen amigo. Mucho me alegró ver su carta acabada el 24 junio, pues me quitó la pena de creer existiese algún disgusto inexplicable entre los dos, al ver pasar seis semanas sin respuesta a mi carta del 15 de mayo. Sólo siento que el retraso en expedir su carta del 5 haya sido por verse usted obligado a reposo curativo. Espero que el plan médico haya dado ya todo su buen resultado.

El 27 junio, cuando recibí su carta, tenía ya dispuesto mi viaje a Nueva York y el pasaje tomado para el 30, si bien lo he tenido que diferir hasta el 7 por asuntos de aquí. Estoy nombrado profesor visitante en Columbia University para el semestre julio-diciembre, y tengo ahora que ir allá; sin embargo, como mi trabajo principal no comenzará hasta fines de septiembre, no pierdo del todo la esperanza de visitar a México, que en junio hubiera sido para mí más fácil.

Lo curioso de esta carta es que en ella Menéndez Pidal no hace referencia alguna a la extraordinaria propuesta que Estrada le había hecho en su carta enviada el día 24 de junio. Puesto que la decisión de ir a Nueva York ya estaba tomada, seguramente pensó que no tenía sentido referirse siquiera a la idea de reconstruir el Centro de Estudios Históricos en el Valle de Anáhuac. La correspondencia entre los dos amigos no terminó aquí. En esta misma carta y en otras posteriores Menéndez Pidal le pediría (casi le imploraría) a Estrada que interviniera personalmente para asegurar la integridad de los archivos y ficheros que el filólogo había depositado en la Embajada de México en Madrid, puesto que temía que fueran a perderse ahora que la mayor parte de los empleados de la embajada mexicana se habían trasladado a Valencia. En otro momento, quiso incluso explorar la posibilidad de que sus ficheros le fueran enviados a la universidad de Columbia, donde ya para entonces trabajaba. Fiel amigo hasta el final, desde su cama de enfermo

en Cuernavaca, Estrada se ocupó de estas solicitudes lo mejor que pudo. Pero esta carta sí puso fin a la discusión sobre una posible estancia de Menéndez Pidal en México. Si bien en la carta del 2 de julio expresó el deseo que tenía, de todos modos, de visitar alguna vez a México, Menéndez Pidal en realidad nunca llegaría a hacer ese viaje.

UN BALANCE PROVISIONAL

La primera expresión de la inquietud de Genaro Estrada por la suerte de los intelectuales españoles que se marcharon de su país a raíz de la guerra civil, tal vez se encuentre en la carta que envió el 27 de octubre de 1936 a Buenos Aires, a su gran amigo Alfonso Reyes. Como ya hemos visto, en su papel de embajador de México en la capital argentina Reyes hizo suya la causa de la República española, entonces representada en Buenos Aires por el poeta y crítico Enrique Díez-Canedo. Por otra parte, también se preocupó por aquellos españoles que, como Gómez de la Serna y Castro, huyendo de la guerra civil, llegaban más o menos derrotados a la capital argentina. A estos últimos parece referirse Estrada en su carta a Reyes:

Salude a estos amigos españoles. Aquí se ha hecho mucho, la mayor parte silenciado en el exterior. No olvidaré el caso de Enrique [Díez-Canedo], pues ya tengo cierto proyecto sobre intelectuales españoles que queden aislados o desamparados de su país, para llegado el caso. Voy todos los días a la embajada española, en donde Gordón Ordás se ha batido heroicamente, desamparado de su gobierno.⁴⁴

Si Estrada finalmente no pudo poner en marcha su plan hasta marzo de 1937, tal y como parecen indicar las cartas que hemos comentado aquí, fue sin duda porque en esta primera etapa de la guerra

⁴⁴ Carta de Genaro Estrada a Alfonso Reyes del 27 de octubre de 1936, recogido en *Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada. III. 1930-1937*, p. 300.

civil española no eran muchos los intelectuales españoles dispuestos a abandonar su país, mientras que el propio gobierno de la República española no quería que se diera mucha publicidad a la suerte de los intelectuales que se marchaban: al contrario, en los primeros días de la guerra el gobierno invirtió muchos esfuerzos en subrayar que la gran mayoría de los escritores y científicos seguían firmes en su solidaridad con la causa del pueblo español. Será seguramente por esta razón por la cual, en su carta a Reyes, Estrada no sólo menciona la forma silenciosa en que las autoridades mexicanas han procedido hasta la fecha en su esfuerzo por ayudar a los primeros exiliados, sino que también subraya la falta de apoyo oficial con que ha trabajado el propio embajador español en México, Félix Gordón Ordás, a la hora de colaborar con los esfuerzos de los mexicanos. Desde luego, el simple hecho de irse de España no decía nada acerca de la posible filiación política de tal o cual figura, pero la repentina desbandada de un gran número de escritores y científicos sí podría poner en entredicho la campaña del gobierno republicano de presentarse ante el mundo como el verdadero defensor de la cultura española.

Al poco tiempo las autoridades republicanas fueron matizando su postura al respecto, insistiendo cada vez más en la necesidad de proteger a los intelectuales de los riesgos mismos de la guerra. Así, cuando en noviembre de 1936 las tropas de Franco llegaron a las afueras de Madrid y el gobierno decidió mudarse de Madrid a Valencia, las autoridades tomaron medidas para trasladar también al Levante a un buen número de figuras eminentes de la vida científica e intelectual española. Una vez llegados a Valencia estos escritores e investigadores fueron alojados en una Casa de Cultura, donde se les proporcionaba todo lo que necesitaban para retomar sus trabajos. Pero, desde luego, la paz y tranquilidad de que éstos disponían en Valencia fueron relativas (aunque menos frecuentes que en Madrid, en Valencia también hubo bombardeos aéreos) y por lo mismo comenzó a prosperar la idea de que, para protegerles la vida, había que enviarlos más bien al extranjero, preferiblemente con alguna misión oficial. Asumir esta idea fue un paso mucho más difícil para el gobierno, ya que supuso reco-

nocer que en aquellos tiempos de guerra ya no era capaz de garantizar la seguridad de sus intelectuales.

Uno de los primeros en ser enviados al extranjero fue Moreno Villa, que para gran sorpresa suya fue destinado a la Embajada de España en Washington en febrero de 1937. Y alguna consideración parecida parece haber regido en el caso de Juan Ramón Jiménez cuando se marchó a Puerto Rico en septiembre de 1936: si bien al irse no aceptó ningún cargo oficial, sí contó con el visto bueno del gobierno de la República, que le facilitó el viaje. Casos muy distintos son los de Gómez de la Serna y Menéndez Pidal, que abandonaron España en cuanto pudieron y sin mediación alguna por parte del gobierno de la República,⁴⁵ como también lo es el caso de Salinas, que se marchó del país para cumplir con un compromiso adquirido mucho tiempo antes de que la guerra estallara. Pero, cualesquiera que fueran las circunstancias en que tomaran esa determinación, fue justamente a raíz de la expatriación de estos y otros intelectuales españoles cuando Estrada pudo comenzar a intervenir.

Como hemos visto, no todas las iniciativas tomadas por Estrada en 1937 tuvieron éxito. En el caso de Moreno Villa, el mexicano sí logró su objetivo plenamente, mientras que la invitación extendida a Salinas también rindió sus frutos, si no en seguida, sí en los viajes a México que el poeta realizaría en 1938 y 1939. Las cartas cruzadas con Gómez de la Serna, Juan Ramón Jiménez y Menéndez Pidal hablan, en cambio, de un fracaso más o menos rotundo. En vista de estos resultados, no estaría de más preguntarnos por qué el antiguo canciller no tuvo más éxito con sus iniciativas. Si nos centramos en los casos específicos de Gómez de la Serna y de Ramón Menéndez Pidal, vemos que su negativa a trasladarse a México fue condicionada en gran medida por los temores que tenían acerca del carácter revolucionario del

⁴⁵ Todo parece indicar que durante los primeros meses de la guerra la gran mayoría de los intelectuales que se escaparon de España lo hicieron con el mismo recelo hacia el gobierno republicano que Gómez de la Serna y Menéndez Pidal; los fieles a la República, como es lógico, se quedaron a luchar o, cuando menos, a solidarizarse con sus correligionarios.

régimen del presidente Cárdenas. En algún momento los dos españoles quisieron encubrir los verdaderos motivos de su decisión, aludiendo a cierta desgana de salir de su actual domicilio o a cuestiones de salud y a la peligrosa altitud de la Ciudad de México. Pero, leyendo sus cartas, no es difícil ver que el verdadero obstáculo era de orden ideológico. De hecho, Menéndez Pidal fue muy claro al respecto: “Habiéndome mantenido toda mi vida alejado de cualquier partidismo político, para servir más pura, libre y objetivamente a la cultura de mi país, ahora menos que nunca pudo ocurrirme sumarme a un partido revolucionario”. Y Gómez de la Serna no se quedó atrás, al expresar su miedo a encontrarse en México con otras “olas comunistoides”. Si creían que, de instalarse en México, se verían obligados a ponerse al servicio de una dictadura del proletariado, los dos españoles tenían una visión muy distorsionada, desde luego, de cómo era el México de 1937. Pero, con todo, sí tenían motivos para ser precavidos. A fin de cuentas, no hacía mucho que el país había salido de una revolución armada, mientras que el presidente Cárdenas, invocando los propósitos de esta revolución, acababa de introducir varias reformas sociales de gran envergadura, sobre todo en relación con la propiedad de la tierra.

En su correspondencia con Reyes acerca del caso de Gómez de la Serna, Estrada se queja de las prevenciones del escritor español, si bien intenta comprenderlas. “Me parece que vistas las cosas desde aquel ambiente”, le comenta a Reyes, refiriéndose a Buenos Aires, “México ha de parecer país difícil y comprometedor; pero ¡ca! Aquí se está tranquilo viendo pasar los excesos del mundo”.⁴⁶ En otro momento, como hemos visto, propone atribuir los temores del escritor español a la propaganda promovida en el extranjero en contra de México: su “grandísimo temor de lanzarse para acá será por esos cuentos chinos que fuera propalan sobre México”. Por la difusión de estas ideas Estrada parece responsabilizar a ciertas figuras del medio intelectual argentino, pero no dice nombres. En todo caso, me parece que desestima las consecuencias de la propaganda nacional que, con visto

⁴⁶ De la carta de Estrada a Reyes del 28 de mayo de 1937. Véase *Con leal franqueza*, p. 306.

bueno del gobierno, circulaba dentro y fuera de México acerca de la revolución mexicana. Porque, en efecto, una parte importante de la cultura reciente de México —piénsese en los murales de David Alfaro Siqueiros y de Diego Rivera o en las novelas de Mariano Azuela y de Martín Luis Guzmán— se dedicaba a crear la imagen de un país sacudido una y otra vez por extremismos políticos y por enfrentamientos armados.

Evidentemente, no todos los españoles compartían el mismo recelo ante México que Menéndez Pidal y Gómez de la Serna, sea porque no se habían hecho la misma idea acerca del régimen político del país, o simplemente porque no le atribuían la misma importancia. Como prueba de ello están los testimonios de Juan Ramón Jiménez y de Salinas que, si no aceptaron en seguida la invitación de Estrada, fue sólo porque sus compromisos inmediatos se lo impedían. Ninguno de ellos expresó el menor recelo ante el gobierno de Cárdenas y, de hecho, una vez llegado el momento, Salinas sí hizo dos viajes, tan productivos como placenteros, por el país. Este hecho nos lleva a sospechar que a lo mejor Estrada no supo seleccionar bien a los intelectuales a los que pensaba ayudar. Desde luego, la tarea de escoger a los posibles candidatos era muy difícil, tal y como ya demuestra el trabajo de Cosío. Las cartas citadas aquí tienden a indicar que en un principio Estrada no contaba con ningún filtro particular para determinar la selección, más allá de un par de criterios muy generales que ya hemos comentado: por un lado, el invitado debería ser una figura eminente en su campo y, por otro, debería encontrarse viviendo o en el Caribe o en el continente americano.⁴⁷ Al margen de estas dos consideracio-

⁴⁷ Sin embargo, con el paso de los meses puede ser que Estrada se haya ido acercando a la estrategia de Cosío. En el archivo de Estrada en México, traspapelada entre las cartas de Menéndez Pidal, se conserva una hoja en que figura la siguiente lista de nombres: Dámaso Alonso, José Fernández Montesinos, Claudio Sánchez-Albornoz, el químico Antonio García Banús (1888-1955), Teófilo Hernando, Pío del Río Hortega, el crítico del arte Juan de la Encina (seudónimo de Ricardo Gutiérrez Abascal, 1883-1963), Tomás Navarro Tomás, el físico Esteban Terradas (1883-1950), Luis Recasens Siches, el neurólogo y siquiatra Gonzalo R. Lafora (1886-1971), el bacteriólogo y antiguo director adjunto de la Residencia de Estudiantes Paulino Suárez (1884-1970) y Manuel

nes, Estrada parece haberse dejado llevar por el azar, aproximándose a aquellos intelectuales cuyos nombres, por las razones que fueran, hubieran llegado a su atención. En ningún momento parece haber pensado si, antes de extender sus invitaciones, debería considerar la posible disposición (o disponibilidad) de los intelectuales españoles para trasladarse a México.

Acerca de este último punto la presente correspondencia resulta especialmente reveladora. Porque, como hemos visto, le costó trabajo a Estrada comprender en qué medida la guerra civil había polarizado a los intelectuales españoles. Al poner en marcha su proyecto, el mexicano parece haber partido de la premisa de que la gran mayoría de los intelectuales españoles iban a estar con la República. Pero, como le ocurrió también a Cosío, poco a poco tuvo que irse adaptando a la idea de que incluso entre las figuras de mayor prestigio había quienes se oponían rotundamente al gobierno de Valencia. Estrada, es cierto, raras veces invocó el nombre de Lázaro Cárdenas a la hora de extender sus invitaciones; pero, aun así, era inevitable que una persona como Menéndez Pidal, que de ningún modo quería tomar partido por ninguno de los dos bandos enfrentados en la guerra, rechazara una invitación que viniera respaldada por un gobierno, como el de México, que había brindado un apoyo incondicional a la República española. Y, sin embargo, Estrada parece haber procedido como si no tuviera presente este conflicto de intereses. ¿O es que creía que sólo extendiendo la invitación iba a poder comprobar la predisposición política de tal o cual intelectual español?

García Morente. Aunque no hay manera de comprobarlo, puede ser que esta lista coincida con la que Cosío les entregó a las autoridades republicanas en Valencia en el mes de julio y que a partir de esa fecha también empezó a orientar al propio Estrada. El interés de la hoja ya fue señalado por Alberto Enríquez Perea. Sin embargo, al cotejar esta lista con la de “los nombres de los primeros invitados que llegaron a México a formar parte de La Casa de España en México”, el investigador saca la sorprendente conclusión de que “no hubo mucha diferencia entre ellas” (*Daniel Cosío Villegas y su misión en Portugal*, p. 42). En realidad, de las trece personas que acabamos de mencionar, sólo tres llegarían a formar parte de La Casa de España: Juan de la Encina, Luis Recasens Siches y Gonzalo R. Lafora.

Al buscar explicaciones para el escaso éxito del proyecto de Estrada, debemos referirnos, por otra parte, a la naturaleza misma de la invitación que éste extendía a los colegas españoles. Como hemos visto, la invitación la hacía en nombre propio: se trataba tan sólo de una amistosa exhortación a tal o cual intelectual español a visitar al país y a quedarse el tiempo que quisiera. Estrada no hablaba ni de contratos de trabajo ni de condiciones de vida. Si bien esta informalidad podría ganarle la simpatía del invitado en un primer momento, pasaba por alto ciertas consideraciones indispensables de orden material que le inquietan a cualquier persona que contempla cambiar de país, y más todavía si se encuentra a la deriva. ¿De qué iban a vivir los invitados? ¿Cuáles serían las oportunidades de trabajo? ¿Cómo se incorporarían a la vida intelectual y científica mexicana? En sus cartas a los españoles Estrada habló vagamente de conseguirles conferencias, así como colaboraciones en tal o cual revista. Pero estas promesas brindaban escasa seguridad a un exiliado, sobre todo si ha dejado atrás en España a una esposa o a una familia. Y en ese sentido tal vez no debemos sorprendernos si, de los cinco invitados, sólo Moreno Villa, un soltero sin ataduras en su país, se haya atrevido a dar el brinco e instalarse en México.

Queda una importante cuestión por resolver, me parece, para poder seguir todos los recovecos de esta pequeña historia. A la hora de leer las cartas que hemos comentado aquí, llama la atención la escasa comunicación que Estrada parece haber tenido con Cosío Villegas a lo largo de los seis meses que dedicó a su proyecto (de marzo a agosto de 1937). En un par de ocasiones se refiere a otros colegas con los que está trabajando, como Díaz de León y Montes de Oca; en su correspondencia con Menéndez Pidal incluso señala contar con el respaldo del propio Lázaro Cárdenas a la hora de enumerar las condiciones de trabajo ofrecidas (excepcionalmente) al antiguo director del Centro de Estudios Históricos; en cambio, en ninguna de las cartas suyas que hemos citado menciona siquiera el nombre de Cosío. Se trata de un detalle muy curioso, pero sería un error, desde luego, suponer que Estrada hubiera trabajado completamente al margen del proyecto que

Cosío iba preparando por las mismas fechas. Prueba de ello la encontramos en otra carta del archivo de Estrada que editamos aquí y que nos confirma lo que el sentido común nos lleva desde un principio a suponer: a saber, que Estrada sí trabajaba en estrecha colaboración con Cosío, por lo menos desde el mes de mayo de 1937. La carta en cuestión data del 4 de agosto de 1937 y fue enviada a Estrada por el jurista y político Luis Recasens Siches (1903-1977), que en esas fechas se encontraba en México, impartiendo cursos de filosofía del derecho y de sociología en la Universidad Nacional. Después de explicar que fue la propia Universidad Nacional la que en la primavera de 1937 lo había invitado a México, Recasens le comentó lo siguiente a Estrada:

Después en el mes de mayo tuve el gusto de encontrar en París a Don Daniel Cosío Villegas, quien me hizo el honor y me dio la gran satisfacción de incluirme en el grupo de intelectuales que está formando, por encargo oficial y bajo la acertada inspiración de usted, para realizar en México trabajos científicos y docentes; y me manifestó que desde luego enviaba a ustedes la propuesta de mi nombre.

El testimonio es escueto, pero me parece que es contundente. Si en mayo de 1937 Cosío está preparando el rescate de un grupo de intelectuales españoles, lo está haciendo no sólo “por encargo oficial”, sino también “bajo la acertada inspiración” de Estrada.⁴⁸ De hecho, Cosío parece haberle dado a entender a Recasens Siches que el proyecto, en realidad, es de los dos. Y es que, después de contar el consejo que recibió de Cosío de proceder cuanto antes a México a cumplir con el contrato de la Universidad Nacional, el español termina su carta a Estrada

⁴⁸ No resulta extraño que este testimonio date de mayo de 1937. A principios de abril Estrada no sólo le extiende a Menéndez Pidal la invitación a viajar a México, sino que también le anuncia su intención de atraer al país a otros antiguos miembros del Centro de Estudios Históricos e incluso de crear un instituto de filología que los aloje. Y para principios de junio ya puede comunicarle al gran filólogo el entusiasta apoyo que esta nueva propuesta ha recibido por parte del presidente Cárdenas. Las gestiones realizadas ante el gobierno de México tienen que haber significado, a su vez, una mayor coordinación entre las iniciativas de Estrada y las de Cosío.

escribiendo lo siguiente: “Desde luego estoy aguardando las indicaciones oportunas de usted o del señor Cosío Villegas con respecto al grupo en que ustedes han tenido la bondad de incluirme. Y tengo viva ilusión y fundado entusiasmo en las tareas que haya de desarrollar dentro de esta organización, bajo la dirección de ustedes”. Es decir, en ese momento la dirección del proyecto era compartida por los dos mexicanos.

Dicho esto, hay que reconocer que, aun cuando unidos en un mismo proyecto, Estrada y Cosío parecen haber trabajado de manera muy distinta (y sin duda con una coordinación bastante flexible): mientras que aquél se ocupaba de lo más inmediato, extendiendo invitaciones a los intelectuales españoles que, por la razón que fuera, hubiesen atravesado ya el Atlántico, éste, en cambio, se empeñaba en organizar un plan de rescate más ordenado y a más largo plazo. Esta manera de proceder reflejaba, por cierto, la firme convicción que Cosío tenía, desde el principio mismo de la guerra civil, de que la República española iba a ser derrotada. Y no sólo eso: dada la naturaleza de la guerra, Cosío también estaba convencido de que tendrían que pasar muchos años antes de que los intelectuales españoles pudieran volver a su país. Por lo mismo, no creía que bastaba brindarles un refugio temporal mientras la guerra durara: al contrario, insistía que las instituciones de su país les ofrecieran, de una vez, unas firmes condiciones de trabajo y de supervivencia. Estas premisas explican por qué sus iniciativas tardaron mucho más que las de Estrada en dar frutos, pero también por qué a la larga habían de resultar mucho más exitosas.

En esta historia, por supuesto, quedan todavía muchos detalles por aclarar. Por ejemplo, ¿por qué en el archivo de Estrada no se conserva ninguna carta de Cosío que date de estos meses?⁴⁹ Cosío tiene que haberle enviado no sólo la carta de mayo de 1937 en la que reco-

⁴⁹ Entre los papeles de Estrada tampoco se conserva ninguna carta de Gabriela Mistral que date de la guerra civil española, a pesar de que la poeta chilena llevaba una buena amistad con el escritor y diplomático mexicano que se remontaba a 1920. Véase al respecto el artículo de Serge I. Zäitzeff, “Cartas de Gabriela Mistral a Genaro Estrada”, *Cuadernos Americanos*, vol. 37, núm. 7 (enero-febrero de 1993), pp. 115-131. El artículo reproduce cuatro cartas de Mistral que datan de los años 1920-1931.

mendaba que Recasens Siches fuese incluido en la lista de invitados, sino otras muchas escritas durante su estancia en Europa. ¿El antiguo canciller las habrá devuelto a Cosío cuando se dio cuenta de que su enfermedad no iba a permitirle seguir adelante con el proyecto? Resulta, asimismo, extraño ver la falta de continuidad que se dio tras la muerte de Estrada en los casos de por lo menos dos invitados. Como hemos visto, la invitación extendida a Salinas quedó suspendida hasta que Alfonso Reyes llegó a reactivarla, desde Nueva York, a principios de 1938. ¿Por qué no se ocupó Cosío de hacerlo?⁵⁰

También sorprende descubrir que, cuando Cosío hizo llegar una segunda invitación a Menéndez Pidal en el verano de 1938, lo hizo sin hacer referencia alguna a la primera extendida un año antes por Estrada.⁵¹ Por otra parte, cuando en agosto de 1938 se difundió en la prensa mexicana el decreto presidencial mediante el cual se creó La Casa de España

⁵⁰ Todo parece indicar que por estas fechas Cosío también descuidó algunos de los arreglos que él mismo había adquirido con tal o cual exiliado. Fue el caso, por ejemplo, del musicólogo Jesús Bal y Gay. Según el testimonio de Alberto Jiménez Fraud, que al igual que Bal y Gay vivía exiliado entonces en Cambridge, Inglaterra, Cosío le había extendido a Bal una invitación muy concreta a finales de agosto de 1937: “Vino aquí a pasar un día con nosotros Cosío Villegas, que estaba de ministro en Lisboa y que anda en lo de los invitados a México”, le escribió a su colega Lorenzo Luzuriaga el 11 de septiembre de 1937. “Dejamos aquí arreglado lo de Bal, al parecer bien, y pendiente sólo de la confirmación oficial en cuanto él llegue a México. Allí está Moreno Villa, contento, y dispuesto a continuar.” A pesar de este compromiso, cinco meses más tarde Bal y Gay seguía sin recibir noticias de Cosío. “Los Bal siguen aquí —comentaría Jiménez Fraud el 18 de febrero de 1938, en otra carta a Luzuriaga— porque no recibieron todavía la invitación de México a pesar de lo que me dijo Cosío Villegas. Le pregunté a Moreno Villa, pero no sabía nada tampoco”. Las dos cartas citadas se recogen en Alberto Jiménez Fraud, *Epistolario. Vol. II (1936-1952)*, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, en prensa.

⁵¹ Llama la atención que la segunda invitación a establecerse en México no fue extendida a Menéndez Pidal sino hasta el 22 de agosto de 1938, es decir, seis semanas después de creada La Casa de España y dos días después de anunciado el decreto en la prensa mexicana. En su respuesta, escrita en octubre de 1938 (cuando ya estaba de regreso en Francia, acogido por el Instituto Hispánico de la Sorbona), Menéndez Pidal rechazó la invitación con elegancia, alegando “motivos de salud y otros”; no hizo alusión alguna a su diálogo un año antes con Genaro Estrada. Estos documentos se conservan inéditos en el Archivo Histórico de El Colegio de México, Fondo Alfonso Reyes, Caja 8, Expediente Menéndez Pidal.

en México, el nombre de Menéndez Pidal figuró en primerísimo lugar en la lista de los distinguidos intelectuales españoles a los que se había invitado a México (o a los que se pensaba invitar).⁵² ¿Es que Cosío (que fue sin duda quien redactó esta lista) se creía capaz de lograr lo que Estrada, con tanto empeño, no había conseguido? ¿O es que, por motivos estratégicos, le parecía indispensable encabezar la lista con el célebre nombre de Menéndez Pidal, aun cuando sabía que el filólogo seguramente se seguiría resistiendo a aceptar la invitación? Son detalles de una historia compleja a la que en esta investigación apenas hemos podido empezar a asomarnos.

OTRAS INICIATIVAS PARALELAS

En este trabajo nos hemos ocupado de los esfuerzos de dos mexicanos por extender ayuda a los españoles exiliados a raíz de la guerra civil. Como es tal vez natural que ocurra, al hacer esta investigación nos hemos topado en varios momentos con documentos que confirman el interés de otras personas por poner en marcha proyectos paralelos, con o sin la colaboración de Estrada o Cosío. Uno de los que se expresaron en ese sentido en fecha muy temprana fue un colega y amigo de los dos: el escritor y diplomático Alfonso Reyes. Lo cual resulta muy lógico, sobre todo cuando se recuerda la larga y profunda amistad que unía al regiomontano con muchos de los intelectuales españoles más importantes del periodo de entreguerras. Lo que desencadenó esta preocupación fue, en parte, su trabajo como embajador de México en Buenos Aires, ciudad a donde vio llegar, como hemos señalado, a figuras como Gómez de la Serna y Américo Castro, trastornadas por el conflicto. El 30 de octubre de 1936 anotó en su *Diario*: “Almuerzo Castro en casa. Su extraño estado de ánimo. Proyecto de llevar una misión cultural española a México, salvando a los intelectuales que la guerra deja sin empleo y sin hogar.”⁵³ No es imposible que esto fuera

⁵² Anónimo, “Vigorosa inyección a la cultura nacional”, *El Nacional* (México), 20 de agosto de 1938.

⁵³ Alfonso Reyes, *Diario 1936-1939*, p. 56.

escrito por Reyes después de haber recibido la carta de Estrada del 27 de octubre de 1936 que hemos citado más arriba. En todo caso este proyecto de salvar a los intelectuales españoles le pareció lo suficientemente trascendental para que el 2 de noviembre de 1936 Reyes escribiera una carta a Luis I. Rodríguez, secretario personal del presidente Cárdenas, proponiendo que se rescatara a figuras eminentes de la vida cultural y científica española que se encontraban en ese momento “en condiciones de lucha y penuria, en ambientes donde sus capacidades no encuentran campo propicio y natural”.⁵⁴

No sabemos si esta propuesta llegó a la atención del presidente Cárdenas, ni tampoco (en el caso de que éste la conociera) si Cárdenas la habría aprobado. Cabe suponer que el presidente habría simpatizado con la propuesta, pero que (como en el caso de la propuesta de Cosío) no habría creído oportuno hacer público todavía el pleno respaldo de su gobierno. En todo caso, Reyes no parece haberse incorporado ni al equipo de Cosío ni al de Estrada. En la nutrida correspondencia que el regiomontano cruzó con Estrada durante esos meses ninguno de los dos vuelve a hablar del proyecto general de rescatar a los españoles (aunque sí mencionan el caso específico de Gómez de la Serna). Tampoco se comenta en la correspondencia cruzada entonces entre Reyes y Cosío.⁵⁵ Cosa más extraña todavía: cuando en febrero

⁵⁴ Esta importante carta la reproduce Alberto Enríquez Perea en un apéndice de su edición de Reyes, *Diario 1936-1939*, pp. 316-318. En su carta, como ejemplos de las figuras que se podrían invitar a México, Reyes mencionó específicamente a los filósofos Manuel García Morente, Xavier Zubiri y José Ortega y Gasset, al médico e investigador del sistema nervioso Pío del Río Hortega, al filólogo e historiador Américo Castro, al político y diplomático Luis de Zulueta y al antiguo secretario de la Junta para Ampliación de Estudios, José Castillejo, agregando al final que Américo Castro pudiera servir tal vez de enlace con todos los demás mencionados. Por lo visto, a la hora de hacer esta propuesta, Reyes no estaba enterado de la escasa simpatía que García Morente, Ortega y Castillejo sentían ya por la causa republicana. O en todo caso (y al igual que Estrada), actuaba como si no creyera que la adhesión del gobierno mexicano a dicha causa pudiera ser un impedimento para que estas figuras aceptaran una invitación del gobierno de Cárdenas a trasladarse a México.

⁵⁵ Me refiero a las cartas recopiladas en el libro *Testimonios de una amistad. Correspondencia Alfonso Reyes/Daniel Cosío Villegas (1922-1958)*, edición de Alberto Enríquez Perea, El Colegio de México, Ciudad de México, 1999. Sin embargo, sí existe alguna prueba de que Reyes estaba al tanto del proyecto de Cosío: una carta que Gabriela Mis-

de 1937 Reyes intenta intervenir para lograr que su amigo Enrique Díez-Canedo, recién cesado como embajador, en lugar de volver a España se traslade a México, pide ayuda no a Estrada, ni tampoco a Cosío, sino a un tercer amigo y colega, Francisco Castillo Nájera, entonces embajador de México en Washington.⁵⁶ En fin, todo parece indicar que fueron varios mexicanos los que quisieron colaborar en el esfuerzo por salvar a los intelectuales españoles, si bien resulta difícil, en este momento, determinar en qué medida llegaron a intervenir.

Pero conviene recordar que los mexicanos no eran los únicos en percatarse del posible beneficio —más allá de la consideración humanitaria que el asilo suponía para cualquier refugiado— de invitar a los grandes intelectuales y científicos a su país. Hemos visto como el cubano Chacón y Calvo evidentemente hubiera preferido que Menéndez

le dirigió a Reyes el 24 de enero de 1937. La carta le fue entregada en mano por la pintora española Maruja Mallo y decía entre otras cosas lo siguiente: “Ella [Maruja Mallo] le contará un trabajo muy lindo hecho por Cosío con México en bien de gente española. Me ha hecho feliz este logro, pensando en el alivio que llena a diez cabezas de familia que son diez hombres finos que pueden pasar el mar y hallar el trabajo por un tiempo en nuestra tierra. Yo majo todavía en el hierro frío de mis chilenos sin sacar mucho hasta ahora”. En carta del 18 de febrero de 1937, Reyes contestó lo siguiente: “No me sorprende lo bueno que usted me cuenta de nuestro Daniel Cosío: de él no esperaba menos. Dígale que siempre lo recuerdo y que deseo sus noticias directas”. Ambas cartas han sido recogidas por Luis Vargas Saavedra en su edición de *Tan de usted. Epistolario de Gabriela Mistral con Alfonso Reyes*, Hachette/Ediciones de la Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 1991, pp. 107-108. Pero si bien Reyes supo del proyecto de Cosío, el hecho de que Mallo haya terminado en Argentina y no en México, da a entender que dicho proyecto no había arrancado todavía (o que había arrancado sólo con respecto a esas diez anónimas “cabezas de familia”). Puede ser que los españoles en cuestión fuesen unos campesinos que se habían escapado de la masacre cometida por las tropas nacionales en Badajoz en agosto de 1936 y cuya suerte sería recordada por Cosío en sus *Memorias* (pp. 167-168): “De aquella tristemente célebre matanza de Badajoz, escapó una media docena de campesinos, que se hicieron los muertos, y huyeron mientras los soldados franquistas cavaban la inmensa fosa en que arrojaron unos trescientos cadáveres. Los fugitivos llegaron a Lisboa hambrientos, con las ropas desgarradas y los zapatos deshechos. Hubo necesidad de permitirles que se bañaran y afeitaran en la Legación para que pudieran sacarse unas fotos; darles pasaportes mexicanos y una buena dotación de dinero para salir de Lisboa e ir a buscar trabajo en algún pueblo distante”.

⁵⁶ Para el texto de esta conmovedora carta de Reyes, fechada el 6 de febrero de 1937, véase Reyes, *Diario 1936-1939*, pp. 369-370.

dez Pidal alargara su estancia en La Habana en lugar de trasladarse a México. En la correspondencia de Estrada que editamos también figuran cartas de Fernando Ortiz y de Camila Henríquez Ureña que, en sus papeles de presidente y secretaria de la Institución Hispanocubana de Cultura, se dirigen a Estrada en abril y mayo de 1937 para invitar a las autoridades mexicanas a colaborar con ellos en un proyecto destinado a organizar giras de conferencias por los países hispanoamericanos mediante las cuales los intelectuales desamparados por la guerra puedan sostenerse económicamente. En carta del 13 de abril Camila Henríquez Ureña resumió el proyecto así:

Esta Institución ha pensado que sería útil crear una cadena de organizaciones análogas cuyos centros podrían ser Nueva York, la Habana y Buenos Aires en América, y París en Europa, para traer a esas personalidades de manera que pudieran hacer un recorrido escalonado de América. De esa manera podría realizarse una labor más amplia que sería fructífera para ellos y podrían visitar varios países sin grandes costos para cada organización, ya que los gastos de viaje se dividirían entre todas.

Estrada no parece haber respondido con mucho entusiasmo a esta propuesta, tal vez porque era poca la información que podría compartir con sus colegas cubanos o tal vez porque temía perder control sobre esas pocas gestiones que entonces tenía entre manos. En todo caso la propuesta de la Institución Hispanocubana no parece haber prosperado, más allá de las invitaciones extendidas a Menéndez Pidal y a Juan Ramón Jiménez.

Otra iniciativa paralela fue la que el catalán Josep Pijoan le anunció a Estrada en una carta escrita desde Nueva York el 16 de febrero de 1937. Cabe señalar que Pijoan no era un exiliado (o al menos, no un exiliado como los demás), ya que se había marchado del país en 1912 para emprender una exitosa carrera universitaria tanto en Canadá como en Estados Unidos. Es decir, si bien se preocupaba por la suerte de sus paisanos, su propia situación personal y profesional era muy distinta. Después de mencionar el trabajo que hacía entonces en cola-

boración con los cuáqueros por amparar a los españoles que se habían visto obligados por la guerra a mudarse de Madrid a Valencia, le comentó a Estrada lo siguiente: “ahora pienso ver de constituir una comisión para centralizar los esfuerzos que se están haciendo aquí y en Europa para dar colocación a los que han escapado y tendrán que escapar de España”. Para promover esta iniciativa anunció contar con la ayuda de dos o tres hispanoamericanos, pero sobre todo con la de Federico de Onís y María de Maeztu, en Nueva York, con la de Jose Castillejo, en Londres, y con la de Marañón, en París. Entre estos nombres figuran tres —Maeztu, Castillejo y Marañón— que corresponden a personas que, como Menéndez Pidal, habían tomado la decisión de distanciarse por igual de ambos bandos enfrentados en la guerra. Y esto, desde luego, no era un aspecto casual de la propuesta. O en todo caso, no lo era para el propio Pijoan, quien en su carta a Estrada no escondió el hecho de que el rechazo que sentía hacia Franco sólo tenía su igual en el odio que guardaba para el presidente de la República española, Manuel Azaña:

Para mí es inevitable que Franco se impondrá con un régimen autoritario reaccionario: quema de libros, destierro, ejecuciones etc. A mí no creo que esto me perjudique porque yo coincido con Franco en odiar a los que nos han traído esto, los que malbarataron dos generaciones de esperanzas en cinco años de república constitucional —parlamentaria— a lo siglo XIX. De todos modos, daría mi vida para que ganara el pueblo —la morralla— los de abajo, pero si tengo que ver a [Manuel] Azaña entrar en Madrid en un coche triunfal tirado por chulos, prefiero [a] Franco.

En vista del apoyo incondicional que el gobierno mexicano prestaba a la República española, por no decir nada del profundo sentir republicano del antiguo canciller, resulta entendible que Estrada, que sí ayudó a Pijoan a hacer su viaje a México, no haya querido colaborar en un proyecto impulsado por un colega poseído por tanta animosidad hacia Azaña.

En su carta a Gabriela Mistral del 19 de febrero de 1937 Federico de Onís tal vez se refirió a esta misma iniciativa cuando, después de comentar las recientes gestiones de Cosío en Lisboa, comunicó lo siguiente:

Se va a constituir aquí un comité que se va a ocupar de este asunto. Si usted me mantiene informado de lo que usted y sus amigos van haciendo en Hispanoamérica y de lo que sepa acerca de los emigrados españoles, podríamos resolver de común acuerdo los casos individuales. Yo a mi vez la mantendré a usted informada de lo que hagamos aquí.⁵⁷

Si se llegó a formar este comité (con o sin Gabriela Mistral), no lo sabemos; en todo caso, ni Cosío ni Estrada parecen haber cruzado correspondencia entonces con ninguna de las personas que Pijoan relaciona con esa propuesta (María de Maeztu, Castillejo, Marañón y Onís). Lo cual no significa que Federico de Onís, por ejemplo, no haya seguido dedicando tiempo y esfuerzo a ayudar a los exiliados desde su cátedra en Nueva York.⁵⁸

Desde luego, las universidades de los Estados Unidos tenían mucho que ofrecer —en cuanto a recursos y condiciones de trabajo— a los intelectuales españoles que buscaban establecerse en el Nuevo Mundo. Y en ese sentido constituían un poderoso rival con que el gobierno de México (y sobre todo un ciudadano mexicano como Estrada, hablando en nombre propio) difícilmente iba a poder competir. Puesto a escoger entre la invitación mexicana y la de la Universidad de Columbia, Menéndez Pidal, como hemos visto, no dudó en escoger ésta. Asimismo, pese al indudable atractivo que México llegó a ejercer sobre él, Pedro Salinas también optó por seguir trabajando

⁵⁷ Arrigoitia, art. cit., p. 44.

⁵⁸ Gabriela Mistral también parece haber seguido prestando ayuda a los españoles desamparados por la guerra civil. Se sabe, por ejemplo, que al publicar su poemario *Tala* (1938), destinó todas las regalías a socorrer a los niños vascos víctimas de los bombardeos. También intentó ayudar a los numerosos intelectuales que, al finalizar la guerra, terminaron en campos de concentración en el sur de Francia.

en su colegio de Nueva Inglaterra. Lo curioso es que el propio Onís no veía la situación en estos términos. Según insistió en su carta a Mistral del 19 de febrero de 1937:

Aquí se está haciendo bastante para ayudar a los españoles emigrados y se hará mucho más. Por eso podremos cooperar con usted en su labor. Algunos han encontrado ya y otros seguirán encontrando acogida aquí; pero muchos otros tendrán la dificultad del idioma y su única posibilidad será la de Hispanoamérica. Además considero deseable que vayan a Hispanoamérica preferiblemente todos los que puedan encontrar acogida allí. Así esta emigración de intelectuales puede servir para que los españoles empiecen a conocer a América y salgan de un aislamiento que tanto daño nos ha hecho a todos.⁵⁹

Onís sin duda tenía razón en subrayar la importancia del idioma para un exiliado, sobre todo si se trata de un poeta o escritor para quien su lengua es el instrumento mismo de su trabajo. También hizo bien en señalar la conveniencia de que sus paisanos conocieran la cultura de Hispanoamérica (como es sabido, era poco menos que escandalosa la ignorancia en que muchos de ellos vivían con respecto a un mundo con el que España estaba unido por estrechísimos vínculos históricos). Pero al leer estos renglones uno no puede dejar de preguntarse si no fueron escritos por alguien que se preocupaba, más que nada, por la avalancha de exiliados que temía fueran a llegar, tarde o temprano, a su puerta en Nueva York. ¿Cómo iba a poder ayudar a todos ellos? La opinión de Onís resultaría profética, porque, en efecto, les iba tocar a los países hispanoamericanos, y sobre todo a México, absorber la mayor parte de la gran ola de intelectuales españoles que, al finalizar la guerra, se volcaría sobre el Nuevo Mundo.

Hace poco, en un lúcido ensayo sobre el poeta Juan José Domenchina y sus vínculos con La Casa de España en México, Amelia de Paz criticó cierta tendencia a mitificar la historia del exilio español, a ele-

⁵⁹ Arrigoitia, loc. cit.

var elogios incondicionales a todo cuanto se hizo en su nombre. “La hora de la complacencia narcisista”, insistió, “ha pasado”.⁶⁰ El señalamiento resulta muy oportuno. En el caso de La Casa de España no cabe duda de que el asilo que el gobierno mexicano ofreció a unos cuantos intelectuales españoles no fue enteramente desinteresado: México inevitablemente ganaría algo (o incluso mucho) con la llegada de figuras de prestigio internacional como las que terminaron por arraigarse aquí. También es cierto que algunos de los propósitos perseguidos por los que ofrecieron el asilo —como el de atraer a México a todo el personal del Centro de Estudios Históricos— fracasaron rotundamente. Pero si no todo salió como estaba previsto, no por ello debemos menospreciar lo que hubo de positivo en este episodio. A fin de cuentas, los anfitriones supieron reaccionar con inteligencia e imaginación a los reveses que sufrieron, promoviendo la creación de una institución que, si bien distinta de lo que en algún momento anticipaban, de todos modos rindió frutos importantes. Las figuras clave de esa iniciativa, como ya han señalado Lida y Matesanz, fueron Cosío y Reyes. Pero como he querido indicar aquí, de haber vivido un par de años más, Genaro Estrada seguramente hubiera figurado al lado suyo como otro de los protagonistas de esta importante historia.

⁶⁰ Amelia de Paz, art. cit., p. 376.

III
CORRESPONDENCIA DE GENARO ESTRADA
(FEBRERO-AGOSTO DE 1937)

Los originales de la mayor parte de las cartas que se editan a continuación se conservan en el Archivo de Genaro Estrada (AGE), en la Biblioteca “Genaro Estrada”, de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México. Es el caso de las cartas enviadas a Estrada por Moreno Villa, Gómez de la Serna y Menéndez Pidal. También se conservan allí las dos cartas enviadas a Estrada por José María Chacón y Calvo, así como el borrador de alguna carta que Estrada enviara a Ramón Menéndez Pidal. En algún momento, y por razones que desconozco, otras cartas de esta misma correspondencia fueron depositadas en el Archivo Histórico de El Colegio de México (AHCM), donde se conservan hoy, junto con fotocopias de algunas cartas ya mencionadas del AGE. Es el caso de las cartas a Estrada de Camila Henríquez Ureña, Juan Ramón Jiménez, Fernando Ortiz, José Pijoan, Luis Recasens Siches y Pedro Salinas. Las cartas que Estrada envió a Moreno Villa se conservan en el Archivo Moreno Villa de la Residencia de Estudiantes, en Madrid. Las que envió a Salinas, en la Biblioteca Houghton, de la Universidad de Harvard. Las que envió a Menéndez Pidal, en la Fundación Ramón Menéndez Pidal, en Madrid, donde llevan las siguientes siglas: AEP EO25002, AEP EO25003, AEP EO25004, AEP EO25005, AEP EO25006, AEP EO25007 y AEP EO25008.

Salvo indicación al contrario, se reproduce el texto completo de todas las cartas que conforman esta correspondencia. Las dos cartas cruzadas entre Estrada y Juan Ramón Jiménez fueron reproducidas por Ángel Crespo en su edición del libro de Jiménez, *Guerra en España*, Seix Barral, Barcelona, 1985 (pp. 153-154); en el caso de la carta que Estrada envió a Juan Ramón Jiménez el 27 de marzo de 1937, he seguido el texto establecido en dicha edición; para el texto de la respues-

ta de Jiménez del 20 de abril, he seguido el original, que se conserva en el AHCM. Para el texto de las cartas cruzadas entre Estrada y Alfonso Reyes, he seguido la edición publicada por Serge I. Zaitzeff, *Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada. III. 1930-1937*, El Colegio Nacional, México, 1994. Todas las demás cartas son inéditas. Al reproducir los textos he uniformado la manera de indicar la fecha de cada carta; he completado la mayoría de las abreviaturas (Ud./usted, Sr./señor...), salvo en los encabezados; también he suplido algún signo de puntuación cuando me parecía indispensable hacerlo; en cambio, he respetado la decisión de cada autor de escribir “México” o “Méjico” según su criterio (un criterio que a veces varía, incluso en una misma carta). Las notas a pie de página proponen ampliar o completar la información ya ofrecida en los capítulos anteriores.

I. *Carta manuscrita de José Pijoan a Genaro Estrada.*

384 Central Park West
Nueva York — 16 de febrero de 1937

Sr. D. G. Estrada
Mexico City

Querido D. Genaro: Yo también he pensado mucho en usted. Le escribí hace meses, se me devolvió la carta —acaso las señas no iban bien— ¡Qué suerte que esta catástrofe no le haya encontrado a usted en España!

Concretando: yo daba en Chicago todos los años un curso de tres meses porque *Summa artis* me obligaba a viajar. Este año terminé mi curso a primeros de enero y me vine aquí donde tenemos un *pied-à-terre* para organizar el Quaker-Relief socorro para los refugiados de Madrid en Valencia.⁶¹ En esto estoy trabajando y ahora pienso ver de constituir una comisión para centralizar los esfuerzos que se están haciendo aquí en Europa para dar colocación a los que han escapado y tendrán que escapar de España. Para mí es inevitable que Franco se impondrá con un régimen autoritario reaccionario: quema de libros, destierro, ejecuciones etc. A mí no creo que esto me perjudique porque yo coincido con Franco en odiar a los que nos han traído esto, los que malbarataron dos generaciones de esperanzas en cinco años de república constitucional —parlamentaria— a lo siglo XIX. De todos modos, daría mi vida para que ganara el pueblo —la morralla— los de abajo, pero si tengo que ver a [Manuel] Azaña entrar en Madrid en un coche triunfal tirado por chulos, prefiero [a] Franco.

⁶¹ José Pijoan (1880-1963) era director de *Summa artis. Historia general del arte*, una vasta obra enciclopédica que finalmente abarcaría unos cincuenta tomos, si bien la autoría de los primeros volúmenes la había compartido con Manuel Bartolomé Cossío (1857-1935), el gran especialista en la obra de El Greco. Sobre la ayuda prestada a los refugiados españoles por la Sociedad de Amigos (una agrupación religiosa por la que Pijoan sentía especial aprecio), véase Farah Mendlesohn, *Quaker Relief Work in the Spanish Civil War*, Edwin Mellen Press, Lewiston / Lampeter, 2002.

Volviendo a nuestro asunto: Onís me dijo que la Mistral le había escrito desde Lisboa que Cárdenas había ofrecido aceptar diez profesores españoles con un sueldo de 1000 pesos al mes.⁶² ¿Será un sueño de la Mistral? Se lo digo a usted en confidencia, pero desearía que me precisara lo que ustedes pueden absorber de intelectualidad española. Un profesor de lógica de la Univ[ersidad] de Barcelona, Joaquín Xirau Palau, educado en Oxford, muy liberal y fino, tendría que escapar si gana Franco.⁶³ Otros así hay por Londres y París.

Naturalmente que, queriendo yo a México y a la América Latina tanto o más que a España, desearía que esta diáspora fuera sobre todo para beneficio de ustedes. No vaya a ocurrir lo que ocurre con los escapados alemanes, que muchos no tienen otro mérito que el de ser judíos y les ha venido muy bien la dispersión. Sin ella nunca habrían medrado en Alemania.⁶⁴ Además, ustedes tienen que evitar dos tipos, los ya tan caracterizados e indeformables, que se tomarían a México como otra calamidad, una *déchéance*, que tienen que aceptar como una jugarreta que les ha hecho el destino, y se encontrarían siempre mal, encontrando malo el pulque, las tortillas, los sombreros, el indio etc., y los inaprovechables, porque no tienen nada que dar. Estos últimos serían legión. No quiero señalar a nadie, pero los tienen ya entre los emigrados españoles en México. Si se sabe encauzar esta dispersión española, puede hacer mucho bien a América. ¿Quiere usted colaborar con nosotros? *Nosotros*, será Castillejo desde Londres, Marañón en París, Onís y yo desde aquí, con María de Maeztu que llega para Bar-

⁶² El filólogo Federico de Onís (1885-1966) hizo sus estudios de doctorado en Madrid bajo la dirección de Menéndez Pidal. También colaboró en el Centro de Estudios Históricos desde su fundación en 1910. En 1916 fue nombrado profesor de literatura española en la Universidad de Columbia, Nueva York, puesto que conservó (con alguna interrupción) hasta su jubilación en 1954. Desde esta cátedra ayudó a un buen número de intelectuales exiliados a instalarse en universidades estadounidenses.

⁶³ En 1939 el filósofo catalán Joaquín Xirau Palau (1895-1946) sería invitado, en efecto, a ser miembro fundador de La Casa de España en México. Sus publicaciones incluirían *Amor y mundo* (1940), *La filosofía de Husserl* (1941) y *Cossio y la educación en España* (1945).

⁶⁴ Si bien en febrero de 1937 pocos estaban enterados de las verdaderas dimensiones del Holocausto, este comentario sobre los judíos alemanes resulta, desde luego, lamentable.

nard College. Acaso Sanin Cano, Chacón Calvo, el doctor Avelino Gutiérrez etc.⁶⁵

Por fin mi ida a ésa. Me escribió Orozco y el señor González Porto, que trabajaban para que me invitaran.⁶⁶ Yo he deseado siempre ir a México. Hubiera preferido ir cuando los mexicanos están solos, pero dudo se pueda arreglar antes de la sesión de verano y en otoño he de ir a Chicago. Después si las cosas se arreglan algo, iré a España, acaso a Madrid. — Me ofrecía pues a estos tres para ir en estas condiciones:

Billetes desde la frontera a México, ida y vuelta, para mi mujer y yo. Siempre vamos juntos.

1000 dólares para el viaje hasta la frontera y nuestra estancia allí.

⁶⁵ José Castillejo (1877-1945), antiguo secretario de la Junta para Ampliación de Estudios, se había refugiado en Inglaterra, donde pasaría la mayor parte de su exilio: guardaba, cuidadosamente, la misma distancia frente a los programas políticos de los dos bandos. Gregorio Marañón (1887-1960), que había acompañado a Menéndez Pidal al marcharse éste de España en la Navidad de 1936, mostraba una actitud muy crítica ante el gobierno de la República, tal y como hemos tenido ocasión de señalar. En los primeros días de la guerra civil María de Maeztu (1881-1948) fue removida de su puesto como directora de la Residencia de Señoritas por el gobierno de la República, mientras que el posterior fusilamiento de su hermano Ramiro sólo agravó su repudio de la causa republicana; pero ya que tampoco estaba bien vista por los franquistas, quienes tenían muy presente su vinculación con la Institución Libre de Enseñanza, tuvo que irse de España, exiliándose primero en Estados Unidos y después en Buenos Aires. El colombiano Baldomero Sanín Cano (1887-1960) era un escritor cosmopolita y políglota que había sido nombrado diplomático en Europa por la Sociedad de Naciones. El filólogo José María Chacón y Calvo (1892-1969), que trabajó con Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos en los años veinte (hospedándose por cierto en la Residencia de Estudiantes), era ahora director general de Cultura de su país. El médico de origen español Avelino Gutiérrez (1864-1946) pasó la mayor parte de su vida en Argentina, donde desarrolló una importante carrera como cirujano; fue también fundador de la Institución Cultural Española, mediante la cual, a partir de 1912, comenzó a efectuar generosas donaciones de dinero destinadas a fomentar la investigación científica en España y las actividades en general de la Junta para Ampliación de Estudios.

⁶⁶ Pijoan probablemente se refiere, por un lado, al pintor y muralista mexicano José Clemente Orozco (1883-1949), cuya carrera había ayudado a promover en Estados Unidos, y por otro, al librero español José María González Porto (1896-1975), que había emigrado a Cuba y a México mucho antes de la guerra civil y que en ese año de 1937 fundaría la Unión Tipográfica Editorial Hispano-Americana (UTEHA).

Dar un curso de *Experiencias artísticas del pueblo español*. 18 conferencias monográficas en seis semanas de 1 ½ o dos horas (3 por semana) y dos horas de entrevistas con alumnos por semana. Vea usted lo que hay. Y escríbame sobre todo esto, que se lo agradecerá mucho su afectísimo.

José Pijoan

2. *Carta manuscrita (tinta roja sobre papel amarillo) de Ramón Gómez de la Serna a Genaro Estrada con el membrete: Ramón Gómez de la Serna (Buenos Aires) Victoria I, 970/ Teléfono 47-4775.*

[*Sin fecha: ¿marzo de 1937?*]

Señor Genaro Estrada.

Mi querido y admirado amigo: aquí me tiene a su disposición en Buenos Aires a salvo de lo que sucede en España y que los espíritus como el mío tienen que ver en perspectiva pues de momento no teníamos que hacer nada en el cepo terrible de Madrid.

He estado mucho con nuestro gran Alfonso Reyes y con él he hablado ponderativamente de usted. Vamos a ver si otra vez volvemos a formar corro intelectual con intercambio de nuestros hallazgos.⁶⁷

Necesito más que nunca entrar en el engranaje de la nueva España, del movimiento intelectual mexicano.

Espero poder vivir aunque a veces paso por dudas grandes porque lo perdí todo. El ánimo es mucho y las esperanzas de colaboraciones y editores lo mantienen.

Envíeme las cosas que publique pues me encantará seguir leyéndole.

Con el recuerdo de aquellos días mejores le abraza su admirador y amigo

RAMÓN

Muchos recuerdos a los amigos y compañeros de por ahí.

⁶⁷ Alfonso Reyes y Ramón Gómez de la Serna habían coincidido en España durante los diez años que el mexicano pasó en Madrid (1914-1924). Reyes asistió, de hecho, a la tertulia que entonces presidía Gómez de la Serna en el café Pombo. De la admiración que los dos escritores se tenían dan fe, por ejemplo, el hermoso ensayo de Reyes, "Ramón Gómez de la Serna", que data de enero de 1918 y que se recoge en el segundo tomo de sus *Simpatías y diferencias* (edición de Antonio Castro Leal, Porrúa, Ciudad de México, 1945, pp. 68-79), así como los párrafos que el español le dedica al mexicano en su libro *Pombo* (Imprenta Mesón de Paños, Madrid, 1918). Es muy probable que Gómez de la Serna también haya formado "corro intelectual" con Estrada durante los años en que éste era embajador de México en España (1932-1934).

3. *Carta manuscrita (tinta roja sobre papel amarillo) de Ramón Gómez de la Serna a Genaro Estrada con el membrete: Ramón Gómez de la Serna (Buenos Aires) Victoria I, 970/ Teléfono 47-4775.*

Marzo de 1937

Sr D. Genaro Estrada

Mi querido y admirado amigo: muchas gracias por todos los ofrecimientos que hay en su carta porque sé que son verdaderos ya que en usted distinguí además de un artista verdadero un hombre lleno de verdad.

Alfonso Reyes estaba también en gestiones para que yo colaborase en *El Universal*,⁶⁸ pero ayer me dijo que le habían devuelto la carta que escribió porque no habían encontrado al destinatario y ahí el correo es rígido en eso. Espero que su nueva carta consiga esa colaboración en un periódico de Méjico que tan necesaria me es.

¿Viajar hacia el ideal Méjico? ¡Con cuánto gusto iría pero estoy atemorizado y acurrucado en esta plaza, maltrecho después de haberlo perdido todo en España —libros, objetos, tertulias, porvenir— sin querer casi salir a la calle!

Escribo mucho, escribo como no he llegado a escribir nunca, y eso que allí conocí jornadas de veinte horas.

¿Por qué usted que es tan viajero no viene por aquí? En la falta de paz que hay en el mundo éste es un remanso que merece concursar para ganarlo.

Como yo no estoy a las resultas de que ganen unos u otros sino que me he retirado de España por la atmósfera de crimen sobrante y excesivo en que ha incurrido, pienso quedarme en América muchos años y he de ascender hacia Méjico en cuanto pueda y espero mucho de la afinidad espiritual que han de conseguir mis conferencias.

Si en el entretanto surge algo práctico yo haría sobre temas completamente nuevos artículos absolutamente exclusivos y baratos. Muy agradecido le abrazo con honda fraternidad espiritual su admirador y amigo

RAMÓN

⁶⁸ Desde su creación en octubre de 1916 el periódico *El Universal* se había mantenido independiente de los sucesivos gobiernos de la República mexicana.

4. *Carta mecanografiada de Genaro Estrada a Ramón Menéndez Pidal con firma autógrafa y con el membrete: Avenida de Sierra Madre 135/Lomas de Chapultepec.*

15 de marzo de 1937

Excmo. Sr. D. Ramón Menéndez-Pidal
Habana

Mi distinguido y admirado amigo:

He tenido conocimiento de que usted se halla ahora en la Habana, ocupado en conferencias de su especialidad. Y pienso que estando tan cerca de México no sería posible desaprovechar una tan buena oportunidad de que usted viniese.

Aquí hallará usted mucho de lo que necesita su espíritu en estos momentos, en espera de reintegrarse a sus amados sitios de la carretera el Zarzal y de Medinaceli 4.⁶⁹ Incluso amigos amantes del estudio y disciplinados, que le ofrecerían el ambiente tan grato a sus trabajos e investigaciones. Y, de añadidura, sitios agradables y silenciosos donde podría usted continuar, en lo posible, sus predilectas labores.

Además, no necesito recordárselo, México es el mejor antecedente y la más rica fuente de la historia de España en América. Usted y nosotros saldríamos beneficiados con este conocimiento directo.

¿Podría yo ocuparme en hacer algo en este sentido, si fuere necesario? Dígame usted con fiadamente y mande en lo que quiera a su amigo y devoto admirador,

Genaro Estrada

⁶⁹ Menéndez Pidal había construido su casa en el Olivar de Chamartín, que estaba entonces en las afueras de Madrid. La dirección era Cuesta del Zarzal, 23. En el mismo lugar también construyeron sus casas, entre otros, el secretario de la Junta para Ampliación de Estudios, José Castillejo, el científico Ignacio Bolívar y el poeta y filólogo Dámaso Alonso. La calle Duque de Medinaceli 4, en Madrid, fue la dirección de la última sede del Centro de Estudios Históricos.

5. *Carta manuscrita de José Pijoan a Genaro Estrada.*

384 Central Park West
Nueva York 19 de marzo de 1937

Querido Don Genaro:

Recibí su carta y me llegaron efectivamente dos de las autoridades académicas de allá: una del señor Lic. Enrique Díaz de León y otra creo del señor Rector de la Universidad,⁷⁰ invitándome muy cortésmente para que vaya a México para un curso de Estética. Me ofrecen 1000 pesos mexicanos por mes, más mi viaje de Nueva York a la capital. Contesté agradecido, pero como viajo siempre con mi mujer (*¡mi función es viajar*, diría Giner!), si voy a México con ella debo pagar este pasaje extra que son casi 200 [dólares]. (116 del tren, ida y vuelta, *no demorando más de un mes*, y 57 de Pullman). En otras circunstancias hubiera yo puesto con gusto esta partida, pero ahora no puedo materialmente gastar 200 para ir a México ya que los 1000 pesos mexicanos bien se irán con nuestra estancia allí. Comunicué esto a los señores que me invitaban y así están las cosas. Después recibí la carta de Orozco en la que venía el siguiente párrafo: “El escritor español M. Domingo que ahora está aquí ha dicho confidencialmente que usted había hecho manifestaciones en favor de los rebeldes. —Ya ve que no han hecho caso”.

Usted por mis artículos conoce de sobra mi temperamento radical y más republicano que el de nuestros *revolucionarios*. A más Domingo oyó las únicas manifestaciones públicas que yo he hecho en estos meses de guerra que fueron cuando él vino a Chicago y allí hablé como *uno del pueblo*, de los nuestros, casi de los suyos. Claro está que yo no desearía que después de esta tragedia volviéramos a la República que usted

⁷⁰ El zacatecano Enrique Díaz de León (1893-1937) había sido rector de la Universidad de Guadalajara (1925-1928); en ese momento era presidente del Consejo Nacional de la Educación Superior y de la Investigación Científica de México. El rector de la Universidad Nacional Autónoma de México era el jurista Luis Chico Goerne (1892-1960).

vio y yo condené cuando aún estaba en funciones de ministro el tal Domingo.⁷¹

Por todo esto se me ocurre que acaso sería mejor que yo viniera durante la sesión de verano. Habrán pasado unos meses más, lo de España se habrá probablemente resuelto y lo del presupuesto será más fácil de acomodar. Se me ha ocurrido que podrían invitar también a Menéndez Pidal que está afuera en la Habana (c/o Fernando Ortiz) y ambos hacer una sesión monstruo, yo con un curso de arte español (las experiencias estéticas de la gente española) y él de literatura castellana. Vendría medio E[stados] U[nidos]. Pero si los señores que me han invitado prefieren que venga para los mexicanos solos, me pondré enseguida en camino. Aclare usted todo esto; sea usted el diplomático culto, cultural que ha sido siempre para este su amigo.

J. Pijoan

⁷¹ El maestro y político español Marcelino Domingo (1884-1939) fue uno de los fundadores del Partido Republicano Radical Socialista (1929), organización que posteriormente se fusionó con otras de afiliaciones afines para conformar Acción Republicana (1934). El último cargo que Domingo ocupara fue el de Ministro de Instrucción Pública en el gobierno de Manuel Azaña (de febrero a mayo de 1936). En 1937 emprendió una gira por varios países del mundo en una misión encaminada a promover la causa de la República española.

6. Carta mecanografiada de Ramón Menéndez Pidal a Genaro Estrada con firma autógrafa en papel que lleva el escudo de la República de Cuba y el membrete: República de Cuba/Secretaría de Educación.

La Habana, 25 de marzo de 1937

Excmo. Sr. D. Genaro Estrada
Av. de Sierra Madre —135
Lomas de Chapultepec
México, D.F.

Muy distinguido amigo: Su carta tan afectuosa para mí, tan deseosa de aliviar mi emigración con trabajo útil, compañía grata y sitios atractivos, me obliga a pensar en lo que, dada mi enorme pereza para los viajes, había descartado en los planes que aquí me proponían disponer. Yo quería regresar pronto a Francia: pero me voy haciendo a la idea de que debo tomar algún otro rumbo de los que me indican en estos países vecinos. Por de pronto ya prolongué mi estancia en Cuba un mes más, hasta fin de abril. Después no sé lo que haré de mí.

Pues usted tan bondadosamente se ofrece a pensar en mi posible ida a México, ¿quiere usted decirme qué es lo que yo podría hacer ahí y en qué tiempo?

Me habla usted además de estudios propios que yo podría hacer. Si lograra encontrar algún filón breve que seguir con fruto, gran descanso sería para el espíritu.

En fin, muy cordialmente agradecido a su interés, queda siempre de usted amigo y admirador,

Ramón Menéndez Pidal

7. *Carta mecanografiada de Genaro Estrada a José Moreno Villa con firma autógrafa y con el membrete: Avenida de Sierra Madre, 135/Lomas de Chapultepec.*

México, D.F. 26 de marzo, 1937⁷²

D. José Moreno Villa
Washington

Querido Moreno Villa: Me han llegado noticias de que se halla usted en Washington, comisionado en la embajada española. Y allá le dirijo esta carta, con la esperanza de hallarle.

Ya está muy cerca (esto con la relatividad de las distancias de América), muy cerca de México y ya es tiempo, amigo mío, de que venga usted. — Aquí encontrará usted la España en paz. Lo supongo movilizado allí como podría estar en Budapest. Aquí es otra cosa: ambiente, comprensión, simpatía para el momento en que vive España. Estoy seguro de que aquí sería más provechosa para la causa española la estancia de usted: conferencias, ambiente, simpatía, calor fraternal, entendimiento inmediato. Sería suficiente la conversación. Con que ¡sus! a nosotros. Convenza usted a quien corresponda; hable con [Fernando] de los Ríos⁷³ y a México. Hallará su rincón de la calle del Pinar, su chopo aquel y su medio habitual.⁷⁴ En Washington hacen falta ahora otra clase de comisionados: expertos en armas, finanzas, géneros alimenticios, etc.

⁷² Escrito verticalmente en el margen izquierdo, y en letra de Moreno Villa, se lee lo siguiente: “Contestada el día 2 de Abril”.

⁷³ Formado en la Institución Libre de Enseñanza, Fernando de los Ríos (1879-1949) fue profesor de derecho en la Universidad de Granada, antes de iniciar una exitosa carrera política que lo llevaría a ocupar las carteras de Justicia y de Instrucción Pública y Bellas Artes durante la Segunda República. Desde finales de 1936 era embajador de España en Washington.

⁷⁴ Estrada alude aquí a la Residencia de Estudiantes, de la calle del Pinar, de Madrid. El lugar donde está construida la Residencia lo había bautizado Juan Ramón Jiménez “La colina de los chopos”. Moreno Villa vivió allí (con algunas interrupciones) desde 1917 hasta los primeros meses de la guerra civil. Evocaría esos años con mucha nostalgia en su autobiografía *Vida en claro* (1944).

Y no me deje sin saber algo de nuestros amigos de España. Estoy con muy pocas noticias de ellos; de algunos, sólo la profunda decepción de saberlos desorientados: ya ve usted: [Gregorio] Maraión, [Salvador de] Madariaga⁷⁵... ¡qué pena!

De tarde en tarde recibo alguna revista del frente, algún folletito: supongo que me los envía [Rafael] Alberti. Se necesitaría mucho material, que aquí puedo distribuirlo profusamente. He escrito recientemente a D. Ramón Menéndez Pidal, que se halla en la Habana, para que venga a México. También voy a escribir a [Juan Ramón] Jiménez., suponiéndole en la Habana. ¿Qué estarán haciendo allí estos dos hombres entre ruidos de rumba y maraca? Quisiera saber de algunos: Almagro, Alonso, Aleixandre, Altolaguirre, Baeza, Cernuda, de Cossío, Diego, Guillén, Marichalar, Obregon, Oliver, Quiroga Pla, Salinas, Torre... de todos.⁷⁶ Gómez de la Serna me ha escrito de Buenos Aires que quiere venir a México. Yo le he dicho que venga, que aquí hallará colaboraciones en la prensa. [Américo] Castro está allá también, según leo en la prensa argentina. Maraión había solicitado venir; todo se le arregló bien; pero ahora supongo que después de sus declaraciones, habrá desistido.⁷⁷ Zulueta tenía algo aquí; pero después dijo que no podría venir y sabemos que se ha decidido por Colombia (?). Todos ustedes

⁷⁵ Poeta y ensayista políglota, profesor de la Universidad de Oxford, funcionario de la Sociedad de Naciones, embajador en Francia, Salvador de Madariaga (1886-1978) fue también ministro de Justicia y de Instrucción Pública durante la segunda República. Aunque rotundamente opuesto al franquismo, era también enemigo del socialismo marxista y veía con recelo las iniciativas más revolucionarias del gobierno de la República.

⁷⁶ Los poetas Rafael Alberti (1902-1999), Dámaso Alonso (1898-1990), Vicente Aleixandre (1898-1984), Manuel Altolaguirre (1905-1959), Luis Cernuda (1902-1963), Gerardo Diego (1896-1987), Jorge Guillén (1893-1984) y Pedro Salinas (1891-1951) son, todos ellos, figuras conocidas de la Generación del 27. Por su edad pertenecen a la misma generación los críticos Melchor Fernández Almagro (1893-1966), Ricardo Baeza (1890-1956), José María de Cossío (1893-1977), Antonio Marichalar (1893-1973) y Guillermo de Torre (1900-1971), el novelista Antonio de Obregón (1910-1985) y los poetas Antonio Oliver Belmás (1903-1968) y José María Quiroga Pla (1902-1955).

⁷⁷ Ramón Gómez de la Serna había llegado a Buenos Aires a finales de septiembre de 1936; Américo Castro, un mes más tarde. No se conserva ninguna correspondencia con Gregorio Maraión en el archivo de Genaro Estrada.

estarían tan bien aquí... Recuerden que aquí estoy, por si hubiere algo que hacer. Venga, pues, Pepe Moreno Villa; tendremos tertulia permanente.

Le envía un cordial abrazo su amigo

Genaro Estrada

8. Carta de Genaro Estrada a Juan Ramón Jiménez con el membrete: Avenida de Sierra Madre, 135/Lomas de Chapultepec.

México, 27 de marzo de 1937

Sr. D. Juan Ramón Jiménez
Habana

Mi ilustre y buen amigo:

Tengo noticias de que usted se halla ahora en La Habana y, es natural, estando ya tan cerca de este México, quisiera saber si usted se ha decidido a venir entre nosotros. Sus amigos estamos deseosísimos de verle aquí. ¿Se podría hacer algo para lograrlo? Venga, querido Jiménez. Aquí hallará usted el calor, la simpatía y el ambiente de nuestra ahora desventurada España. Y un rincón amable en donde pueda usted hallarse en paz. Y dar, si quiere, conferencias, lecturas. También me he dirigido a nuestro amigo Menéndez Pidal, sugiriéndole la visita a México.

Espero sus noticias favorables; quisiera saber algo de usted. Apenas si me llegan ahora, de cuando en cuando, noticias de nuestros amigos de España. Recuerde usted que México es sitio para ustedes, en ésta y cualesquiera circunstancias.

Cordialmente le saluda su amigo y admirador afectísimo

Genaro Estrada

9. *Carta manuscrita de José Moreno Villa a Genaro Estrada con el membrete: Spanish Embassy /Washington.*

Was[hington] 2 de abril de 1937

Querido Estrada: Qué maravillosa carta la suya, qué maravillosa es la amistad. Lo que debería ser corriente resulta que es insólito y, por eso mismo, maravilloso. Si yo pudiera en este momento seguir lo que me dicta el impulso saldría para México. Pero no puedo dar ese paso sin contar con el Gobierno como usted mismo dice y me parece prematuro cambiar de plan cuando aún no he comenzado aquí mis conferencias. Hasta ahora no he hecho más que una exposición de dibujos y litografías de guerra, en la Embajada. Y es el 11 cuando voy a Princeton a hablar y luego a Nueva York hasta el 20. Pienso regresar entonces a Washington, pero no sé si se alterará el programa. De todos modos usted puede escribirme a [mi dirección] aquí, a la Embajada. Desde luego creo que mi situación ahí sería más eficaz que aquí, donde estoy sin el arma de la palabra. En fin, ya veremos si hay manera de convencer al Subsecretario de mi traslado a México. La gira mía de todos modos era para 6 meses, es decir, hasta julio.

De los amigos diré que Almagro estaba en una embajada en Madrid, refugiado. No sé en cuál. Alonso, en Valencia. Aleixandre, en Madrid (no sé en qué domicilio). Altolaguirre, actuando primero en Valencia y ahora en París. Baeza, en el Ministerio de Estado. Cernuda, en París. Cossío, no sé. Diego, en Francia. Guillén, en Sevilla. Marchalar, en París, y contrario. Obregón, no sé. Quiroga, en Valencia, enfermo. Salinas en Wellesley College, *Wellesley, Mass.*

Repitiéndole mi más profundo agradecimiento por su cordial invitación, reciba un fuerte abrazo de

J. Moreno Villa

10. *Carta mecanografiada de Genaro Estrada a Ramón Menéndez Pidal con firma autógrafa y con el membrete: Avenida de Sierra Madre, 135/Lomas de Chapultepec.*

México, 4 de abril de 1937

Excmo. Sr. D. Ramón Menéndez Pidal
Habana

Mi muy admirado y buen amigo: He estado en constante comunicación con todo lo relacionado al viaje de usted a México, moviendo y promoviendo todo lo que se relacione con la venida de elementos españoles y el señor Díaz de León me ha mostrado el mensaje respuesta de usted a la invitación oficial que se le dirigió. Para mí es esencial y fundamental la presencia de usted aquí, en el plan que está en desarrollo, porque necesitamos de su consejo y dirección en todo lo que en seguida le refiero. —El sábado reuní al señor Díaz de León y al señor Zavala (a quien usted recordará: hace poco colaborador en el Centro de Estudios Históricos),⁷⁸ con el Director del Banco de México, quien nos ha ofrecido su apoyo en la parte económica. Pues bien, mi proyecto es el de organizar aquí una labor semejante a la realizada en España, con algunas gentes de buena voluntad, para una institución de cultura, con el espíritu de la Institución Libre y sus consecuencias de los institutos de la calle de Medinaceli, 4.⁷⁹ Se podría ini-

⁷⁸ El yucateco Silvio Zavala (1909-2014) fue diplomático e historiador, que se doctoró en la Universidad Central de Madrid. Durante su estancia en España también trabajó bajo Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos (1933-1936). A partir de 1940 sería profesor de El Colegio de México y, entre 1956 y 1963, Embajador de México en Francia. En ese momento era autor de *Instituciones jurídicas en la conquista de América* (1935), *La encomienda indiana* (1935) y *La utopía de Tomás Moro en la Nueva España y otros estudios* (1937).

⁷⁹ A partir de 1933, el número 4 de la calle Duque de Medinaceli fue sede del Centro de Estudios Históricos. La Institución Libre de Enseñanza fue un proyecto pedagógico, inspirado en el pensamiento del krausista español Julián Sanz del Río (1814-1869) y encabezado por Francisco Giner de los Ríos (1839-1915), que buscó reformar la sociedad española a través de la educación. Fruto de este movimiento fue la Junta para Am-

ciar, v.g., con un instituto de filología (para lo cual *se puede* adquirir, entre otras cosas, un gabinete moderno y al día), y con investigaciones de historia y de arte. Estando usted aquí se podrían traer, por ejemplo, a Américo [Castro], a Gómez Moreno, a Dámaso Alonso, etc., a quienes no he invitado todavía, esperando la llegada de usted. En fin, usted entiende bien con unas pocas palabras.⁸⁰ ¡Figúrese usted lo que se podría hacer, con vistas a organizar con lo de aquí, con lo de allá (España), y con los [sic] de otros países de América, en cuanto a una organización imperial hispánica, puesto que lo de aquí y lo de allá son partes indivisibles de un mismo organismo!

La temperatura de México la hallará usted ideal; el valle de México le encantará, estoy seguro y si desea algún aislamiento y sitio más bajo, Cuernavaca está a una hora por la carretera. Considero indispensable su presencia y la oportunidad única para nosotros y para usted. Usted trabajará a su gusto, sin compromisos ni dificultades.

Espero sus noticias con muchísimo interés. ¿Viene usted con su familia? Reciba los muy cordiales saludos de su admirador y buen amigo.

Genaro Estrada

pliación de Estudios (1907) que, bajo la dirección de Santiago Ramón y Cajal (1852-1934), no sólo becó a numerosos intelectuales y científicos españoles para que estudiaran en el extranjero, sino que también creó instituciones como el Centro de Estudios Históricos (1910) y la Residencia de Estudiantes (1910).

⁸⁰ Manuel Gómez-Moreno (1870-1970) había sido director de la sección de arqueología del Centro de Estudios Históricos. Américo Castro (1885-1972) dirigió la sección de lexicografía, mientras que Dámaso Alonso (1898-1990) trabajó allí como filólogo. Durante la guerra civil Gómez-Moreno fue asesor de la Junta Delegada de Incautación, Protección y Salvamiento del Tesoro Artístico de Madrid; una vez terminado el conflicto, permaneció en España. Como ya hemos tenido ocasión de señalar, en los primeros meses de la guerra Castro se trasladó a la República Argentina; de ahí pasaría a trabajar en diversas universidades de los Estados Unidos. Dámaso Alonso pasó la mayor parte de la guerra en Valencia; decidió permanecer en España al finalizar la guerra. De los tres, tal vez sólo Alonso y Castro recibieron alguna invitación a viajar a México, pero ésta les llegó mucho tiempo después, una vez creada La Casa de España; ambos rechazaron la invitación. Véase al respecto Amelia de Paz, "Domenchina, o el mito del exilio", en Valender y Rojo (eds.), *op. cit.*, pp. 364-365.

II. Carta mecanografiada de José María Chacón y Calvo a Genaro Estrada con firma autógrafa, con el escudo de la República de Cuba y con el membrete: República de Cuba/Secretaría de Educación.

Dirección de Cultura
La Habana, 7 de abril de 1937

Excmo. Señor Gerardo [sic] Estrada
México

Mi querido amigo.

He tenido muchísimo gusto en leer su afectuosa carta del 27 del pasado que me apresuro a contestarle. Efectivamente presenté en el Congreso de Americanistas del año 35 un estudio relacionado con el Padre Las Casas, aunque no especialmente sobre el insigne misionero: trataba de lo que he denominado el criticismo colonial, tradición de la que es el Padre Las Casas la figura más representativa. Iba a publicarse este trabajo por el Centro de Estudios Históricos de Madrid, que con motivo de la tragedia española se ha visto obligado a interrumpir sus labores.⁸¹ Escribí hace algunos meses al Instituto Ibero-Americano de Hamburgo y el profesor R. Grossmann acaba de escribirme diciéndome que mi estudio será publicado en breve.⁸² Le mandaré un avance de esa memoria, que salió hace algún tiempo en la *Revista de la Universidad de La Habana*. Le quedo profundamente agradecido por su amable interés en relación con este estudio.

⁸¹ En el XXVI Congreso Internacional de Americanistas celebrado en Sevilla en octubre de 1935, José María Chacón y Calvo presentó una ponencia titulada "Criticismo y colonización. (Un ensayo de interpretación de los orígenes de la colonización española en América)". Fue publicada en las actas correspondientes: *Trabajos Científicos del XXVI Congreso Internacional de Americanistas (Sevilla 1935)*, Madrid, 1948, II, pp. 403-406.

⁸² El Ibero-Amerikanisches Institut de Hamburgo se fundó a finales de 1917. Rudolf Grossmann (1892-1980) era catedrático de Lengua y Literatura Hispánicas y director del Instituto Ibero-Americano de Investigaciones Científicas de la Universidad de Hamburgo. Había participado como delegado de la Universidad de Hamburgo en el Congreso Internacional de Americanistas de 1935.

Efectivamente, Juan Ramón Jiménez y Don Ramón Menéndez Pidal están desde hace algún tiempo en la Habana.⁸³ Juan Ramón estará todo el mes de abril y Menéndez Pidal tiene que dar un breve curso en la Universidad, inaugurando la cátedra de Historia de la Lengua Española. Don Ramón inauguró el día 12 del pasado [*sic*] nuestro Instituto de Investigaciones Filológicas adscrito a esta dirección. Versaron sus conferencias sobre un tema que desde 1910, fecha de sus conferencias en los Estados Unidos respecto a ese gran capítulo de la historia literaria de España, no había tratado en conjunto: me refiero a los Problemas de la Epopeya.⁸⁴

Sé que Don Ramón recibió su carta y ya habrá tenido usted contestación suya. Hoy veo a Juan Ramón y le preguntaré si ha recibido la que usted le escribió. Me interesa muchísimo el posible viaje de Menéndez Pidal a México. Creo que el clima del verano en esa admirable ciudad ha de serle muy beneficioso. Haré que vea un especialista para que le diga si la altitud de México tendría para él alguna dificultad. Creo que podría dar Don Ramón un ciclo de conferencias análogo al que ha dado en la Habana o un seminario por el estilo del que acabamos de celebrar en la Dirección de Cultura. Naturalmente el aspecto económico de la estancia en México es importantísimo, dada la situación excepcionalmente crítica que atraviesa nuestro sabio amigo, como tantos otros intelectuales españoles.

⁸³ Menéndez Pidal llegó a Cuba hacia finales de febrero de 1937 y permanecería allí hasta el mes de junio del mismo año. Véase Joaquín Pérez Villanueva, *Ramón Menéndez Pidal. Su vida y su tiempo*, p. 347. Por su parte, Juan Ramón Jiménez desembarcó en La Habana en noviembre de 1936 y no se marchó sino hasta primeros de enero de 1939. Véanse las notas de Ángel Crespo a su edición de Juan Ramón Jiménez, *Guerra en España 1936-1953*, pp. 133, 141. Según Pérez Villanueva (p. 348), Menéndez Pidal “vivía en el Hotel Florida, y al atardecer daba grandes paseos por el malecón en compañía de Juan Ramón Jiménez, Chacón y [el ensayista cubano] Félix Lizaso”.

⁸⁴ Después de comentar la inauguración en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Habana de la recién creada Cátedra de Historia de la Lengua Española, Joaquín Pérez Villanueva (p. 348) señala lo siguiente: “En el Instituto Cubano de Investigaciones Filológicas, también inaugurado entonces, [Don Ramón] dio siete conferencias sobre *Problemas de la epopeya*, suscitadas por su comparación con la epopeya francesa, y sistematizó las características de la literatura española”.

Mucho le agradeceré me dé alguna información respecto a esta particularidad crematística. Le mandaré dentro de breves días el último número de la *Revista cubana* que publica un magistral estudio de Don Ramón.⁸⁵

Reciba un cordialísimo saludo de su admirador y amigo.

José María Chacón y Calvo

⁸⁵ Ramón Menéndez Pidal, "Poesía árabe y poesía europea", *Revista Cubana* (La Habana), núm. VII (1937), pp. 5-33.

12. *Carta mecanografiada de Genaro Estrada a José Moreno Villa con firma autógrafa y con el membrete: Avenida de Sierra Madre, 135/Lomas de Chapultepec.*

México, 10 de abril de 1937

Querido Moreno Villa: Pues bien, amigo mío. Usted seguirá lo que le dicta el impulso, Usted vendrá a México, Usted estará aquí en su ambiente. ¡No, esto no es buenaventura de gitano! ¡Que no, hombre!

Ayer hablé con el embajador Gordón Ordás, le expliqué el caso y está en todo de acuerdo, como era de esperarse.⁸⁶ Hoy, sábado 10, dirigirá un cable al subsecretario en Valencia, que es gran amigo suyo y va a pedirle que usted sea comisionado aquí, en donde puede ser mucho más efectiva su colaboración, y en donde ya tiene usted ambiente hecho. El subsecretario contestará afirmativamente, usted recibirá otro cable...y pronto nos veremos en la estación de Colonia, según se llega del Norte, a menos de un paso del Paseo de la Reforma., que es la Castellana de aquí. Y venga [a] hablar, y comentar e ir de aquí para allá. Y Usted encantado. Y nosotros más.

Espero sus noticias. Le abraza su amigo

Genaro Estrada

⁸⁶ El político Félix Gordón Ordás (1885-1973) era embajador de la República española en México desde 1936. Años después sería presidente del gobierno de la República en el Exilio (1951-1960).

13. *Carta mecanografiada de Camila Henríquez Ureña a Genaro Estrada con firma autógrafa y con el membrete: Institución Hispanocubana de Cultura / Habana.*

13 de abril de 1937

D. Genaro Estrada
Sierra Madre 135 ext. 10
Lomas de Chapultepec
México, D.F.

Señor:

La dolorosa situación que atraviesa el país ha hecho salir de España a un grupo numeroso de intelectuales que se hallan reunidos en diversos lugares del mundo: en París principalmente, donde se encuentran Ortega y Gasset, Azorín, Baroja, Falla, el Dr. Hernando, Morente y otros más;⁸⁷ en América se encuentran otros, como Zulueta,⁸⁸ [Américo] Castro, Menéndez Pidal y Juan Ramón Jiménez.

La Institución Hispanocubana de Cultura desearía que esos intelectuales pudieran recorrer los diferentes países de habla española para dar cursos y conferencias, de manera que sostuvieran una actividad que en estos momentos difíciles les sirviera de ayuda a ellos y contribuyera a impulsar el movimiento cultural de nuestros pueblos.⁸⁹

⁸⁷ En efecto, en París se reunieron muchos de los intelectuales que se marcharon de España en las primeras semanas de la guerra. Los novelistas Azorín (1873-1967) y Pío Baroja (1872-1956) volverían a su país una vez terminada la guerra; Manuel García Morente (1886-1942), en 1939, después de pasar dos años en Tucumán, Argentina; el médico farmacólogo Teófilo Hernando Ortega (1881-1975), en 1941, después de permanecer cinco años en París, y el filósofo Ortega y Gasset, en 1945, después de vivir tres años en Argentina y otros tres en Portugal. En septiembre de 1939 el músico Manuel de Falla (1876-1946) se trasladaría de Francia a Argentina, donde se moriría siete años más tarde.

⁸⁸ Durante la segunda República el escritor y político Luis de Zulueta y Escolano (1878-1964) había sido embajador de España en Berlín y ante la Santa Sede; se exilió primero en Colombia y después en Estados Unidos.

⁸⁹ La Institución Hispanocubana fue creada en 1926 con el propósito de promover las relaciones culturales entre Cuba y España. Su fundador y primer presidente fue el antropólogo y folklorista cubano Fernando Ortiz (1881-1969). Fue por invitación de la Institución Hispanoamericana que el poeta Federico García Lorca, por ejemplo, llegó a

Algunos de estos intelectuales, como Menéndez Pidal y Jiménez, han venido a la Habana bajo los auspicios de esta institución; pero a veces resulta difícil localizar a los que desearía traer, y otras veces un mismo individuo recibe al mismo tiempo dos o tres invitaciones y se ve obligado a desatender alguna.

Esta Institución ha pensado que sería útil crear una cadena de organizaciones análogas cuyos centros podrían ser Nueva York, La Habana y Buenos Aires en América, y París en Europa, para traer a esas personalidades de manera que pudieran hacer un recorrido escalonado de América. De esa manera podría realizarse una labor más amplia que sería fructífera para ellos y podrían visitar varios países sin grandes costos para cada organización, ya que los gastos de viaje se dividirían entre todas.

Con este fin nos dirigimos a usted para rogarle nos informe sobre las posibilidades que en su país podrían ofrecérseles, en Universidades y en otros centros culturales como Conferencias o Profesores: y la forma en que podrían organizarse allí en núcleo correspondiente. Agradecemos todas las ideas que puedan sugerirnos.

Al mismo tiempo estamos escribiendo a Panamá, Perú, Argentina, República Dominicana, además de New York y París. A esta ciudad hemos pedido datos sobre los intelectuales que podrían venir y la labor que preferirían realizar.

Nos sería grato que a ese movimiento se sumaran los intelectuales hispanoamericanos que pudieran hacerlo, y le rogamos nos indique los de ese país que desearían hacer tal recorrido.

Suplicamos a usted que conceda a este asunto su atención inmediata y nos dé pronta respuesta.

Por ello le damos anticipadamente las gracias, con nuestros más atentos saludos.

De usted muy atentamente.

Camila Henríquez Ureña, secretaria
p.p. Hortensia Lavedan, administradora

La Habana en marzo de 1930. A raíz de la guerra civil española la misma Institución acogió, entre otros, a Juan Ramón Jiménez y Ramón Menéndez Pidal.

14. Carta de Genaro Estrada a Pedro Salinas con el membrete: Genaro Estrada.

México, D. F., 13 de abril, 1937

Querido Salinas:

José Moreno Villa me ha informado que se halla usted en el colegio de Wellesley, y allá le dirijo ésta para preguntarle si entre sus proyectos está el de venir a México, ya que ahora anda usted muy cerca (relativamente) de este país y aun para sugerirle que venga. Aquí ya tiene usted ambiente hecho, amigos y admiradores de siempre. ¿Qué me dice usted? ¿O bien habría algo que hacer para tenerlo a usted aquí?

Vendrá D. Ramón Menéndez Pidal, probablemente en mayo. Vendrá a dar conferencias sobre su especialidad José Pijoan y a documentarse en arte antiguo mexicano. He escrito a La Habana a Jiménez; pero todavía no sé si allí se encuentra. Me ha escrito Gómez de la Serna sobre un posible viaje a México. Vendrá Moreno Villa. Nos falta usted. Quizás aquí se puede reconstruir algo de lo de España, en materia de estudios e investigaciones de cultura, mientras termina allá la guerra civil. Necesito sus informes.

Le saluda cordialmente su buen amigo,

Genaro Estrada

15. *Carta manuscrita (tinta roja sobre papel amarillo) de Ramón Gómez de la Serna a Genaro Estrada con el membrete: Ramón Gómez de la Serna (Buenos Aires) Victoria I, 970/ Teléfono 47-4775.*

Buenos Aires, 15 de abril de 1937

Mi querido y admirado amigo:

Cuando ya creía que había recibido mi carta recibo la segunda suya. Alfonso [Reyes] le habrá teleografiado mi imposibilidad de ir. A español traumatizado por lo que pasa en su patria le es muy difícil en estos momentos ponerse frente a los públicos para coordinar sus palabras cuando sólo quisiera darles un sentido espiritual y artístico.

Yo estoy al lado de la gran democracia mexicana pero tengo gran cuidado en no desembocar hacia lo comunista y abomino de la violencia incesante pasados los momentos de guerra eventual ¡Después paz! ¡De vez en cuando paz en la liberación conseguida y treguas de arte y de amor a la vida!

Estamos los intelectuales, los verdaderamente dedicados al espíritu, en una especie de sala de hospital de convalecencia del que no podemos salir por ahora. (Me refiero, claro está, a los intelectuales españoles, a los que tenían el modo de la serenidad y la independencia, a los que han perdido sus cosas, su despacho, sus libros, la ciudad que querían.)

Sé que usted comprende todo esto y que sabe llegar a lo más hondo del problema.

Yo sólo aspiro a escribir en los periódicos democráticos de Méjico —en un periódico *democrático*— y que no se tenga que recomer a sí misma la palabra de un español que siempre buscó fraternidad en América y que siempre escribió para Méjico cuando escribía para España.

Aquí la vida es difícil, todo aparece y desaparece instantáneamente, el porvenir parece no existir.

Muy agradecido a sus bondades, queda su fervoroso admirador y amigo que le abraza

RAMÓN Gómez de la Serna

16. *Carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada.*

Buenos Aires a 16 de abril de 1937

Señor Don Genaro Estrada
Avenida Sierra Madre 135
Lomas de Chapultepec
México D.F.
México.

Mi querido Genaro:

Con verdadero encanto estoy recibiendo los volúmenes de su colección histórica, y singularmente me ha impresionado el del señor Zavala, de que daremos cuenta en *Monterrey*.⁹⁰

Nuestro amigo Ramón Gómez de la Serna acaba de mostrarme una carta de usted, del 6 del actual, en que usted le dice: “Todo el buen ambiente ya está hecho, y aquí se le espera. Ocúpese usted en esto; mande algún telegrama por conducto de nuestro Alfonso Reyes.”

Ramón me encarga decirle a usted que por ahora no puede moverse de Buenos Aires. Si ustedes quieren ayudarle desde México, pueden hacerlo muy bien, obteniendo de algún periódico solvente que le encargue y le pague artículos frecuentes, tantos por mes. Yo he escrito varias cartas en este sentido a Manuel Sierra,⁹¹ pues a Ramón le interesaba *El Universal*. Pero Manuel nunca me contesta y nuestro pobre amigo ha llegado a figurarse que hay alguna predisposición contra él en México. Ya comprenderá usted el estado de ánimo en que él se

⁹⁰ En su edición de esta carta Serge I. Zaïtzeff anota lo siguiente: “Silvio A. Zavala, ‘*La Utopía de Tomás Moro en la Nueva España y otros escritos*. Introducción de Genaro Estrada. Ciudad de México, Antigua Librería Robredo, de José Porrúa e Hijos, 1937. (Biblioteca Histórica Mexicana de Obras Inéditas, número 4.)” Reyes finalmente no llegó a mencionar este libro de Zavala en su revista unipersonal *Monterrey* (1930-1937).

⁹¹ Puede ser que Reyes se refiera al periodista Miguel Lanz Duret Sierra, hijo de Miguel Lanz Duret, en aquellos años dueño de *El Universal*. A la muerte de su padre en 1940, él mismo se convertiría en el dueño del periódico.

encuentra, siendo un espíritu francamente democrático y abierto al amor legítimo del pueblo, pero ahuyentado ante las violencias que su sensibilidad no puede tolerar. Esta tragedia es la de muchos intelectuales españoles. Ayúdenos, por favor.

Y escíbame, no pierda esa buena costumbre. Lo tengo a usted siempre en mis recuerdos, siempre en mi cariño.

Alfonso

17. *Carta manuscrita de Juan Ramón Jiménez a Genaro Estrada.*

La Habana, 20 abril [de 1937]

A Genaro Estrada
México

Mi querido Genaro Estrada, amigo presente:

Gracias de todo corazón, por su buena carta, que me ha llegado, con algún retraso, por la Embajada de España.

Para mí sería un gusto verdadero poder ir a México, ver a mis amigos de México y a México mismo. Pero ahora no puedo decir que sí ni que no.

Estoy imprimiendo en La Habana cuatro libros, tres encargados desde Puerto Rico y uno de aquí.⁹² Van muy despacio y no sé cuándo estarán acabados. Por otra parte, los médicos me han recomendado últimamente, a causa de mis trastornos circulatorios, que no suba más de 1.000 metros. Esto sólo no sería el verdadero obstáculo.

Y acaso yo le vea a usted antes aquí. Hace tiempo hablando con D. Fernando Ortiz de personas que pudieran venir a dar conferencias en la Institución Hispanocubana de Cultura, yo le di, entre los de otros ilustres amigos, el nombre de usted.

Me reservo, por lo tanto, la respuesta a su cariñosa invitación para más adelante, según como vayamos nuestra pobre España, tan noblemente ayudada por ustedes, mi trabajo personal y yo mismo.

Mientras, el abrazo más agradecido de su amigo que nunca le olvida.

Juan Ramón

Hotel Vedado,
19 y M,
Vedado.

⁹² Uno de los tres libros encargados desde Puerto Rico era una antología del propio Juan Ramón Jiménez, *Verso y prosa para niños* (Cultural, La Habana, 1937). El libro cubano era sin duda *La poesía cubana en 1936 (Colección)*, con prólogo y apéndice de J. R. Jiménez y comentario final de José María Chacón y Calvo (Instituto Hispanocubano de Cultura, La Habana, 1937).

18. *Carta manuscrita de José Moreno Villa a Genaro Estrada con el membrete: Embajada de España / Washington.*

26 de abril de 1937

Querido amigo Estrada: Ya estoy como quien dice en México y por obra suya. Recibí su carta en Princeton y, al día siguiente, me comunicaron desde Washington la orden de traslado que me mandaba el gobierno. Todo ello me cogió de sorpresa porque, como le dije, yo pensaba que lo primero era tocar en algunos puntos de esta nación y había conseguido fijar algunas fechas con bastante trabajo, porque aquí se hacen los programas de conferencias y cursos con mucha anticipación, como usted sabrá. Ya le contaré mi experiencia y lo que yo creo posible en este país o ambiente. Renuncié al viaje a Madison que representaría unos quince días entre ir, estar y volver. Me quedaré en Washington unos días (esta semana) para contestar las cartas atrasadas de quince fechas [*sic*], despedirme de la gente y gustar otro poco de esta cariñosa familia de Fernando [de los Ríos]. Y, enseguida, a México, que me preocupa a pesar de lo que usted me dice, porque me figuro que ahí no hacen falta propagandistas, o es preciso que los que actúen den el *do* de pecho mitinesco, para lo cual no tengo facultades.

Pero, no anticipemos. Anteanoche hablé con el Embajador y con el Ministro de Hacienda de su país en una cena que hubo en la Embajada nuestra.⁹³ El segundo me confirmó en lo que usted dice referente a la buena acogida que tendré ahí.

Salud y gracias por su desinteresado interés. Muy suyo.

J. Moreno Villa

⁹³ El embajador de México en los Estados Unidos era entonces Francisco Castillo Nájera (1886-1954). El secretario de Hacienda y Crédito Público, Eduardo Suárez Aránzolo (1894-1976).

19. *Carta manuscrita de José Pijoan a Genaro Estrada.*

Nueva York, 28 de abril de 1937

Sr. D. Genaro Estrada
México. D.F.

Querido Don Genaro: Aquí van fotos, úselas a su gusto.

Nací hace 57 años —poco más o menos— no sé yo si es un año más o un año menos, pero sí que en Barcelona. En aquella Universidad me gradué. Fui a Roma donde me gradué de nuevo. Fui miembro fundador del *Instituto d'Estudis Catalans*⁹⁴ y como tal creé la Biblioteca y los Museos de Barcelona donde no había tales cosas. Fui profesor de Historia del Arte en la Escuela Superior de Arquitectura de Barcelona, pero sólo dos años porque del 1909 al 1912, me mandaron a organizar una Escuela postgraduada de España en Roma. En 1912 emigré al Canadá, porque comprendí que la decadencia de España era irremediable, inevitable, y que era un país que ni tenía deseos de curarse de sus males y que persistir en sostenerlo era el trabajo de Sísifo. Fui prof[esor] en la Universidad de Toronto del 1912 al 1921. Me llamaron a California y fui. Del 1922 al 1929 estuve en la Univ[ersidad] de la California del Sur y Pomona College. Desde el 1929 estoy agregado a la Universidad de Chicago donde doy los cursos que puedo y quiero, muy a mi gusto, por términos de tres meses. El resto del año tengo que viajar y estudiar para mis publicaciones.

Éstas son: Un volumen en folio de *Raimundo Lulio*. Otro en folio con láminas en color de las *Pinturas Murales Románicas* de la Región Catalana. Un Manual de *Historia del arte* en tres volúmenes. Una *Historia del Mundo* en cinco volúmenes (el quinto está ahora en prensa).⁹⁵ *Summa artis* de la cual van publicados ocho volúmenes y una porción de libritos menores y folletos.

⁹⁴ El Instituto d'Estudis Catalans fue una institución creada en Barcelona en 1907 por iniciativa de Enric Prat de la Riba (1870-1917) con el fin de estudiar y promover los distintos aspectos de la cultura catalana.

⁹⁵ Véanse de José Pijoan: *Les pintures murals de Catalunya* (1907), *Historia del arte: el arte al través de la historia* (3 vols., 1914), *Historia del mundo* (1926).

Soy miembro de varias academias extranjeras (ninguna de las españolas) y patrono de varias instituciones benéficas y culturales en los Est[ados] Unidos y Suiza. Estoy condecorado por varios gobiernos, pero de España no he recibido ninguna medalla, plumero, birrete, ni tan solo un banquete con poesías en los menús y la Historia del Arte en forma de señora madrileña coronándome con palma, olivo y aceitunas. —¿Qué más quiere usted?... Pues que ahora voy a México a ver si me distraigo y aprendo entre ustedes, ¡sobre todo de usted, querido amigo! Y mi *mexicanísimo, mexicanizante y mexicanizador* gran amigo Orozco a quien también quiero tanto. Muy suyo

Pijoan

20. *Carta mecanografiada de Ramón Gómez de la Serna a Genaro Estrada con firma autógrafa.*

5 de mayo de 1937

Señor Don Genaro Estrada

Mi querido y admirado amigo: muy agradecido a la propuesta de colaboración en la prestigiosa revista *Hoy*. Adjunto tengo el gusto de remitirle mi primer artículo, el segundo versará sobre Azorín y después por correo natural enviaré otros con ilustraciones para que vayan saliendo en su día. Usted me hará el favor de decirme si está bien la extensión y el tono. También le ruego haga presente mi gratitud al director Don R. Hernández Llergo, a quien enviaré directamente mis artículos en el futuro.⁹⁶

Muy bien los \$50.00 mejicanos por cada artículo que tendrán la amabilidad de enviarme directamente a mi nombre a mis señas en Buenos Aires Victoria 1970.

En cuanto al viaje le repito con toda sinceridad que en este momento no podría dar ninguna conferencia ni tengo ánimo para moverme. Lo sucedido en mi espíritu con lo de España necesita muchos meses de convalecencia. Mi máximo afecto a todos los que me esperan ahí y que después de un largo contacto con ellos a través de la revista, el periódico y el libro me gustaría abrazar.

En breve tendré el gusto de enviarle una nueva edición de Goya dedicada a usted en su dedicatoria impresa.⁹⁷

⁹⁶ En el transcurso de 1937 las colaboraciones de Gómez de la Serna en esa revista fueron las siguientes: “Las doce y media serían”, *Hoy*, núm. 18 (26 de junio de 1937), p. 15; “Ja- Je- Ji- Jo- Ju”, *Hoy*, núm. 21 (17 de julio de 1937), p. 19; “El hombre pez y las sirenas”, *Hoy*, núm. 23 (31 de julio de 1937), p. 25; “Azorín en el subterráneo de París”, *Hoy*, núm. 27 (21 de agosto 1937), p. 19; “Greguerías”, *Hoy*, núm. 33 (2 de octubre de 1937), p. 21; “Hemolatría”, *Hoy*, núm. 39 (13 de noviembre de 1937), p. 21, y “Greguerías”, *Hoy*, núm. 42 (4 de diciembre de 1937), p. 15. El profesor Diego del Río, que prepara un trabajo sobre el tema (y a quien le debo estos datos), me informa que textos de Ramón siguieron publicándose, esporádicamente, en *Hoy* hasta marzo de 1940. El director de la publicación era el mexicano Regino Hernández Llergo (1894-1976).

⁹⁷ La reedición parece haber demorado en publicarse. Véase Ramón Gómez de la Serna, *Don Francisco de Goya y Lucientes*, Poseidón, Buenos Aires [1942].

Ayer di sus señas a Eduardo Mallea que quiere escribirle.⁹⁸
Otra vez gratitud de su fervoroso admirador y amigo que le abraza

RAMÓN Gómez de la Serna

[*A mano:*] Que no dejen de remitirme la revista pues yo no faltaré en mi asiduidad de colaborador.

⁹⁸ El escritor y diplomático argentino Eduardo Mallea (1903-1982) era en ese momento director del suplemento literario del diario bonaerense *La Nación*. En 1937 la editorial Sur publicó su *Historia de una pasión argentina*.

GENARO ESTRADA Y LOS INTELLECTUALES DEL EXILIO ESPAÑOL

21. Telegrama de José Moreno Villa a Genaro Estrada

5 de mayo de 1937

LLEGARÉ VIERNES 7 A LAS DIEZ Y TREINTAICINCO NOCHE.

Moreno Villa

22. Telegrama de José Moreno Villa a Genaro Estrada

7 de mayo de 1937

LLEGARÉ SÁBADO NOCHE 10.30 NO VIERNES.

Moreno Villa

23. *Carta manuscrita de Ramón Menéndez Pidal a Genaro Estrada con el membrete: Hotel Florida/Obispo y Cuba/T. Morán, Manager/Cable Florida/P.O. Box 1178/Teléfonos: A-1131, A-1132.*

16 de mayo de 1937

Excmo. Sr. D. Genaro Estrada

Mi bueno y distinguido amigo: recibí su carta del 9, cuyo contenido me interesa profundamente, por los proyectos que anuncia de reorganización en la obra cultural de México. Claro es que, si yo pudiera ser útil en esa buena obra que usted proyecta, y que ojalá se realice, le ayudaría, satisfecho y honrado con ello.

El retraso en contestarle depende del examen médico a que quise someterme, llevado del caso de Juan Ramón Jiménez, que tiene prohibida la residencia en tierras altas. El Doctor Sousa ha tomado con tanto interés mi consulta que hace para ella una serie de análisis, no terminados aún a pesar de haberle encarecido mi necesidad de escribir pronto a usted y al señor Díaz de León.

Pero entre tanto recibo una cariñosa carta del Dr. Silva y Aceves,⁹⁹ felicitándose de que yo vaya ahí y contándome en el grupo ejemplar de los intelectuales revolucionarios de España, lo cual me hace exponer a usted en la intimidad y reserva un reparo previo. Habiéndome mantenido toda la vida alejado de todo partidismo político, para servir más pura, libre y objetivamente a la cultura de mi país, ahora menos que nunca pudo ocurrirme sumarme a un partido revolucionario, sino al de la paz entre los hermanos que acabe con la mortal división de España. Por esto creo, al leer la carta del Dr. Silva, que no ha ser prudente que yo vaya ahí, aunque obtenga el permiso médico.

Esperando que usted comprenda y confirme mi reparo, y muy agradecido siempre a su tan afectuoso interés, queda siempre suyo buen amigo

R. Menéndez Pidal

⁹⁹ El michoacano Mariano Silva y Aceves (1887-1937) fue un escritor y lingüista que promovió el estudio de las lenguas indígenas de México. Fue rector interino de la UNAM de octubre a diciembre de 1921, y en 1933 creó el Instituto Mexicano de Investigaciones Lingüísticas.

24. Carta de Genaro Estrada a Pedro Salinas con el membrete: Genaro Estrada.

México, D. F., 16 de mayo de 1937

Sr. D. Pedro Salinas
Wellesley

Querido Salinas:

Oportunamente recibí su carta del 20 de abril y ahora acaba de llegarme la del 13 de este mes.

Como el plazo para su posible venida, indicado en su primera, me dejaba tiempo para referirme a ella, yo lo había aprovechado para escribirle después, mientras que por mi parte maduraba lo necesario ganar tiempo para planear los proyectos escolares, por lo cual me apresuro a contestar a usted

Crea usted que me encanta su resolución de venir a conocer esto y a trabajar un poco en México, lo menos, mientras dura la guerra civil en España. Ahora bien, tan pronto como recibí su primera carta me fui a hablar con el señor Díaz de León, presidente del Consejo Superior de Educación e Investigaciones Científicas, para tratar lo relacionado con una posibilidad de otorgar a usted una ayuda por clases, conferencias o lo que fuere su actividad aquí. Lo hallé muy bien dispuesto y aun entusiasmado con la idea (él es un asiduo lector y admirador de la obra de usted). No tratamos en definitiva el asunto, porque por la carta de usted veíamos mucho tiempo disponible por delante, para hacerlo después. De todos modos, usted puede tener la seguridad, desde ahora, de que puede preparar sus maletas y venirse a México. El señor Díaz de León tiene que llevar el asunto a la consideración del Ministro de Educación; pero además tengo formado un grupo interesado en que vengan intelectuales españoles y todos estamos trabajando con ahínco en el tema.

De los puntos que usted me envía, todos me parecen bien. Además, si logramos traer a D. Ramón Menéndez Pidal, tenemos un proyecto

mucho más extenso, que consiste en la creación y funcionamiento de un instituto formal, en el que tomarán parte usted y algunos de los conocidos colaboradores del C[entro] de E[studios] H[istóricos] de Madrid.

Su libro *Razón de amor* llegó a México oportunamente el año anterior. Posibilidad del estreno aquí de su drama, puede existir, según la compañía que entonces se halle actuando.¹⁰⁰ Esto lo podrá resolver usted directamente, sobre el terreno, en vista de la compañía que aquí se encuentre entonces. Ahora actúan la Montoya y Pepita Díaz. Ésta se halla obligada por los empresarios a representar obras ñoñas, para halago de burgueses y derechas. Aquí está Casona con ella.¹⁰¹ Me dicen que regresará Margarita Xirgu, y ésta sí podría ser oportunidad para el estreno de la obra de usted.¹⁰²

¹⁰⁰ Pedro Salinas, *Razón de amor* (Cruz y Raya, Madrid, 1936). El drama seguramente era *El director. Misterio en tres actos*, una obra que Salinas había escrito en los meses inmediatamente anteriores a la guerra civil. La pieza se recoge en Salinas, *Obras completas I. Poesía. Narrativa. Teatro*, edición de Enric Bou y Montserrat Escartín Gual, Cátedra, Madrid, 2007, pp. 1149-1202. En relación con el manuscrito de esta obra el poeta recordaría muchos años después un curioso incidente ocurrido cuando él y su familia se alistaban para marcharse de España en un barco estadounidense anclado en el puerto de Bilbao: “Era un día espléndido de agosto [de 1936], el 31 para ser exacto. El barco americano, anclado en la hermosa bahía, parecía un juguete; blanco, pequeño y acogedor: nada guerrero. Parecía más bien un yate. Lo miré como si se tratara de un enigma. ¿Qué me esperaba? Mientras, los milicianos examinaban mi equipaje. Y, claro está, surgió el incidente. Yo había escrito un drama y lo llevaba en la maleta. Mi manuscrito atrajo la atención de los milicianos: se trataba de un drama místico, simbólico. ¿Cómo explicarlo al miliciano? Por un momento creí que acabaría en la cárcel, pero por fin el drama pasó la inspección”. Véase “Guion de la charla de Pedro Salinas dada en Middlebury, Vermont, a las antiguas alumnas de Wellesley College”, en Salinas, *Obras completas II. Ensayos*, edición de Enric Bou y Andrés Soria Olmedo (Cátedra, Madrid, 2007), pp. 1421-1422.

¹⁰¹ La actriz mexicana María Tereza Montoya (1900-1970), que estuvo muy presente en España durante los años treinta, se encontraba de gira por México con un repertorio que incluía obras de la feminista Catalina Dulché Escalante (mejor conocida como Catalina D’Erzell, 1897-1950) y de Carlos Díaz Dufoo (1861-1941). El 13 de junio de 1937 Alejandro Casona (1903-1965) estrenaría su obra *Prohibido suicidarse en primavera* en el Teatro Arbu de México con la compañía de la actriz argentina Josefina Díaz de Artigas (1891-1976) y del actor español Manuel Collado (m.1950). En los años treinta esta compañía había estrenado no sólo *Nuestra Natacha* del mismo Casona, sino también *Bodas de sangre*, de Federico García Lorca. En 1939 Casona se establecería en Argentina, si bien en 1962 volvería a España.

¹⁰² La actriz española Margarita Xirgu (1888-1969) había estado en México en la primave-

D. Ramón no resuelve nada sobre su venida, y ya todo está preparado para que venga. Me parece que en Cuba se le ha asegurado que en México se vive a la altura del Tíbet y que esto puede perjudicar su salud. Yo creo que aquí, con este excelente clima, nada le pasaría. —Juan Ramón [Jiménez] a quien invité a venir, me dice que todavía no puede decir que sí ni que no, porque también le han colocado el cuento de la altura de la ciudad. Le veo deseos de venir. —Aquí está ya nuestro Pepe Moreno Villa. Todos los días salimos por allí y él está encantado. Figúrese que aquí ha encontrado a Jacinta la Pelirroja...¹⁰³ —A Pijoan, a quien ya se le giraron pasajes, lo esperamos de un momento a otro. —Gómez de la Serna no se decide a venir. Probablemente el clima político de Buenos Aires no es el mejor para convencerle a este viaje.

Ahora dígame usted cuál es la fecha más cercana en que podría venir. Yo he entendido por su carta que sería en diciembre. Pero si usted puede hacerlo antes, ahora mismo, no habría tampoco el menor inconveniente aquí. Mientras, yo hablaré de precisiones con mis amigos y con el Consejo Superior de Educación y le enviaré a usted la información correspondiente. —Envíeme alguna fotografía suya, para ir preparando la publicidad. Su señora y Solita ¿están con usted? Aquí hallará usted a muchos Sánchez-Cuesta, que aquí residen. De León, no saben ellos dónde está.¹⁰⁴

ra y el verano de 1936, cuando su compañía escenificó varias obras de teatro de García Lorca en el Palacio de Bellas Artes: *Yerma*, *Doña Rosita la soltera*, *Bodas de sangre* y *La zapatera prodigiosa*. Viviría exiliada en Argentina y Uruguay. No volvería a México sino hasta 1957.

¹⁰³ Su reencuentro en México con Florence Louchheim, la estadounidense que había inspirado su poemario *Jacinta la pelirroja* (1929), no fue muy feliz. En su autobiografía Moreno Villa señalaría, entre otras cosas, lo siguiente: “Pude ver que seguía haciendo su vida de siempre, un tanto incongruente, pues se preocupaba medio día de la salud y media noche de destruirla. Montaba a caballo y nadaba para estar en forma, enamorada de su cuerpo; y bebía por las noches entre discusiones intelectualistas que barajaban el arte con la política y las relaciones sexuales. La vi muy partidaria del comunismo; cosa que no me extrañó, porque en los Estados Unidos pensaban así, por moda, muchos que tenían grandes cuentas corrientes en los bancos”. Véase Moreno Villa, *Vida en claro*, ed. cit., p. 249.

¹⁰⁴ León Sánchez Cuesta (1892-1978) y Pedro Salinas (1891-1951) estaban emparentados entre sí, por estar casados con las hermanas Andrea y Margarita Bonmatí. Como dueño y gerente de la principal librería de Madrid, Sánchez Cuesta no sólo había distri-

—Si hay que hacer alguna cosa, que no me haya pasado por la cabeza, dígamelo usted.

En resumen, que puede usted prepararse para el viaje a México. Escriba dos palabras a D. Ramón [Menéndez Pidal], para decidirlo, aunque yo creo haberlo convencido, salvo, naturalmente, impedimentos de su salud. (Confidencial: tengo la impresión de que andan actuando por allí celos antillanos para evitar que México les gane la delantera en estos asuntos, aunque aquellos ambientes políticos no son los mejores en esta ocasión).

Queda en espera de sus noticias su buen amigo,

Genaro Estrada

buido la obra de la mayor parte de los intelectuales españoles del momento (y de un buen número de los escritores hispanoamericanos), sino que además había importado libros y revistas de otros países. Por ambas razones había desempeñado un papel importante en la vida cultural española de los años veinte y treinta. Puede consultarse al respecto el libro de Ana Martínez Rus, “*San León Librero*”: *Las empresas culturales de Sánchez Cuesta* (Trea, Gijón, 2007). Sobre su relación con el autor de *La voz a ti debida*, resulta esclarecedora la *Correspondencia con León Sánchez Cuesta 1925-1974* de Pedro Salinas y Jorge Guillén, edición de Juana María González y prólogo de Andrés Soria Olmedo (Residencia de Estudiantes, Madrid, 2016). Margarita, la esposa de Salinas, junto con sus dos hijos Soledad y Jaime, se encontraba entonces refugiada en casa de los Bonmatí, en Argelia; se reunirían con el poeta por fin en Nueva Inglaterra hacia finales de 1937. En mayo de 1937 León Sánchez Cuesta se encontraba en Salamanca, donde trabajaba como traductor para Radio Nacional de España (cosa que Salinas sin duda no sabía en ese momento). A pesar de sus diferencias políticas (el poeta apoyaba a la República, el librero a Franco), los dos hombres siempre mantendrían una relación de cordialidad y de gran respeto mutuo. No he podido identificar a los “muchos Sánchez-Cuesta” que, según Estrada, estaban residentes entonces en México.

25. *Carta mecanografiada de Fernando Ortiz a Genaro Estrada con firma autógrafa y con el membrete: Institución Hispanocubana de Cultura/Habana.*

Habana, mayo 24, 1937

Sr. Genaro Estrada
Avenida Sierra Madre, 135
Lomas de Chapultepec
México, D.F.

Distinguido señor mío:

Tengo su amable carta de 21 de abril dirigida a nuestra secretaria, la señorita Camila Henríquez Ureña, quien le escribió en mi ausencia sobre las tareas de nuestra Institución y la manera de coordinar nuestras comunes actividades.

Nos informamos de todos los extremos que contiene su carta. Veo por ella que no podremos aprovechar mucho de las oportunidades que nos puedan ofrecer los conferenciantes que vayan a México. Sin embargo, deseamos tener datos del señor José Moreno Villa y de sus conferencias.¹⁰⁵

En cuanto a los demás, hemos tenido o tenemos contacto directo sin éxito hasta ahora, si bien habiendo ya tenido el placer de haber contado con algunos entre nosotros. Aquí están Ramón Menéndez Pidal (Hotel Florida, Cuba esq. a Obispo. HABANA) y Juan Ramón Jiménez (Hotel Vedado, Calle M. esq. a 19. Vedado. HABANA.)

Don Ramón Menéndez Pidal irá a New York en octubre. Juan Ramón Jiménez hace medio año que está en Cuba y quizás podría darse un salto a México. Pedro Salinas me ha escrito que puede venir a finales de este año. Hemos escrito a Ortega y Gasset quien reitera-

¹⁰⁵ Moreno Villa no viajaría a La Habana sino hasta 1949. Véanse al respecto sus apuntes "Viaje a Cuba, octubre-noviembre de 1949", en Moreno Villa *Memoria*, edición de Juan Pérez de Ayala, El Colegio de México / Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Ciudad de México / Madrid, 2011, pp. 653-657.

damente ha expresado su deseo de venir a América aun cuando está mal de salud; y yo personalmente soy pesimista en cuanto a su viaje.¹⁰⁶ Hemos escrito también a Morente, Gustavo Pittaluga, Dr. Luis Sayé¹⁰⁷ y otros. De lo que resulta, tendré muchísimo gusto en avisarle.

Creo que una liga de México y la Habana para la traída de conferenciantes, habría de ser provechosa para ambas, pues nos reduciría los costos y facilitaría el viaje a los interesados.

Quisiéramos merecer de su bondad una indicación acerca de algunas figuras de la intelectualidad mexicana que pudieran ser invitados por nosotros para conferencias. Y usted mismo, ¿no podría honrarnos pasando entre nosotros, aunque fuera un par de semanas, y favorecernos con sus enseñanzas?

Por este correo le enviamos nuestra revista *Ultra* la cual se le seguirá remitiendo mensualmente y por ella podrá usted ver cuáles son nuestras actividades.¹⁰⁸

Agradeciendo siempre sus gratas noticias, quedamos a su disposición.

Devotamente.

Fernando Ortiz

¹⁰⁶ Entre abril y agosto de 1937 Ortega y Gasset vivía exiliado en Holanda. Sufría, en efecto, de una grave enfermedad de la vesícula, motivo por el cual tendría que ser operado dos veces.

¹⁰⁷ El médico Gustavo Pittaluga Fratellini (1880-1956) nació en Florencia, Italia, pero se nacionalizó español en 1904. Catedrático de Parasitología y Patología Tropical de la Universidad Central de Madrid, es recordado sobre todo por su lucha por erradicar el paludismo en España. Al final de la guerra civil se exilió en Francia y luego en Cuba, donde dejó una huella importante en el mundo intelectual (y no sólo en el campo de la Salud Pública). El médico barcelonés Lluís Sayé i Sempere (1876-1975) se destacó por sus investigaciones sobre la tuberculosis. A raíz de la guerra civil se exilió en el Uruguay, pero regresó a Barcelona en 1952.

¹⁰⁸ *Ultra* (1936-1947), órgano de la Institución Hispanocubana, empezó a publicarse en julio de 1936. Fue dirigida por Fernando Ortiz.

26. *Carta de Genaro Estrada a Alfonso Reyes.*

México, 28 de mayo de 1937

Sr. D. Alfonso Reyes
Buenos Aires.

Mi querido amigo:

Desgraciadamente yo no tengo la edición príncipe del González de Eslava. Sólo tengo la hecha por García Icazbalceta. Quien posee un ejemplar es D. Salvador Ugarte; pero se halla ahora en Londres. A su regreso será cosa fácil obtener esa copia, si para entonces (por agosto o septiembre) todavía es necesaria. Quizás tiene también ejemplar D. Joaquín García Pimentel, quien se encuentra en New York, si a su regreso no se ha vendido la biblioteca de su abuelo.¹⁰⁹ Lo más sencillo en estos momentos, me parece, es obtenerla de la colección Huntington, en Stanford, California. Usted dirá.

Usted ¿quiere mandar colaboración para la revista *Hoy*, que está siendo aquí tan leída?

Hemos sentido muchísimo que no se decida a venir Gómez de la Serna, a quien ya se esperaba. Me parece que, vistas las cosas desde aquel ambiente, México ha de parecer país difícil y comprometedor; pero ¡ca! Aquí se está tranquilo viendo pasar los excesos del mundo.

Reciba mis más afectuosos recuerdos.

G. Estrada

¹⁰⁹ En su edición de esta carta Serge I. Zaïtzeff ofrece los siguientes datos: “Fernán González de Eslava, *Coloquios espirituales y sacramentales y poesías sagradas* (México, 1610). Joaquín García Icazbalceta publica la segunda edición en México en 1877. Salvador Ugarte Vizcaíno (1880-1962), banquero jalisciense. El escritor capitalino Joaquín García Pimentel (1880-1943), nieto de Joaquín García Icazbalceta”.

27. *Carta mecanografiada de José María Chacón y Calvo a Genaro Estrada con firma autógrafa, con el escudo de la República de Cuba y con el membrete: República de Cuba/Secretaría de Educación/Dirección de Cultura.*

La Habana, 2 de junio de 1937

Sr .D. Genaro Estrada.
Avenida Sierra Madre, 135,
Lomas de Chapultepec.
México, D.F.

Mi querido amigo:

Estoy en deuda epistolar con usted y me he ido retrasando en saldarla porque quería darle noticias concretas sobre los varios particulares de su carta. En primer término nos preocupa el viaje de Don Ramón [Menéndez Pidal]. El informe del médico no ha sido todo lo afirmativo que hubiéramos querido. No le prohíbe rigurosamente el viaje a México, pero le dice que el cambio brusco puede traerle complicaciones. En estas circunstancias Don Ramón ha recibido noticias de España que le inquietan mucho. Con decirle a usted que a una parte de su familia le sorprendió la terrible guerra civil en zona nacionalista y otra parte continúa en Madrid, comprenderá usted los motivos personalísimos que tiene nuestro amigo para estar preocupado, además de lo que ha de pesar sobre su espíritu el pavoroso conflicto que se ha planteado en Europa. Por todo esto y por responder al espíritu mismo de su obra total, Menéndez Pidal se ha situado en un terreno libre de las pasiones combativas y aspira a realizar en todo momento una misión de paz, de posible conciliación y de afirmación hispánica. Aquí ha hecho una labor puramente cultural. En ese plano quiere continuar hasta que termine la guerra. En este sentido escribió a usted exponiéndole con absoluta lealtad su situación. Yo creo que a sus amigos nos toca no ya respetar sino compenetrarnos con su especialísimo estado espiritual.

¿Recibió usted el último número de nuestra *Revista cubana*? Allí verá usted algo de la actividad de Don Ramón.

Reciba un abrazo de su amigo y admirador que siempre le recuerda.

J. M. Chacón y Calvo

28. Carta mecanografiada de Genaro Estrada a Ramón Menéndez Pidal con firma autógrafa y con el membrete: Avenida de Sierra Madre, 135/Lomas de Chapultepec.

5 de junio de 1937

Excmo. Sr. D. Ramón Menéndez Pidal
Habana

Mi distinguido y buen amigo:

Estaba yo esperando el regreso del señor Díaz de León, que fue a Guadalajara a pasar sus vacaciones oficiales, para contestar la carta de usted del 16 de mayo. Ya ha regresado y le he puesto al corriente de la parte objetiva de la carta de usted, es decir de que existe, al parecer, dificultad práctica respecto de su viaje a México.

De los informes que se sirve usted transmitirme veo que en realidad el médico no concluye con que la salud de usted pudiera peligrar aquí; y usted mismo me dice no haber mayor obstáculo en tal sentido. Créame, D. Ramón, que el episodio de la carta que usted me cita, ni lejanamente vale la pena de tomarlo en consideración. Me parece ésa una lamentable opinión, sin responsabilidad, incluso hasta lanzada de buena fe y con ciertas intenciones de agradar a usted; pero... se trata de un lugar común, de un tópico de los que se repiten sin ton ni son y que lo mismo se lanzan con oportunidad que con oportunismo. Pero debe usted saber, mi ilustre amigo, que no hay aquí persona responsable o medianamente enterada que no sepa que usted es un hombre de estudio y de investigación científica y no un político, ni nada que se parezca a un político; que usted no está obligado ni tiene el deber, ni por cortesía a tal o cual grupo o persona, de venir a ocuparse aquí en extremos extraños a su propia actividad y que aquí nadie le ha esperado con tales fines, sino sólo para los de su especialidad. No podría caerse en confusión semejante en un país que como México ofrece la mejor tradición y la mejor historia literaria de la América española. Y permítame usted que exponga yo esta calificación, aunque parezca

vanidoso aplicarla a mi propio país; pero creo de mi deber hacerlo para alejar de su espíritu cualquier mal entendimiento y aun para neutralizar, en lo posible —dicho sea en lo confidencial— la propaganda que me parece entrever para desviar a usted de esta ruta de México, en donde, a los pocos momentos de estar aquí, no dudo que apreciaría usted un ambiente de comprensión, de amistad y de tranquilidad.

Pero hay más todavía: este asunto de traer a nosotros, en estos momentos, a destacados intelectuales españoles, sólo lo he tratado, por cuanto a la acción oficial, con el señor Díaz de León, Presidente del Consejo Superior de Educación, y con mi amigo el señor Montes de Oca, Director del Banco de México (quien ha prestado a la idea su más entusiasta y eficaz apoyo), a fin de obtener del señor Presidente de la República su apoyo en la empresa. El Presidente ha recibido las sugerencias que le ha transmitido el señor Montes de Oca, con satisfacción y les ha prestado fuerte apoyo. No sólo no puso objeción alguna a la idea de traer especialistas y hombres de reputación científica como usted, sino que la recibió con tal complacencia, que ha respondido de la manera más generosa a nuestros propósitos. — Queremos traer *a todos* los colaboradores de usted en el C[entro] de Estudios Históricos, de Madrid, especialmente de la sección de filología, contratados por lo menos durante un año y montar un gabinete de fonética con los mejores aparatos. Usted, claro está, sería aquí el organizador ideal de todo ello y podría quedarse el tiempo que quisiese. A nadie se le ocurriría aquí pedir que una institución así, se metiera a opinar sobre tal o cual política militante. El reparo de usted lo he comprendido, pues, en su sentido real: el de que usted ha sido lamentablemente sorprendido desde aquí, con una carta que no traduce en nada lo que aquí se piensa y se hace; y quizás sorprendido desde allá por quienes pudieran estar situados en un punto que es precisamente beligerante y adverso al que se supone (de buena fe o tendenciosamente) estamos colocados aquí en materia que no tiene que ver con la política. Tan lamentable y aun reproducible confusionismo puede arrancarnos la oportunidad de tener a usted entre nosotros y de hacer una mala jugada a la cultura mexicana, presentando ante usted un falso panorama.

Me permito, en consecuencia, insistir en mis propósitos, que en este caso representan el ardiente deseo de toda la gente culta de mi país y aun de aquella que, sin serlo, comprende y acata la significación de la labor de usted. Como no estoy muy bien de salud, debo ir por una temporada a Cuernavaca y para realizarlo he estado esperando su llegada. En vista de que todavía no he podido lograrla, quizás por estos días me traslade; pero usted puede escribirme, como de costumbre, a mis señas de México, pues la capital está sólo a 74 kilómetros por la carretera y hay teléfono entre uno y otro lugar. Estamos en correspondencia con varias personalidades intelectuales españolas y ya tenemos la seguridad de algunas de ellas, para venir a trabajar a México.

Espero las gratas letras de usted y mientras tanto queda a sus órdenes su buen amigo y afectísimo servidor,

Genaro Estrada

Cuernavaca, 24 de junio de 1937.

Nota importante. —Esta carta que no deposité en México me acompañó en mi viaje a Cuernavaca, que tuve que hacer con cierta precipitación, y como estaba en plan de absoluto reposo, hasta ahora, muy a mi pesar, he podido ocuparme en expedirla. Que usted me disculpe en gracia de las circunstancias. Hoy hablé por teléfono con el señor Montes de Oca sobre este mismo tema y me dice que todo está en pie, esperando una resolución favorable de usted. Cordiales saludos de su affmo.

Genaro Estrada

29. *Carta mecanografiada de Pedro Salinas a Genaro Estrada con firma autógrafa y con el membrete: Wellesley College / Wellesley, Massachusetts / Department of Spanish.*

8 de junio de 1937¹¹⁰

Sr. D. Genaro Estrada

Mi querido amigo:

He estado todos estos días arreglando mis planes para el año que viene. Como la guerra no lleva trazas de terminar me he decidido a aceptar el nuevo contrato que me ofrece Wellesley College, y a traer a mi familia a esta tierra. Al mismo tiempo seré profesor temporal en Johns Hopkins, Baltimore, para un curso de seminario. De modo que me conviene hacer el viaje a México hacia fines de diciembre. En esta mi primera visita podría estar entre ustedes unos quince días y dar un cursillo sobre el tema que convengamos. Le propongo a usted varios:

LA OBRA DE FEDERICO GARCÍA LORCA

LA ESENCIA DEL ROMANTICISMO ESPAÑOL

LA ACTITUD POÉTICA ANTE LA REALIDAD EN LA POESÍA CLÁSICA
ESPAÑOLA

EL ESPÍRITU LITERARIO ESPAÑOL DEL SIGLO XX: MODERNISMO Y
GENERACIÓN DEL 98

Cualquiera de ellos me conviene. Ustedes que conocen los gustos y necesidades del público mejicano escogerán el que les parezca mejor. Además puedo dar algunas lecturas de mis poesías comentadas, para un círculo más reducido, si esto interesa. Ustedes me dirán las condiciones, aunque vuelvo a repetirle que para mí el gusto de pasar dos semanas entre ustedes y el honor de ser huésped de los intelectuales

¹¹⁰ En el margen izquierdo figura la acotación: "C[ontestada] 24-6-[1]936 [sic.]."

mejicanos prevalece sobre todo lo demás. Puedo volver de nuevo para las vacaciones de primavera, en el mes de marzo o abril, para hacer otra cosa. Espero pues sus noticias sobre lo que mejor les parece. No sabe usted lo que me ilusiona ese viaje a Méjico. Mi gusto sería hacer ahí una estancia larga, pero por el momento he [de] contentarme con esas dos visitas. Si la guerra sigue y mi trabajo es útil ahí podremos pensar en algo para el otro año. Ese proyecto de creación de un Instituto Filológico-Literario me interesa mucho.

Le agradezco las noticias que da usted de amigos y conocidos. ¡cuánto le conforta a uno saber que muchos intelectuales españoles están en actitud firme y decidida! Casos como el de Marañón y Ayala avergüenzan.¹¹¹ En realidad el grupo joven, Bergamín, Alberti, Dámaso Alonso, es el que mejor se ha portado.¹¹² Creo que no deben ustedes olvidar en sus planes a este último. Es nuestro mejor profesor de literatura y un espíritu hondo y sólido como pocos. ¿Habría posibilidad de algo para él y para Jorge Guillén, ahí?¹¹³ No es que me lo hayan pedido, se lo digo a usted por mi cuenta, pero estoy seguro de que en

¹¹¹ Al igual que Marañón y Ortega y Gasset, el novelista Ramón Pérez de Ayala (1880-1962) había firmado el manifiesto “Al servicio de la República”, que había ayudado a instaurar la segunda República; pero al igual que los otros dos, se había decepcionado muy rápidamente con el régimen que se instauró en 1931. Al estallar la guerra civil, se refugió en París, culpando a Manuel Azaña, el presidente de la República, por el conflicto que estaba destruyendo su país. Al final de la guerra se exilió en Buenos Aires, si bien en 1954 volvió a establecerse en Madrid.

¹¹² Este “grupo joven” incluía tres de los escritores de su generación con los que el propio Salinas se sentía especialmente identificado. Sin embargo, los tres estaban muy lejos de defender la misma actitud política ante la guerra civil. De hecho, la militancia revolucionaria de Rafael Alberti (1902-1999) y de José Bergamín (1895-1983) contrastaba ruidosamente con el liberalismo conservador de Dámaso Alonso (1898-1990), que durante la guerra publicó muy poco en la prensa republicana. Aunque en 1938 fue invitado por Cosío Villegas a ser miembro de La Casa de España en México, Alonso terminó quedándose en la España de Franco. Los otros dos se exiliaron: Alberti en Argentina, Uruguay e Italia; Bergamín en México, Venezuela, Uruguay y Francia.

¹¹³ Sobre las penalidades sufridas por Jorge Guillén (1893-1984), que se encontraba entonces en Sevilla, véase el hermoso trabajo de Mario Hernández, “Cántico bajo la guerra civil”, en *Homenaje a Jorge Guillén. Actes du Colloque Premier Centenaire de Jorge Guillen*, París, 1995, pp. 163-205. El poeta finalmente lograría salir de España y refugiarse en Estados Unidos en julio de 1938.

México harían una gran impresión. León Sánchez Cuesta sigue en Salamanca, sin poder salir, con mi cuñada y con mi sobrina.¹¹⁴ He escrito a Don Ramón [Menéndez Pidal] haciéndole ver la importancia que tiene su visita a México. El pobre debe de estar destrozado. Sacarle de entre sus libros, hacerle interrumpir su labor, a su edad, es un golpe fatal.

Muchas gracias, de nuevo, querido Estrada. México se me aproxima, por ustedes. Haga el favor de escribirme en cuanto sepa algo concreto. Mis señas son las que van al pie de ésta. Entretanto reciba mis más cordiales saludos.

Pedro Salinas

Hasta el 30 de junio: Shepard House, Wellesley, Mass.

Después: Spanish School, Middlebury College, Middlebury, Vermont.

Saldré para Europa, para recoger a los míos, el 18 de agosto.

¹¹⁴ En realidad, Salinas se refería no a una sobrina, sino a su sobrino Pablo Sánchez Bonmatí, hijo único de León Sánchez Cuesta y Andrea Bonmatí.

30. *Carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada.*

Buenos Aires a 18 de junio de 1937

Sr. D. Genaro Estrada,
Avda. Sierra Madre 135,
Lomas de Chapultepec,
México, D. F.,
MÉXICO.

Mi querido Genaro:

Al instante he sometido a Victoria Ocampo la proposición de Ferrel para su traducción de Gide, y tengo esperanzas de que la acepte, de lo cual informaré directamente al hijo de nuestro viejo amigo.¹¹⁵

Aunque he visto que usted y otros anuncian el próximo viaje de Ramón Gómez de la Serna a México, debo decirle que él me declaró desde el primer momento la imposibilidad de moverse de la Argentina. Sé que, dolido y horrorizado como anda por la tragedia de España, ha llegado a decir a algunos amigos que no va a México porque se le ocurre que muy pronto México estará lo mismo que España. También he visto en algunos periódicos de México que se supone allá que Ramón hace una pobre vida de desterrado o perseguido. Afortunadamente las cosas no son así: Ramón está casado con una señora viuda, judía y con un hijito o hijita, cuya familia, de larga radicación en Buenos Aires, le ha dado aquí la acogida conveniente. Y él, por fortuna, ha encontrado la mejor hospitalidad en los diarios argentinos, aun-

¹¹⁵ Como directora de la revista *Sur* y de sus ediciones, la escritora argentina Victoria Ocampo (1890-1979) tenía mucho interés en ese momento en promover la obra del novelista francés André Gide (1869-1951). Véanse, por ejemplo: *Perséphone*, traducción de J. L. Borges, *Sur*, Buenos Aires, 1936; *Regreso de la U.R.S.S.*, nota de Victoria Ocampo y traducción de Rubén Darío (hijo), *Sur*, Buenos Aires, 1936, y *Retoques a mi regreso de la U.R.S.S.*, traducción de Ernesto Palacio, *Sur*, Buenos Aires, 1937. El escritor y político mexicano José Ferrel (1868-1954) es recordado sobre todo por *Temporada de infierno* (1939), su traducción de *Une saison en enfer* de Arthur Rimbaud.

que naturalmente necesita de la colaboración en México y otras partes, pues no le agradaría vivir de la familia de su señora. Es tan candoroso en lo personal que, a su llegada, traía el fantástico proyecto de contar por radio cosas truculentas de España, sin darse cuenta del momento que estamos pasando; y sus amigos personales debimos convencerlo de que no era posible ni oportuno hacer “greguerías” sobre esas cosas. Como a Américo Castro y otros, el horror y la herida del dolor de España le han creado un enredo en sus sentimientos políticos que ni él mismo es capaz de desenredar. Caso muy humano, explicable y respetable.

Espero sus noticias siempre con el más vivo interés.

Un abrazo muy cariñoso y los mejores saludos de mi casa para la suya.

A.R.

31. Carta de Genaro Estrada a Pedro Salinas con el membrete: Calle del Pericón 14 /Colonia Miraval/ Cuernavaca.

24 de junio de 1937

Sr. D. Pedro Salinas
Wellesley

Querido Pedro Salinas: Una inesperada situación en mis achaques me hizo salir de la capital para Cuernavaca, en donde ahora estoy por consejo médico. Esto me impidió poder escribir a usted oportunamente. Pero antes de mi salida de la Ciudad de México, recomendé al señor Díaz de León escribir a usted sobre el asunto de que venimos hablando. Considero todo arreglado satisfactoriamente y creo que cuando usted reciba esta carta, ya hará varios días que recibiría la del señor Díaz de León y aun que ya la habrá usted contestado. De todos modos, para cualquier aclaración sírvase continuar comunicándose conmigo.

Ha venido aquí a pasar unos días Pepe Moreno Villa, quien envía a usted sus saludos.

Como siempre, reciba mis muy cordiales recuerdos.

Genaro Estrada

Correspondencia a las señas de la Ciudad de México.

32. *Carta mecanografiada de Luis Montes de Oca a Genaro Estrada con firma autógrafa y con el membrete: Director General/del/Banco de México.*

México D.F., 1 de julio de 1937

Sr. Don Genaro Estrada
Cuernavaca, Morelos.

Muy estimado amigo:

Quedé enterado de la transcripción que me hace usted en sus gratas líneas del 29 del actual, del texto de la respuesta del señor Giral, Ministro de Estado en España.¹¹⁶

Le envío, como adjunto a ésta, la lista completa que usted me pide de los profesores invitados.¹¹⁷

¹¹⁶ En mayo de 1937, poco después de cesar a Cosío Villegas como encargado de negocios de la Embajada de México en Lisboa, el presidente Lázaro Cárdenas le dio instrucciones de trasladarse a la España republicana “para que en su nombre y representación gestionara con las autoridades competentes el traslado a México de un grupo de intelectuales españoles que prosiguieran en nuestro país sus cursos o investigaciones, interrumpidas por la Guerra Civil”. Véase Cosío Villegas, *Memorias*, p. 169. Cosío recuerda que llegó a Valencia, donde estaba instalado ya para entonces el gobierno de la República, exactamente al año del levantamiento militar, el 18 de julio de 1937, y que se entrevistó con el Ministro de Estado, José Giral, muy poco después. Por lo mismo, cabe suponer que “la respuesta del señor Giral” a la que se refiere aquí Montes de Oca, habría consistido en expresar su buena disposición para entrevistarse con Cosío. (Por desgracia, no se conserva ninguna carta de Giral en el Archivo de Estrada.) Cosío confirma que la reunión fue muy exitosa (*Memorias*, p. 172): “José Giral, hombre afable, como que descansó al hablar conmigo, pues metida la República en un callejón internacional sin salida, debió parecerle que al fin alguien se acomodía a aligerarle el peso que llevaba a costas. Agradeció la oferta y ofreció dar todo género de facilidades para llevarla a cabo.”

¹¹⁷ El hecho de que los mexicanos tenían una lista ya armada de los españoles a los que pensaban invitar queda confirmado en otro párrafo de las *Memorias* de Cosío (p. 172): “El ministerio de Educación estaba en manos de comunistas, pues eran viejos miembros del partido el secretario [José] Hernández, ausente de Valencia en ese momento, y Wenceslao Roces, el subsecretario, con quien traté el asunto. Acogió bien la idea, pero surgió un tropiezo, pequeño, pero que quise aclarar en seguida. Roces me dijo que, para hacer resaltar la importancia de la invitación, el gobierno español les daría a los intelectuales

Me es satisfactorio informarle que, en la Junta de Consejo del Banco Nacional de Comercio Exterior S.A. celebrada el día de ayer, fue usted designado Secretario del Consejo de Administración. Entretanto se mejora usted, algunos amigos comunes nuestros atenderán los asuntos inherentes a ese cargo.

Con mis renovados deseos para su pronto restablecimiento, soy su amigo afectísimo y seguro servidor.

Luis Montes de Oca

invitados la categoría de ‘embajadores culturales’. Me permití aclarar que un embajador, sin importar que fuera cultural o de otra naturaleza, era nombrado por el gobierno que lo enviaba, mientras que en este caso México tenía ya hecha una lista del primer grupo invitado. Asimismo, el gobierno que manda a un embajador tiene el derecho de retirarlo a su arbitrio, situación diferente, pues el gobierno mexicano quería reservarse la determinación del tiempo durante el cual los invitados permanecerían en el país. Finalmente, el gobierno que manda a un embajador paga sus gastos de viaje y de mantenimiento, caso en el que yo creía no quería colocarse el gobierno español. Roces acabó por darme la razón, de modo que le entregué la lista de invitados, cuya copia había dejado también a Giral.” La lista que Montes de Oca dice haber anexado no se conserva.

33. *Carta manuscrita de Ramón Menéndez Pidal a Genaro Estrada.*

2 de julio de 1937

Excmo. Sr. D. Genaro Estrada

Mi distinguido y buen amigo. Mucho me alegró ver su carta acabada el 24 junio, pues me quitó la pena de creer existiese algún disgusto inexplicable entre los dos, al ver pasar seis semanas sin respuesta a mi carta del 15 de mayo. Sólo siento que el retraso en expedir su carta del 5 haya sido por verse usted obligado a reposo curativo. Espero que el plan médico haya dado ya todo su buen resultado.

El 27 de junio, cuando recibí su carta, tenía ya dispuesto mi viaje a Nueva York y el pasaje tomado para el 30, si bien lo he tenido que diferir hasta el 7 por asuntos de aquí. Estoy nombrado profesor visitante en Columbia University para el semestre julio-diciembre, y tengo ahora que ir allá; sin embargo, como mi trabajo principal no comenzará hasta fines de septiembre, no pierdo del todo la esperanza de visitar a México, que en junio hubiera sido para mí más fácil.

Salgo de aquí con una gran preocupación por mis papeles que dejé depositados en la Embajada de México en Madrid, edificio de la calle de los Hermanos Bécquer. Allí en los sótanos están guardados en un armario todos mis ficheros para la historia de la lengua española y mi colección de Romances recogidos de la tradición oral. — El 22 de mayo el embajador mejicano en Valencia telegrafió a su gobierno (que le había interesado en este asunto) lo siguiente: “Encuéntrese vitrina oficina en Madrid parte obra Menéndez Pidal. Al hallarse resto, enviárselo acuerdo instrucciones”.¹¹⁸ Este telegrama sólo llega a mi noticia el 29 junio. Bien comprendo que un asunto tan extraño a las actividades oficiales es un impertinente engorro, pero yo no tengo otro

¹¹⁸ En ese momento el embajador de México en España era Ramón P. De Negri. Nacido en Hermosillo, Sonora, De Negri era hijo de padre italiano y de madre estadounidense-francesa. Había sido cónsul general de México en San Francisco y Nueva York, encargado de negocios de México en Washington y embajador de México en Bélgica, Chile y Turquía, antes de ser nombrado (en septiembre de 1936) embajador en España.

remedio que seguir molestando con este asunto, pues en ese telegrama veo que hay confusión grande. Mis papeles no quedaron en ninguna vitrina sino en un armario de los sótanos; no quedaron divididos, unos en un lado y otros en otro, sino todos juntos; en fin y sobre todo, yo no pedí que me enviasen nada, así que no sé qué “instrucciones” se dieron allá, por las que el señor Embajador se cree en el caso de enviar mis papeles, no sé adónde.

Yo ruego a usted, y perdóneme la libertad, dada la importancia del asunto para mí, que vaya al Ministerio de Estado, o envíe persona que se tome en esto interés, para suplicar de mi parte: 1° Que si el Gobierno Mexicano no abandona el edificio de la calle de los Hermanos Bécquer en Madrid, no hagan nada, sino permitirme continuar con mi depósito allí. Es un gran favor, que completa el grandísimo que he recibido habiendo estado refugiado en la Embajada Mexicana en las últimas semanas que residí en Madrid. 2° Si piensan abandonar el edificio, ruego avisen en la Embajada de Cuba al señor D. Pedro Saavedra, cónsul y secretario, el cual tendrá dispuesta persona que recoja mis cajas. Son 50 cajas, sin tapa ni protección ninguna que al manejarlas persona que no las conozca desordenará todos los papeles echando a perder muchos años de trabajo.¹¹⁹

Debo advertir que yo salí de Madrid después de reiteradas instancias del Ministerio de Instrucción Pública, y con auxilio del 5° Regimiento, el cual se ofrecía a trasladar mis papeles donde yo dijese, pero he preferido dejarlos en la Embajada Mexicana, donde deseo que continúen si me lo permiten.

Perdón de nuevo y gracias por lo que usted haga en quitarme esta gran preocupación. Cordialmente suyo.

R. Menéndez Pidal

Envío a usted una de mis conferencias aquí.

¹¹⁹ Sin duda con el fin de resaltar su importancia, alguien —tal vez el propio Estrada— ha subrayado las últimas once palabras de este párrafo con lápiz color naranja.

34. *Carta manuscrita de Ramón Menéndez Pidal a Genaro Estrada.*

3 de julio de 1937

Excmo. Sr. D. Genaro Estrada

Mi distinguido e ilustre amigo: ayer olvidé dar a usted mis futuras señas, que serán: Casa de las Españas, Columbia University, 435 West 117th Street, New York City.

Mi gran preocupación es la frase del telegrama del señor Embajador en Valencia: “al hallarse resto (obra Menéndez Pidal) enviárselo acuerdo instrucciones”. ¿Se han dado instrucciones para que lo envíe? ¿Adónde? El tocar aquellas cajas sin tapa, llenas de fichas ordenadas, es estropear mi trabajo, pues es imposible empaquetarlas sin trastornarlas; la mayoría de las cajas ni siquiera tienen bordes altos que cubran toda la longitud de la ficha, así que el deterioro o la caída de los papeles es casi seguro.

Si usted por su estado de salud (aunque espero que se halle completamente bien) no pudiera ocuparse de dar calor personal a este asunto en el Ministerio de Relaciones Exteriores, ¡cuánto agradecería que el señor Díaz de León lo tomase a su cargo! Ruégueselo usted de mi parte, muy ahincadamente:

1° Que el Gobierno haga el favor de dar contraorden al señor Embajador, si es que le dio instrucciones para enviar mis papeles a alguna parte.

2° Si hay que desalojar el edificio de Hermanos Bécquer, que el Embajador tenga la bondad de llamar en Valencia a Navarro, para el cual incluyo aquí una carta que quisiera envasen al Embajador.¹²⁰

¹²⁰ El filólogo Tomás Navarro Tomás (1884-1979) se había formado con Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos. Además de ayudar a crear la *Revista de Filología Española*, dirigió el laboratorio de fonética. Como director de la Biblioteca Nacional (1936-1939), hizo un esfuerzo muy importante por salvar el tesoro bibliográfico del país durante los bombardeos de Madrid. Sin embargo, en este momento se encontraba en Valencia, adonde se había mudado el gobierno de la República. Conviene señalar que por estas mismas fechas Menéndez Pidal también se escribía con el filólogo Rafael Lapesa (1908-2001), quien desde febrero de 1937 se encargaba de cuidar la sede en Madrid del Centro de Estudios Históricos y de mantener contacto con los antiguos miembros de dicho centro que, como Navarro, se encontraban en Valencia.

3° Si no hay que desalojar el edificio, que no toquen los papeles. Ésta es la solución preferible que yo deseo vivamente.

Perdón, querido amigo, por tan machaconas epístolas. Usted comprenderá bien mi preocupación y sabrá disculpar a su siempre afectísimo.

R. Menéndez Pidal

35. *Carta de Genaro Estrada a Pedro Salinas con el membrete: Calle del Pericón 14/Colonia Miraval/Cuernavaca.*

7 de julio de 1937

Querido Pedro Salinas:

Tan pronto como he recibido su carta del 29 de junio, me dirigí a D. Luis Montes de Oca, Director del Banco de México (que es la otra persona que conmigo promueve la venida a México de intelectuales españoles), rogándole ponerse en comunicación inmediata con el señor Díaz de León, para tratar del caso de usted. El señor Díaz de León me había asegurado que él escribiría a usted directamente. Espero la respuesta del señor Montes de Oca. Tiene usted mucha razón; allá hay que preparar todo con anticipación. Continuaré pendiente de este asunto.

Un abrazo de su amigo,

Genaro Estrada

36. *Carta de Genaro Estrada a Alfonso Reyes.*16 de julio de 1937¹²¹

Querido Alfonso:

He recibido aquí su carta del 18 de junio. Ya comunicaré a Ferrel lo que usted me dice sobre la traducción de Gide.¹²²

No, lo que aquí se ha anunciado era la invitación de Gómez de la Serna y la posibilidad de que éste viniera. Él mismo me lo sugirió y yo puse manos a la obra inmediatamente. Creo que alguien —compatriota de Ramón— puso sus reparos de tipo político circunstancial; pero yo no me detuve en el empeño y seguí trabajando, hasta que me convencí de que G. de la S. no se decidía. Yo ya le había conseguido aquí conferencias, etc. donde mostrara su repertorio, expliqué quién era y lo que hacía; pero el caso es que le advertí un grandísimo temor de lanzarse por acá. Será por esos cuentos chinos que fuera se propalan sobre México. Pues no, señor, aquí se está tranquilo. Los volcanes ya hicieron su erupción hace tiempo. Ramón hubiera tenido éxito inmediato. Ya hasta había pensado yo en asignarle su café para las charlas de los sábados. Lo que aquí se supone es que anda inclinado a la derecha, como todo aquel intelectual que no se decide a “definirse” (como dicen aquí) en estos momentos que —también yo lo creo— son los de salirse siquiera un poco del rinconzuelo meramente “intelectual”. Creo que a nuestro Américo [Castro] le haría un gran bien (para el futuro: no sé si sería demasiado tarde)... venir a México, aunque sea con cualquier pretexto.¹²³

¹²¹ En su edición de esta carta Serge I. Zaitzeff señala: “El original lleva la fecha equivocada del 16 de junio”.

¹²² La mediación de Reyes no parece haber logrado su cometido. En carta del 18 de agosto de 1937, Reyes le escribiría a Victoria Ocampo: “No olvide usted que aún no me ha dicho qué debo contestar al otro mexicano, Ferrel, sobre su traducción de una obra de Gide.” En Reyes, *Cartas mexicanas (1905-1959)*, edición de Adolfo Castañón, El Colegio de México, México, 2009, p. 336.

¹²³ El filólogo e historiador Américo Castro (1885-1972) terminaría exiliado en Estados Unidos: primero en la Universidad de Wisconsin (1937-1938), luego en la Univer-

Ya sabe usted que el libre albedrío siempre tiene sus exégetas.

Finalmente, como usted sabe, he conseguido una colaboración pagada, para Gómez de la Serna, en la revista *Hoy*, en la que escriben gentes de todas las “ideologías”.

Sigue carta sobre el proyecto de Ossorio y Gallardo.¹²⁴

Saludos de esta su casa para todos los suyos y un abrazo de su amigo,

Genaro

sidad de Texas (1939-1940) y finalmente en la de Princeton (1940-1953). Haría breves viajes a México tanto en 1952 como en 1953.

¹²⁴ El abogado y político español Ángel Ossorio y Gallardo (1873-1946). Durante el bienio 1931-1933 fue diputado a Cortes, poniéndose al servicio de la República, a pesar de sus inclinaciones monárquicas. Entre 1936 y 1939 fue Embajador de España en Francia, Bélgica y Argentina. Murió exiliado en Buenos Aires. No se sabe cuál habría sido “el proyecto de Ossorio y Gallardo” mencionado en esta carta de Estrada.

37. Carta mecanografiada de Genaro Estrada a Ramón Menéndez Pidal con firma autógrafa y con el membrete: Calle del Pericón 14 /Colonia Miraval/Cuernavaca.

23 de julio de 1937

Excmo. Sr. D. Ramón Menéndez Pidal
New York

Mi admirado amigo: Ayer he recibido aquí en Cuernavaca las cartas de usted, de 2 y de 3 de este mes, relativas a la mía del 24 de junio. Me satisface pensar que habrían ya desaparecido las preocupaciones de que me hablaba usted anteriormente, respecto de su viaje a este país.

Inmediatamente, hoy mismo, me dirijo al señor Beteta, subsecretario de Relaciones, hablándole del caso de los papeles de usted depositados en la Embajada de México en Madrid y recomendándole vivamente su atención. Yo quiero estar de regreso en la Ciudad de México el 12 de agosto si es que el estado de mi salud no me lo impide, y entonces me ocuparé más directamente en hacer que no se retarde cualquier gestión, si es que para entonces no está aclarado todo en definitiva. Yo le tendré a usted al tanto de lo que supiere.

Le ruego que, si fuere del caso, me tenga informado de las posibilidades de su viaje a México, para continuar agitando el tema. Aquí todos continúan esperándole. Reciba la expresión de los cordiales sentimientos de su amigo y admirador.

G. Estrada

¡Muchas gracias por los dos cuadernos que se ha servido enviarme!

38. *Carta mecanografiada de Pedro Salinas a Genaro Estrada con firma autógrafa.*

Middlebury, 23 de julio de 1937

Mi querido Estrada:

Recibí la invitación oficial del Consejo y contesto con fecha de hoy, aceptando agradecido. No sabe usted la alegría que me causa ver arreglarse mi viaje a ésa, y de nuevo le doy las gracias por su valiosa intervención.

Mi único periodo libre es el final de año, del 18 de diciembre al 3 de enero. Poco es, pero conoceré algo del país y más adelante, si es posible, puedo volver con más tiempo.

Propongo dos clases de conferencias que corresponden a mi doble faz: unas universitarias, sobre el tema "Mundo real y mundo poético en la poesía española clásica". Y otras conferencias literarias, modernas, sobre poesía y novela de hoy. Si usted cree que algún tema especial sobre literatura moderna interesaría más, dígamelo y lo estudiaré. Deseo hacer lo que más de acuerdo esté con los gustos y necesidades del público mexicano.

Otra cosa: ¿Cree usted que podría prepararse algo sobre el estreno de mi drama? ¿Qué compañías habrá ahí, para esas fechas de mi viaje? Si se le ocurre algo le agradeceré el consejo. También quiero hablarle de otro asunto. He escrito un nuevo libro de poesías y como ahí editan cosas muy buenas y muy bien, en el terreno poético, me sonríe la idea de dar ese libro a una imprenta y editorial mexicana, si es que quieren publicarlo. ¿Cree usted que hay alguna casa editorial que estuviese dispuesta? Para no molestar a usted más deme las señas de la que le parezca más indicada y yo les escribiré. Me gustaría mucho que fuese México el país que diera asilo a mi actividad poética mientras España sigue en guerra.

Como usted ve, las noticias de allí son mejores y yo estoy mucho más animado.¹²⁵

¹²⁵ Salinas seguramente se refiere aquí a la Batalla de Brunete, que se originó en un esfuerzo del Ejército de la República por romper el cerco de Madrid. Al principio, la

Pidal se ha ido a Europa.¹²⁶ No sé si volverá. No le pude ver en Nueva York porque yo ya estaba trabajando aquí.

Estaré en Middlebury hasta el 16 de agosto; el 18 embarco para un viaje rápido, tres semanas, a Europa y África, en busca de mi familia. Si me escribe usted unas líneas antes se lo agradeceré.

Digo al señor Díaz de León que preferiría, por la escasez de tiempo, hacer el viaje a México en avión. Pero como eso supone un recargo, creo, en el costo del billete y no quiero que pese sobre ustedes, le propongo que me descuenten la diferencia de mi indemnización de 1000 pesos. Creo que es lo mejor.

Estoy encantado de poder precisar ya mi viaje a ese país, que tanto me entusiasma. Mil gracias, de nuevo, y los cordiales saludos de su affmo. amigo

P. Salinas

Middlebury College
Spanish School
Middlebury, Vermont

ofensiva republicana tuvo éxito, pero las tropas de Franco no tardaron en contratacar. A lo largo del mes de julio de 1937 el número de bajas sufrido por ambos bandos fue muy elevado y, pese al optimismo expresado aquí por Salinas, finalmente nadie pudo declararse victorioso.

¹²⁶ Esta noticia resulta no ser cierta.

39. *Copia carbón de una carta mecanografiada de Genaro Estrada al licenciado Ramón Beteta, Secretario de Relaciones Exteriores de México, sin firma autógrafa. Fragmento.*

23 de julio de 1937

[Después de reproducir fragmentos extensos de las cartas de Ramón Menéndez Pidal fechadas los días 2 y 3 de julio de 1937 en las que el filólogo expresa su preocupación por el destino de sus ficheros, Estrada agregó lo siguiente:]

Aquí termina la carta del señor Menéndez Pidal. Por mi parte ruego a usted que a la vista de la información que contiene esta solicitud, se sirva acogerla con el interés que suponen tanto la personalidad del ilustre catedrático y escritor, como el tesoro que encierran dichos papeles para la cultura hispánica y que esa Secretaría, en consecuencia, se sirva transmitir aquellas instrucciones que considere más oportunas y adecuadas en el caso. Rogándole sobre el caso su información, para transmitirla al interesado, aprovecho esta oportunidad para repetirme de usted atento amigo y afectísimo s.s.

40. Carta mecanografiada de Ramón Beteta a Genaro Estrada con firma autógrafa y con el membrete: Subsecretario/de Relaciones Exteriores/México.

México, 30 de julio de 1937

Sr. D. Genaro Estrada
Calle del Pericón #14
Colonia Miraval
Cuernavaca. Morelos

Estimado señor y amigo:

Tengo el gusto de referirme a su atenta carta del 23 del actual, por la que me entero de la que el ilustre escritor español D. Ramón Menéndez Pidal le dirigió en fecha reciente, relativa a la situación en que se encuentran —guardados en un armario de nuestra Embajada en Madrid— su colección de Romances, recogidos de la tradición oral, y diversos ficheros que contienen cédulas para la historia de la Lengua Española.

La Secretaría de Relaciones Exteriores, al tomar conocimiento del asunto, había girado ya al Embajador, señor De Negri, las instrucciones necesarias para impartir toda la protección a su alcance a la documentación depositada en el edificio de la calle de los Hermanos Bécquer.

Ahora bien, como el personal directivo de nuestra Embajada se encuentra actualmente en Valencia, la solución que parece más adecuada es la de que —de acuerdo con los deseos del interesado— su amigo, el señor Navarro-Tomás, recoja el depósito a que aludo. Así voy a comunicarlo, por cable, a nuestro representante en Valencia, anunciándole que, por correo aéreo, le haré llegar la carta del señor Menéndez Pidal al señor Profesor Tomás Navarro Tomás, documento que se sirvió usted remitirme junto con la amable comunicación a que correspondo.

Aprovecho la oportunidad para repetirme de usted, afectísimo amigo y atto. s.s.

R. Beteta

41. *Carta mecanografiada de Ramón Gómez de la Serna a Genaro Estrada con firma autógrafa.*

[Sin fecha: 1 de agosto de 1937]

Sr. D. Genaro Estrada

Mi querido y admirado amigo: estoy esperando noticias tuyas y no quiero pensar que haya podido estar enfermo.

Envié a usted por avión mi primer artículo para *Hoy* el 1º de mayo, dos más por avión directamente a la revista el 15 de mayo y en correo de banco otros dos artículos el 30 de mayo.

Hace unos días recibí por mediación de nuestro Guillermo Jiménez un ejemplar de *Hoy* con mi primer (?) artículo “Las doce y media serían...”

Alegre de haber conseguido en el desinterés de la fraternidad Américo-Española que ahora se pone a prueba de un modo solemne y definitiva – una ayuda mexicana, quiero darle a usted urgentemente las gracias.

Me ha parecido muy bien la orientación de *Hoy* y tengo que alabar lo que significa tener esa valentía en estos momentos.

Yo que sé todo lo que se pierde en la revuelta loca, en la falsa y envenenada anarquía, me he conmovido hasta lo profundo por esa actitud noble, salvadora, liberal y absolutamente necesaria en estos momentos. ¡No es ni imaginable lo que es hollado en el zafarrancho comunista! ¡Que ningún verdadero demócrata se deje engañar! ¡Todo es mentira en el ofrecimiento de los programas y después los más arribistas ocupan el poder!

Como sé que usted está en una posición espiritual que distingue lo perenne de lo que aparentemente parece anular al mundo civilizado y libre, por eso tengo confianza en su criterio y le he hecho esas confidencias.

Nuestro querido Alfonso [Reyes] ha tenido momentos de condescendencia y las olas comunistoides lamían las paredes de la Embajada: el que me recomendó prudencia cuando llegué, fue envuelto por un

momento por gentes rojas de aquí y por el representante de España que vino a sustituir a Canedo y al que siendo sólo encargado le llaman embajador.¹²⁷

El mayor bien que puede caer sobre México es el de propagar y defender serenamente un republicanismo puro, una democracia fecundadora en la que sólo podrán surgir los genios mexicanos. Lo que por un momento se anunció en España era la muerte total de todo lo nuestro y el gobierno de los peores.

Perdone las palabras de esta carta y escríbame su lección en la carta próxima. Ya sabe que soy ante todo su admirador y su amigo verdadero porque, además de haberlo aprendido en sus escritos, en mi contacto con usted supe apreciar su calidad humana y su distinción espiritual.

¡Cómo siento no poder ir a México! Pero tendría que dejar lo poco logrado aquí —que perdería también cuando estoy tan cansado de perder— además de que tampoco puedo abandonar mi puesto en el hospital de convalecientes en que aún tardaré en ser dado de alta.

Lo abraza

Ramón Gómez de la Serna

¿Cómo marcha la administración de *Hoy*? Estamos a 1º de agosto y aún no he recibido el primer giro. Mucho el agradeceré le diga algo sobre esto al Director.

[A mano:] s/c Victoria 1970

Buenos Aires

¹²⁷ Gómez de la Serna se refiere aquí a Felipe Jiménez de Asúa (n. 1892), que ocupaba el puesto de segundo secretario de la Embajada. Hermano del penalista y político republicano Luis Jiménez de Asúa, Felipe se formó como médico, colaborando con Pío del Río Hortega (1882-1945) en el Laboratorio de Histopatología de la Residencia de Estudiantes. Si bien en 1926 ganó la cátedra de Histología en la Universidad de Zaragoza, al poco tiempo solicitó la excedencia y emigró a la Argentina donde, alejado ya de la investigación, se dedicaría más bien a la labor de traducir obras científicas. También sería autor de *El pensamiento vivo de Cajal* (Losada, Buenos Aires, 1941). Véase Francisco Giral, *Ciencia española en el exilio: el exilio de los científicos* (Anthropos, Barcelona, 1994), p. 189.

42. *Carta mecanografiada de Luis Recasens Siches a Genaro Estrada*

México, D.F. 4 de agosto de 1937

Sr. Don Genaro Estrada
 Pericón 14, Col. Miraval
 Cuernavaca — Morelos

Mi muy distinguido y estimado amigo:

Desde hace algunas semanas, a raíz de mi llegada a la Ciudad de México, deseaba darme el gusto de saludarle personalmente y ofrecerle mis respetos. He recordado y recuerdo siempre con vivo placer los ratos pasados con usted en Madrid, las amables atenciones que tuvo usted para conmigo y su visita a la Universidad Internacional de Verano de Santander.¹²⁸ Le busqué a usted en la Ciudad de México, pero me dijeron que estaba usted ausente. Y hasta ayer no he conseguido sus señas, que me dieron en la Antigua Librería Robredo.¹²⁹

Durante los últimos meses, he estado en París, desempeñando eventualmente las funciones de Abogado Consultor del consulado de la República Española. No necesito comentar la horrible tragedia provocada por la rebelión fascista en España, porque me consta que usted la siente al unísono de nosotros y con perfecto conocimiento de la situación y de todos sus factores.

Hallándome en París, recibí hace medio año, por conducto de unos buenos amigos y colegas mexicanos, una gentil invitación de la

¹²⁸ La Universidad Internacional de Verano de Santander fue creada por decreto del gobierno de la República en agosto de 1932. Tuvo su sede (lo mismo que la actual Universidad Internacional Menéndez Pelayo, que en cierto modo es continuación suya) en el antiguo Palacio de la Magdalena, residencia veraniega del rey Alfonso XIII. El primer rector fue Ramón Menéndez Pidal; el secretario general, Pedro Salinas. También dictaron conferencias e impartieron cursos figuras tan diversas como José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón, Miguel de Unamuno, Américo Castro y Salvador de Madariaga.

¹²⁹ Célebre librería del centro de la Ciudad de México situada en la esquina de las calles de Argentina y Guatemala. Fundada por los españoles Pedro y Juan Robredo, en 1935 la librería fue comprada por José Porrúa.

Universidad Nacional de México, para profesar unos cursos de Filosofía del Derecho y de Sociología. Muy complacido y considerándome muy honrado, acepté gustoso esta tan amable invitación que suponía para mí, de una parte el cumplimiento de una añeja ilusión de conocer directamente este noble país de México (con cuyos intelectuales mantenía ya desde hace mucho tiempo estrecha relación y cordial correspondencia), y por el cual he tenido siempre —y tengo ahora más— superlativo afecto; y por otra parte, la posibilidad de reanudar mis tareas vocacionales de labor científica y docente, truncadas por la tragedia de la guerra. Acepté pues muy reconocido y con gran satisfacción, si bien dilatando unos meses por el cumplimiento de dicha invitación (por los motivos que ya le expondré a usted, cuando tenga el placer de platicar con usted personalmente).

Después, en el mes de mayo, tuve el gusto de encontrar en París a Don Daniel Cosío Villegas, quien me hizo el honor y me dio la gran satisfacción de incluirme en el grupo de intelectuales hispanos que está formando, por encargo oficial y bajo la acertada inspiración de usted, para realizar en México trabajos científicos y docentes; y me manifestó que desde luego enviaba a usted la propuesta de mi nombre.¹³⁰ Ahora bien, enterado como lo estaba ya Don Daniel Cosío Villegas, de la invitación que había yo recibido de la Universidad Nacional de México, y de que ésta acababa por aquel entonces de instarme para que realizase pronto el viaje, me dijo que consideraba que yo debía partir sin dilatación mayor, y comenzar mis labores en la Universidad Nacional de México; y que cuando empezase a actuar el grupo que él estaba constituyendo y en el cual figuraba yo, entonces me incorporaría a su organización y a sus tareas, en la forma y condiciones que tuvo la amabilidad de ofrecerme —que supongo conoce usted— y a las que le presté pleno consentimiento.

¹³⁰ A raíz del encargo que había recibido del general Lázaro Cárdenas de entrevistarse con José Giral, el ministro de Estado de España, en mayo de 1937 Cosío Villegas se trasladó de Lisboa a París, en lo que sería la primera etapa de un viaje que finalmente lo llevaría a Valencia.

Estoy desarrollando dos cursos: uno general de Filosofía del Derecho (bajo la rúbrica de “La crisis de pensamiento filosófico-jurídico. El sentido del Derecho en la vida humana”) en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales; y otro monográfico sobre el tema “El hombre y lo colectivo. (La determinación del concepto de lo social: revisión del objeto y método de la Sociología. El individuo auténtico; la personalidad social; la personalidad jurídica. Estado y Derecho”) en la Facultad de Filosofía y Estudios Superiores. Después de las conferencias, me reúno con un grupo de discípulos y oyentes más interesados, para contestar a sus preguntas, insistir en los temas que desean orientarles y profundizar en forma de coloquio sobre algunos puntos.

Desde luego estoy aguardando las indicaciones oportunas de usted o del señor Cosío Villegas, con respecto al grupo en que ustedes han tenido la bondad de incluirme. Y tengo viva ilusión y fundado entusiasmo en las tareas que haya de desarrollar dentro de esa organización, bajo la dirección de ustedes.

Deseando tener muy pronto el placer de verle y de conversar con usted, le reitero la expresión de mi devota amistad y de mi muy sincera estimación. Cordialmente le estrecha la mano su afectísimo amigo

Luis Recasens Siches

Mis señas: Tivoli Apartment Hotel
Ramón Guzmán, 6
México D.F.

43. *Carta mecanografiada de Genaro Estrada a Ramón Menéndez Pidal con firma autógrafa y con el membrete: Calle del Pericón 14/Colonia Miraval/Cuernavaca.*

7 de agosto de 1937¹³¹

Excmo. Sr. D. Ramón Menéndez Pidal
New York

Mi ilustre amigo: De la carta que el Sr. Beteta, subsecretario de Relaciones Exteriores, me ha dirigido, en respuesta a la mía relativa, reproduzco los siguientes párrafos:

“La Secretaría de Relaciones Exteriores al tener conocimiento del asunto, había girado ya al embajador, señor De Negri, las instrucciones necesarias para impartir toda la protección a su alcance a la documentación depositada en el edificio de la calle de los hermanos Bécquer.

“Ahora bien, como el personal directivo de nuestra Embajada se encuentra actualmente en Valencia, la solución que parece más adecuada es la de que —de acuerdo con los deseos del interesado— su amigo, el señor Navarro-Tomás, recoja el depósito a que aludo. Así voy a comunicarlo, por cable, a nuestro representante en Valencia, anunciándole que por correo aéreo le haré llegar la carta del señor Menéndez Pidal al señor Profesor Navarro-Tomás, documento que se sirvió usted remitirme junto con la amable comunicación a que correspondo.”

En una carta que me ha enviado D. Pedro Salinas me anuncia que usted había marchado a Europa. De cualquier modo espero que esta carta le sea retransmitida de New York.

Siempre a sus órdenes y en espera de sus noticias, me repito de usted amigo y admirador afmo.

Genaro Estrada

¹³¹ En una acotación escrita a mano se lee: “Recibida 17”.

44. *Carta manuscrita de Ramón Menéndez Pidal a Genaro Estrada, con el membrete: Columbia University/in the City of New York/Department of Romance Languages/Hispanic Languages.*

[*Sin fecha*: agosto de 1937]

Sr. D. Genaro Estrada

Mi distinguido y querido amigo: recibí sus dos cartas de 23 julio y 7 agosto, y mucho le agradezco las gestiones hechas para aclarar la situación de mi depósito en la Embajada de Madrid una vez trasladado el personal a Valencia. Ahora voy a ver si puedo traer aquí esos ficheros, pues como dije a usted he sido nombrado aquí Profesor Visitante y tengo el proyecto de escribir una Historia de la Lengua Española.¹³²

La noticia que dio a usted Salinas de ir yo a Europa este verano, es muy antigua. He renunciado a ese viaje por el trabajo de aquí, que no terminará hasta enero, y aun me dicen que quisieran continuara después.

De todos modos en enero tendré vacaciones, y aunque me instan para ir a Wisconsin, a ver el Seminario que allí quedó desamparado por la repentina muerte de Solalinde,¹³³ quizá tendría entonces oportunidad de ir a Méjico. Pero ¿podría hacer algo útil ahí en poco tiempo? ¿Podría residir en Cuernavaca y trabajar en México? Mis 68 años son muy cobardes.

Lo saluda muy cordialmente suyo.

R. Menéndez Pidal

¹³² Menéndez Pidal consiguió que la Embajada de Estados Unidos en España aceptara enviarle sus ficheros a Nueva York. Sin embargo, pese a los esfuerzos de Navarro Tomás y de Rafael Lapesa por ayudarle en ese sentido, el envío nunca se hizo. Según parece, el Ministerio de Instrucción Pública de España, en cuanto se enteró del escaso entusiasmo que Menéndez Pidal sentía por la causa de la República, impidió que el envío se hiciera. Después de pasar por Valencia y Barcelona, los ficheros acabaron en Ginebra, de donde fueron rescatados una vez terminada la guerra civil. Menéndez Pidal pudo llevarlos por fin a su casa en julio de 1939, cuando volvió a Madrid desde su exilio en París. Esta historia ha sido resumida por Joaquín Pérez Villanueva (*op. cit.*, pp. 365-371, 382-383), quien cita la correspondencia cruzada entonces entre Menéndez Pidal, Lapesa y Navarro Tomás.

¹³³ Antonio García Solalinde (1892-1937) se formó como filólogo en el Centro de Estudios Históricos, donde trabajó como ayudante de Ramón Menéndez Pidal. Preparó ediciones importantes de obras de Alfonso el Sabio, Gonzalo de Berceo y Cristóbal de Villalón. En el momento de morir era profesor de la Universidad de Wisconsin.

APÉNDICE

DOS ENSAYOS DE JOSÉ MORENO VILLA
SOBRE GENARO ESTRADA

RECORDANDO AL AMIGO

—¡Hola licenciado! ¿Cómo le ha ido, licenciado? —y sonreía. Sonreía porque la gente le llamaba licenciado, no obstante su declaración repetida de no serlo.

—Pues nada, licenciado. ¿Ha visto usted lo de hoy en España? —Y unas veces por Aragón, otras por Asturias, Andalucía o las Vascongadas, entrábamos gustosos en la tierra querida. Porque él la quería como un español más. Muchas veces, hablando de las diferencias gramaticales o fonéticas de México, me dijo:

—Después de todo, no son mayores que las de algunas regiones españolas.

Y es que, para un espíritu universal como el suyo, no existían los angostos puntos de vista que solemos notar en los aldeanos.

En nuestras charlas sosegadas, hablábamos de los presidentes de la República española como de unos amigos que están algo más allá de las Lomas de Chapultepec, pero no muy lejos.

Conocía lo mejor de la gente de España. Y de una manera nada superficial. Era tan penetrante, tan buen psicólogo, como buen cataador. Así, al hablar con él de nuestros valores literarios, políticos, artísticos, étnicos o folklóricos, jamás caíamos en discusiones. Nuestros diálogos zigzagueantes resultaban tan apacibles como las carreteras que parten de México a Puebla o a Taxco.

En esto, que parece no ser nada, se ve al hombre de educación profunda y de sensibilidad. Al hombre que nada tiene ya de petulante, jactancioso, “finchado” o farsante. Cuando él sabía de alguna materia menos que yo, me preguntaba y aceptaba mi parecer.

Después de los meses pasados en su compañía en México, me convencí de que el Estado mexicano tenía en él uno de sus mejores

hombres exportables, inteligente, enérgico, fino y capaz de captarse las simpatías en cualquier parte para su nación.

Muy mexicano y muy cosmopolita, hubiera querido traer hacia esta tierra suya lo mejor de la civilización universal, a la vez que hubiera querido hacer evidente a esa misma civilización los valores mexicanos del orden que fuesen.

Hablando una vez del ir y venir de las cosas y de las dificultades de explicarse la aparición de un fenómeno cualquiera en un determinado lugar, me contó lo siguiente:

—Durante las jornadas veraniegas en San Sebastián solíamos hacer incursiones a la frontera francesa. En el camino, al pasar una huerta, vi que había un gran plantel de calabazas en flor. Bajamos del coche, me acerqué al hortelano, y le dije que si me vendía unas cuantas flores de aquellas. “¿Vender? —exclamó el vasco—. ¡Si no valen nada! ¡Las tiramos a los puercos!”. “Pues yo me las como”. El aldeano sonrió para expresar sus dudas, pero cortó las flores y me las dio. Esta misma escena se repitió unas cuantas veces, hasta que, por fin le mandé con el chofer unas “quesadillas” o tortillitas con flor de calabaza, como las que se hacen en México. Las cató el serriote vasco y toda su familia; gustaron mucho de ellas; se informó de cómo se hacían y ya desde entonces comen en aquel pueblo este manjar mexicano.

Así, anónimamente, emigran los usos y las costumbres. Porque mañana, ¿quién sabrá que ha sido todo un embajador el que introdujo aquel manjar en el pueblo vasco, si es que arraiga?

¿Y quién sabrá cómo han llegado a México informes sobre determinados y concretos puntos del estado actual de las letras, la investigación o el arte en España?

No importa que yo lo diga aquí ahora, porque ya sabemos que las hojas periodísticas viven lo que un amanecer o un anochecer. De modo que todo lo que Estrada haya divulgado con sus conversaciones llanas sobre el Centro de Estudios Históricos de Madrid, la Residencia de Estudiantes, la música, los poetas, los políticos, los caracteres regionales de los vascos, catalanes, gallegos, andaluces y castellanos, habrá caído en algunas conciencias, pero al tiempo nadie sabrá cómo llegó al país.

He podido percibir que el pueblo de México sentía por Estrada respeto y afecto; algunas personas por conocer al detalle las aportaciones que hizo a la cultura nacional; pero otras muchas, por barruntar sencillamente que aquel hombre, con un valor humano, [era] capaz de entender los intereses nacionales, la trama de la vida palpitante y la trama de la historia, lo mismo que los problemas pequeños o grandes del individuo aislado.

En las librerías, en los cafés, en la calle, en los camiones, he observado la actitud de la gente con él, la de él con la gente. Apego sin familiaridad, es decir, amoroso respeto es lo que fluía entre unos y otros. Quién más, quién menos, leía en su semblante una inteligencia repleta de conocimientos y ocupada sin afectación en los problemas humanos de su país y hasta de los países alejados. Se puede decir que el pueblo le consideraba como cosa suya, a pesar de reconocer el nivel cultural en que vivía, tan por encima del suyo.

Y es que fue muy humano, generosamente abierto a las cosas más variadas. Para estudiarle habría que ver, en primer término, las secciones de su biblioteca: historia de México, obras de derecho, literatura universal, arte español, revistas y folletos rarísimos, estampas, cartas... Pero habría que tener en cuenta sus colecciones de objetos varios: jades, cuadros, tapices y alfombras... Y su conocimiento musical, y su conocimiento culinario, y su conocimiento tipográfico.

Su memoria musical era enorme. Yo le vi sostener durante más de una hora preguntas sobre cómo empezaban tales óperas, tales actos o tales sinfonías. Recordaba óperas enteras y, como un director de orquesta, anunciaba la entrada inmediata de las distintas voces.

Como buen catador de comidas y bebidas, sabía lo bueno de cada país y los restaurantes y bodegones del mundo entero. Sabía lo que había que pedir en el mejor restaurante de París y en la tasca más oscura y sabrosa de los barrios populares de Madrid.

Pero no alardeaba de nada. Era sencillo. Aparentó mucho menos de lo que valía. Durante su misión diplomática en España no usaba condecoraciones ni en los actos de protocolo y yo recuerdo que entraba como un Juan particular aun en aquellos sitios donde podía hacer

valer su jerarquía. Así, durante la época que se dedicó a estudiar en la Academia de la Historia. Entraba en la biblioteca, pedía los manuscritos y ocupaba un sitio cualquiera. Pero, una vez, halló que estaban ocupados todos y le dijo al mozo:

—¿No podría sentarme en algún otro cuarto?

—Señor, no hay más que el reservado para los académicos

—Pero es que yo lo soy.

—Y ¿cómo no lo dijo nunca, señor?

Muchos recuerdos tengo del ilustre amigo, pero no es cosa de acaparar todas las columnas con una sarta de ellos compuesta con premura. Por hoy me contento con cerrar esta nota, repitiendo muy alto que Genaro Estrada fue un gran amante de la España republicana y uno de los hombres de más calidad que México ha dado.

Letras de México, núm. 18, 1 de noviembre de 1937

EL AMIGO GENARO

Conocí a Estrada en Madrid. Nos conocimos sin que mediase presentación alguna. Fue de este modo. Celebraba yo una exposición de mis pinturas y, una mañana, me dijo el celador:

—¿Cómo se llama el comprador? —le pregunté.

—Fulano Martínez.

—No lo conozco. ¿Dónde vive?

—¿En Hermanos Bécquer?

—Pero... ésa es la Embajada de México.

Agarré mi cuadro vendido y fui a entregarlo personalmente. Resultó que el tal Martínez era el portero. Genaro no había querido dar su nombre, sin duda para evitar que nuestro conocimiento se debiera a una compra. ¡Cómo se reía después!

A los pocos días organizó una cena a la que asistieron Federico García Lorca, Manuel Altolaguirre y Luis Cernuda entre otros. Todos poetas en pleno éxito. Genaro sostenía que en España había un florecimiento poético más interesante que en cualquier otro país. Pero sin haber dicho esto se hubiera conquistado las mismas amistades. Se le veía interesado por nuestra vida y por el pasado de España. Se le encontraba en las conferencias, en los teatros, en los museos, en las bibliotecas. Y siempre contento.

Allá, sin embargo, no llegamos a conocernos bien. Fue aquí, en su postergamiento. Él comprendía perfectamente mi dolor de español en esta hora y yo el suyo de mexicano. Lo comprendía más íntima y calladamente, sin comentarios. Por fortuna, él y yo teníamos dentro recursos contra el abatimiento, proyectos y cosas con que ilusionar la existencia.

El Estrada que conocí en España era un hombre carirredondo, cuyos ojos un tanto oblicuos se medio perdían en la adiposidad; robusto de abdomen y apretado de cuello.

El Estrada que me encontré en México era otro. Encorvado, indeciso al andar y desinflado de cuerpo. Al afinársele los rasgos faciales cobró más dimensiones su cráneo. Viéndole de espaldas daba la impresión de un anciano caduco.

Este nuevo aspecto me produjo cierta angustia. ¿Cómo se había derrumbado aquel hombre tan vigoroso? Pude observar que los antiguos amigos se sorprendían al verle y, sin cautela ni discreción alguna, le mostraban su alarma.

A los quince días de mi llegada a México —a donde vine por mediación suya con mi Gobierno— tuvo que retirarse a Cuernavaca, cuya menor altitud debería favorecerle.

Las veces que le visité allá lo encontré debatiéndose con soledad, aplicado a los libros, de los cuales hacía notas y comentarios para *Hoy*. A veces bajaba, desde el hotelito alquilado, al pueblo, para ponerse inyecciones, arreglarse en la barbería o echar el correo.

Mis visitas lo animaban, según decía doña Consuelo, su mujer y según yo mismo notaba. Y no porque fuese con él más hablador ni divertido que de ordinario, sino porque le evocaba España y los días felices pasados allá. Sentados en la galería de aquella casa vecina del Hotel de la Selva, hablábamos y callábamos como si lo más gustoso de cada evocación fuese el lento rumiar de lo sugerido. Yo le decía, por ejemplo: “Aquel trozo de pared blanca en el horizonte, junto a la araucaria negra, me recuerda un paisaje familiar de Málaga, una finca de mis bisabuelos en un pueblo llamado Churriana”.

Con estos datos, su imaginación formaba todo un teatro y una vida. Y cuando su pequeña Paloma se le subía a las piernas pidiéndole un cuento, no era raro que comenzase de este modo:

—Una vez, hace muchos años, vivía en un pueblecito de España conocido por Churriana un niño que se llamaba Pepe, Pepe Moreno...

Al iniciar con estas palabras el cuento, levantaba la cara sonriente y nos miraba, a la niña y a mí. Pero la niña no llegó nunca a gustar de este relato. Comprendía que no era serio y protestaba:

—Ése no. ¡Otro!

Cuando, después de los dos meses pasados en Cuernavaca, volvió a la capital de la República sin haber conseguido reducir la presión arterial, que era terrible, ya no salió de casa, sino para lo más perentorio. Y, dentro de ella, apenas sí se levantaba del sillón. Los médicos le habían impuesto absoluto reposo.

A poco le sobrevino una ceguera que el oculista —no sé si por no alarmarle— le dijo que dimanaba de la albúmina. Yo supe por los médicos que era otro síntoma de la presión arterial.

Este fenómeno fue lo más duro para él. Sin andar, ni visitar librerías, ni leer, ni escribir, se vio reducido a la mera actividad mental y a la conversación.

Nuestras charlas se prolongaban a veces. Genaro y Consuelo acabaron por rogarme que compartiera la cena o “merienda” con ellos. Y hubo noches en que fui yo solo quien cenó en aquella casa, porque él tomaba un simple atole y su señora llegó a no poder soportar comida alguna viendo el estado de su marido.

—Esto no puede ser —decía yo—. Es una vergüenza que componga una cena sólo para mí.

Y él, hundido en su sillón, inclinado hacia delante para disminuir la disnea, levantaba la cara y sonriente decía:

—No haga caso ¿No estamos aquí más a gusto que en Prendes? Aquí tiene usted el libro que citamos al charlar y la estampa vieja de México que usted quiere ver.

Su mente no se nubló en todo el tiempo. Su memoria tampoco, ni su buen humor. Estoy seguro de que no se daba cuenta de su gravedad. Sólo en los últimos días le oí un par de frases relacionadas con la muerte.

Algunas de aquellas tardes llegaban amigos, cada uno con su aportación de amistad, su problema erudito o su producción intelectual. Con calma y viveza al mismo tiempo atendía a todos los requerimientos. Con exactitud imponía algunas correcciones al trabajo que le leían. Y con jugosidad intercalaba una anécdota o un trozo de vida de los muchos que retenía su prodigiosa memoria.

Escrupuloso y veraz para lo histórico, exigente para lo moderno, compenetrado con el arte antiguo y del día, su espíritu crítico discer-

nía perfectamente los valores en los campos de la erudición, la investigación y la creación. Y, además, estuvo lleno de proyectos hasta su última hora. Uno de los que más le animaban era el de atraer a México los valores intelectuales que ahora en España podían producir con holgura. Con ello hacía un doble bien a los españoles y a México.

El día 28 de septiembre, a las nueve de la mañana, me llamó doña Consuelo por teléfono. Me dijo que Genaro había sufrido una caída por parálisis a las siete y media.

Cuando llegué a su casa le encontré balbuciente, emitiendo palabras sueltas. Todavía en aquel estado tuvo algún rasgo de humor y todavía pensaba en España.

Con su muerte he perdido yo un rincón hispánico, pero los liberales españoles han perdido un amigo desinteresado, íntegro y leal hasta el fondo.

El Nacional, México, 7 de noviembre de 1937

BIBLIOGRAFÍA

- Anónimo, “Enfrente de España”, *Hoy* (Ciudad de México), núm. 18 (26 de junio de 1937), p. 9.
- , “Vigorosa inyección a la cultura nacional”, *El Nacional* (Ciudad de México), 20 de agosto de 1938.
- Arrigoitia, Luis de, “Federico de Onís y Gabriela Mistral: relación literaria y amistad de por vida”, *Revista de Estudios Hispánicos* (Río Piedras, Puerto Rico), núm. 12 (1985), pp. 31-50.
- Bockus Aponte, Barbara, *Alfonso Reyes and Spain. His Dialogue with Unamuno, Valle-Inclán, Ortega y Gasset, Jiménez and Gómez de la Serna*, University of Texas Press, Austin y Londres, 1972.
- Cosío Villegas, Daniel, *Memorias*, Joaquín Mortiz, Ciudad de México, 1976.
- Dennis, Nigel, “El ramonismo (sin Ramón) de la guerra civil española: una carta inédita de José Bergamín a Ramón Gómez de la Serna”, *Boletín de la Fundación Federico García Lorca* (Madrid), núm. 5 (junio de 1989), pp. 61-75.
- Enríquez Perea, Alberto (ed.), *Testimonios de una amistad. Correspondencia Alfonso Reyes / Daniel Cosío Villegas (1922-1958)*, El Colegio de México, Ciudad de México, 1999.
- Giral, Francisco, *Ciencia española en el exilio: el exilio de los científicos*, Anthropos, Barcelona, 1994.
- Gómez de la Serna, Ramón, *Automoribundia (1888-1948)*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1948.
- , *Pombo*, Trieste, Madrid, 1986. [1ª edición: Imprenta Mesón de Paños, Madrid, 1918].
- , *Greguerías onduladas*, ed. de Nigel Dennis, Renacimiento, Sevilla, 2012.
- Hernández, Mario, “Cántico bajo la guerra civil”, en *Homenaje a Jorge Guillén. Actes du Colloque Premier Centenaire de Jorge Guillen*, París, Office Culturel de l’Ambassade d’Espagne, 1995, pp. 163-205.

- Jiménez, Juan Ramón, “Declaración del gran Juan Ramón Jiménez”, *El Mono Azul* (Madrid), núm. 1 (27 de agosto de 1936).
- , *Guerra en España (1936-1953)*, introducción, organización y notas de Ángel Crespo, Seix Barral, Barcelona, 1985.
- Jiménez Fraud, Alberto, *Epistolario. Vol. II (1936-1952)*, edición de James Valender, José García-Velasco, Tatiana Aguilar-Álvarez Bay y Trilce Arroyo. Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, en prensa.
- Krauze, Enrique, *Daniel Cosío Villegas. Una biografía intelectual*, Joaquín Mortiz, Ciudad de México, 1980.
- Lida, Clara y José Antonio Matesanz, *La Casa de España en México*, El Colegio de México, Ciudad de México, 1988.
- Martínez Rus, Ana, “*San León Librero*”: *las empresas culturales de Sánchez Cuesta*, Trea, Gijón, 2007.
- Menéndez Pidal, Ramón, “Poesía árabe y poesía europea”, *Revista Cubana* (La Habana), núm. VII (1937), pp. 5-33.
- Moreno Villa, José, *Vida en claro. Autobiografía*, El Colegio de México, Ciudad de México, 1944.
- , *Memoria*, edición de Juan Pérez de Ayala, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes/El Colegio de México, Madrid/Ciudad de México, 2011.
- Paz, Amelia de, “Domenchina, o el mito del exilio”, en James Valender y Gabriel Rojo (eds.), *Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las jornadas celebradas en España y México para conmemorar el septuagésimo aniversario de La Casa de España en México (1938-2008)*. El Colegio de México/Residencia de Estudiantes, Ciudad de México, 2010, pp. 361-376.
- Pérez de Ayala, Juan (ed.), *José Moreno Villa (1887-1955)*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1987.
- Pérez Villanueva, Joaquín, *Ramón Menéndez Pidal. Su vida y su tiempo*, Espasa Calpe, Madrid, 1991.
- Reyes, Alfonso, “Ramón Gómez de la Serna”, *Simpatías y diferencias*, edición de Antonio Castro Leal, Porrúa, Ciudad de México, 1945, vol. II, pp. 68-79.
- , *Cartas mexicanas (1905-1959)*, edición de Adolfo Castañón, El Colegio de México, Ciudad de México, 2009.

- , *Diario. IV. 1936-1939*, edición de Alberto Enríquez Perea, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 2012.
- Rubio, Margaret, “The Spanish Tragedy of Gabriela Mistral”, *Romance Notes* (Chapel Hill), núm. 18 (1977), pp. 38-48.
- Salinas, Pedro, *Obras completas I. Poesía. Narrativa. Teatro*, edición de Enric Bou y Montserrat Escartín Gual, Cátedra, Madrid, 2007.
- , *Obras completas II. Ensayos*, edición de Enric Bou y Andrés Soria Olmedo, Cátedra, Madrid, 2007.
- , *Obras completas III. Epistolario*, edición de Enric Bou y Andrés Soria Olmedo, Cátedra, Madrid, 2007.
- Salinas, Pedro y Jorge Guillén, *Correspondencia con León Sánchez Cuesta 1925-1974*, edición de Juana María González y prólogo de Andrés Soria Olmedo, Residencia de Estudiantes, Madrid, 2016.
- Soler Vinyes, Martí, *La casa del éxodo. Los exiliados y su obra en La Casa de España y El Colegio de México*, 2ª edición corregida y aumentada, El Colegio de México, Ciudad de México, 2015.
- Valender, James, “Federico García Lorca y Genaro Estrada”, en Andrew A. Anderson (ed.), *América en un poeta. Los viajes de Federico García Lorca al Nuevo Mundo y la repercusión de su obra en la literatura americana*, Universidad Internacional de Andalucía/Fundación Focus-Abengoa, Sevilla, 1999, págs. 153-166.
- , “Pedro Salinas y La Casa de España en México”, en James Valender y Gabriel Rojo (eds.), *Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las jornadas celebradas en España y México para conmemorar el septuagésimo aniversario de La Casa de España en México (1938-2008)*, El Colegio de México/Residencia de Estudiantes, Ciudad de México, 2010, pp. 399-414.
- , “Genaro Estrada y los poetas del 27: notas sobre la recepción de *Paso a nivel* (1933)”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. LX, núm. 1 (2012), pp. 291-322.
- Valle, Rafael Heliodoro, “Diálogo con José Pijoan”, *Universidad de México*, vol. IV, núm. 19 (agosto de 1937), pp. 15-21.
- Vargas Saavedra, Luis (ed.), *Tan de usted. Epistolario de Gabriela Mistral con Alfonso Reyes*, Hachette/Ediciones de la Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 1991.

Zaitzeff, Serge I., "Genaro Estrada y España", *Literatura mexicana*, vol. III, núm. 1 (1992), pp. 125-134.

———, "Cartas de Gabriela Mistral a Genaro Estrada", *Cuadernos Americanos*, vol. 37, núm. 7 (enero-febrero de 1993), pp. 115-131.

——— (ed.), *Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada. III. 1930-1937*, El Colegio Nacional, Ciudad de México, 1994.

*Genaro Estrada y los intelectuales del exilio español:
datos sobre los orígenes de La Casa de España en México*

se terminó de imprimir en junio de 2018,
en los talleres de Gráfica Premier, S. A. de C. V.,
Calle 5 de febrero 2309, col. San Jerónimo
Chichahualco, 52170, Metepec, Estado de México

Composición tipográfica y cuidado editorial:

Ala de Mosca, servicios editoriales.

Portada: Pablo Reyna.

Dirección de Publicaciones
de El Colegio de México.



s e r i e

LITERATURA

DEL EXILIO

ESPAÑOL

14

Es bien conocido el importante papel que desempeñaron Daniel Cosío Villegas y Alfonso Reyes en la tarea de prestar ayuda a los intelectuales españoles que se encontraban desamparados a raíz de la guerra civil que devastó su país entre 1936 y 1939. La expresión más evidente de esta ayuda fue La Casa de España en México, una institución creada por el general Lázaro Cárdenas en julio de 1938 y de la que Cosío y Reyes fueron los principales impulsores. Mucho menos conocida, en cambio, es la historia de los muy tempranos esfuerzos del poeta, político y diplomático mexicano Genaro Estrada por atraer a México a cinco españoles de indudable significación intelectual —José Moreno Villa, Ramón Gómez de la Serna, Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas y Ramón Menéndez Pidal— que se habían marchado de su país en los primeros meses de la guerra, todos ellos figuras que Estrada había tratado durante los dos años que fue embajador de México en España (1932-1934). Respaldo por una rica documentación epistolar, este libro narra la historia de este proyecto, al que el diplomático mexicano se entregó en cuerpo y alma durante los últimos seis meses de su vida (de febrero a agosto de 1937). Aunque fue muy poco lo que Estrada logró hacer antes de que la muerte lo alcanzara, la correspondencia consultada permite apreciar no sólo las dificultades prácticas que su proyecto planteaba, sino también, y sobre todo, el gran empeño que puso en ayudar a sus amigos en momentos muy difíciles, para él no menos que para ellos.

ISBN: 978-607-628-290-8

